

A misty forest scene with a person standing on a path covered in fallen leaves, reflected in a pool of water. The person is seen from behind, walking away into the fog. The trees are tall and thin, and the ground is covered in a thick layer of brown and orange leaves. The water in the foreground is still, creating a clear reflection of the person and the surrounding trees.

Mallory Kane

RECUERDOS  
SECRETOS

eLit



Mallory Kane

RECUERDOS  
SECRETOS

eLit

# RECUERDOS SECRETOS

*Mallory Kane*



 HARLEQUIN™



Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2003 Rickey R. Mallory. Todos los derechos reservados.  
RECUERDOS SECRETOS, Nº 55 - julio 2017  
Título original: Heir to Secret Memories  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.  
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2003.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-000-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## *Prólogo*

*Verano, siete años atrás*

Paige Reynolds se despertó igual que el día en que murió su madre: sola, temerosa, rezando para que todo hubiese sido un sueño y su madre estuviera en aquel momento en la cocina, preparando el café. Pero no. No olía a café. Y le dolía terriblemente el corazón.

A través de la neblina del sueño, escuchó entonces el leve y reconfortante roce del lápiz contra el papel. Johnny.

Estaba a salvo. Segura. Amada. Johnny estaba allí, haciendo lo que tenía por costumbre: dibujarla mientras dormía. Abrió los ojos para encontrarse con su mirada azul.

—Buenos días, Tiger —susurró.

Llevaba unos viejos vaqueros. Estaba sin camisa, y despeinado. Mirándolo, el corazón se le desbordó de amor. Jamás, en los diecisiete años de su corta vida, había sido tan feliz como durante aquel último mes y medio.

—Te has despertado temprano.

Todavía no quería levantarse. Habían pasado la mayor parte de la noche haciendo el amor. Johnny había estado más callado y a la vez más apasionado que lo normal. Le había cubierto todo el cuerpo de besos, venerándola como si fuera el más precioso tesoro del mundo. La había amado como queriendo memorizarla en cuerpo y alma, para no olvidarla jamás.

Su fiera pasión le había resultado incluso algo inquietante. Pero él le había susurrado «te quiero» un millar de veces, y finalmente, con las primeras luces del alba, se había quedado dormida, acurrucada en sus brazos.

Se excitaba solo de pensar en aquella noche. Sentándose en la cama, dejó que la sábana resbalara sensualmente por su espalda.

—¿Seguro que quieres seguir levantado? —le preguntó, mirándolo con expresión maliciosa por encima de un hombro.

Johnny soltó un ronco gruñido, lanzó el cuaderno a un lado y se reunió con ella en la cama.

Una hora después, Paige descansaba con la cabeza apoyada en su hombro, mientras él le acariciaba tiernamente el pelo.

—¿Paige?

—¿Mmmm?

—¿Has pensado ya en lo que vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Han pasado tres meses desde que murió tu madre. ¿Qué planes tienes? ¿Piensas continuar tus estudios en septiembre?

Su pregunta le aceleró el corazón. Sintió una nueva punzada de pánico, algo habitual desde que su madre falleció de cáncer... y ella tuvo que rezar cada semana para poder pagar la renta con las propinas que sacaba como camarera. Se sentó bruscamente en la cama, cubriéndose con las sábanas.

—Yo creía que... —empezó a decir, pero tan pronto como lo miró a los ojos, lo comprendió todo—. Te marchas —añadió con voz quebrada.

—Paige, no. Espera —Johnny se sentó también, agarrándola de los brazos—. Escúchame.

Pero ya se estaba escondiendo de nuevo detrás de su caparazón. Así habían sido siempre las cosas entre su madre y ella. Luego, cuando murió Maxine, tuvo que concentrarse únicamente en su propia supervivencia.

Eso fue, sin embargo, antes de que Johnny la abordara en Jackson Square y le preguntara si podía dibujarla. Antes de que llevara el amor y la luz a su vida.

Había creído en las palabras de amor de Johnny, al igual que su madre había creído en las de su padre. Pero cuando se quedó embarazada, su padre le reveló que tenía mujer y una familia. La abandonó cuando más lo necesitaba. Y ahora Johnny la estaba abandonando a ella. Se le escapó un sollozo.

—¡Paige! —la sacudió por los hombros, suave pero firmemente—. Yo te amo. ¿No me escuchaste anoche? Te amo. Espera un momento —saltó de la cama, desnudo. Sacó algo de su mochila y se apresuró a reunirse con ella—. Dame tu mano izquierda.

Vacilando, Paige extendió la mano. Le temblaba. «No me dejes», le suplicaba en silencio.

Johnny la miró a los ojos.

—Dios mío, estás temblando —murmuró—. Yo no quería asustarte... Lo he estropeado todo.

Le puso algo en la mano y luego se la acercó a su corazón. Paige podía sentir su rápido latido.

—Este anillo es de mi madre. Mi padre lo encargó especialmente para ella. Y lo llevó hasta el día de su muerte. Quiero que ahora lo lleves tú —la miró con expresión solemne—. Te amo. Siempre te amaré. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Ca... casarnos?

—Sí. Yo también tengo que volver a la universidad, ya que han terminado las vacaciones de verano. Vente conmigo a Boston. Podremos vivir juntos. Nos casaremos. Tú podrás estudiar allí en la universidad.

—¿Ca... casarnos?

Johnny se echó a reír y le dio otro beso.

—Sí, ca... casarnos —se burló—. Ahora deja de balbucear y dime que sí.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando murió su madre, se vio obligada a enfrentarse con un mundo para el que no estaba preparada. Durante las primeras semanas, tuvo que aprender a la fuerza el verdadero significado de la palabra «soledad».

—Oh, Johnny. Yo creía que ibas a dejarme...

Una sombra cruzó por su expresión.

—Nunca te dejaré. Te amo. Solo hay un problema. Mi padre no se va a poner muy contento —esbozó una mueca—. Y últimamente no está contento con nada de lo que hago —saltó de nuevo de la cama y se puso los vaqueros—. Así que lo que tengo que hacer es ir cuanto antes a casa y hablar con él. Quiero que te conozca. Seguro que le gustarás.

Paige se sentía ebria de alegría. La cabeza le daba vueltas. Johnny quería casarse con ella. ¡Casarse con ella! Tenía diecisiete años y estaba sola en el mundo. Él debía de tener unos veinte y... De pronto se dio cuenta de que no sabía casi nada sobre él, excepto que quería ser pintor, pero que su padre lo desaprobaba.

Pero él la amaba. Quería casarse con ella.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en hacer... esto? —le preguntó mientras se ponía una de las camisetas blancas de Johnny. Todas llevaban su monograma. Se subió las mangas y empezó a abrocharse los botones.

Johnny estaba haciendo ya su mochila.

—Desde la primera vez que te vi en Jackson Square. Eras la criatura más hermosa que había visto en mi vida. Sabía que tenía que dibujar ese rostro tan clásico tuyo —se volvió hacia ella, abriendo los brazos—. De repente me sonreíste, y me robaste el corazón.

—No sabía que estudiaras en la universidad —le comentó ella, recordando lo que le había dicho antes—. ¿En cuál estás?

—En Harvard.

Paige dio un respingo. ¿Harvard? Llevaban juntos un mes y medio y no se había enterado de que estudiaba en Harvard. Experimentó una ligera



inquietud.

—¿Harvard? ¿Acaso eres millonario?

—Algo así —masculló él mientras guardaba su cuaderno de dibujo en un bolsillo lateral de la mochila.

Estaba evitando mirarla. Paige quiso detenerlo, obligarlo a que la mirara, a que le prometiera que todo iba a salir bien. Que la amaría para siempre, y que jamás la abandonaría.

Después de concentrarse en cerrar todas las cremalleras de su macuto, se volvió de repente hacia ella y le acunó el rostro entre las manos.

—Vamos, Tiger, no pongas esa cara de susto. Vamos a ser muy felices, te lo prometo.

Y la besó con pasión. Paige se derritió de nuevo entre sus brazos. Lo amaba tanto...

Soltando un gemido de frustración, Johnny se apartó, reacio.

—Tengo que irme.

Paige se mordió el labio, esforzándose por pensar con claridad. Johnny se marchaba, y eso la asustaba. Pero volvería.

—¿Dónde vive tu padre?

—En la costa de Mississippi. No muy lejos de aquí —dejó la mochila en la puerta.

—Johnny, espera un momento... ¿cómo vas a ir hasta allí?

—En mi coche.

—¿Tienes un coche?

—Claro —sonrió—. Un Mustang Cobra. Ahora escucha. Pasaré la noche en casa de mis padres, y para mañana ya habré convencido al viejo. Se morirá de ganas de conocerte. Así que tú espérame aquí.

Pero la inquietud persistía, evocándole el recuerdo de su madre sola en su habitación, noche tras noche, llorando por un hombre que jamás la había amado.

—Quizá debería acompañarte... —le sugirió.

Su expresión se ensombreció de pronto.

—Creo que no sería una buena idea —se pasó una mano por el pelo—. Mi padre es un tipo difícil de convencer. Y, créeme, no te gustaría nada la primera reacción de mi madrastra. Mañana antes de las tres de la tarde, estaré aquí de vuelta. Te lo prometo —volvió a besarla con arrebatadora pasión—. Te quiero, Paige Reynolds. Muy pronto serás la señora Yarbrough.

—Yo también te quiero —esbozó una temblorosa sonrisa—. Más de lo

que te imaginas. Bueno, no quiero retrasarte más. Te esperaré. Aquí mismo.

Johnny le tomó la mano izquierda y le besó la palma.

—No te quites el anillo. No te lo quites por nada del mundo —sonrió. Un brillo de emoción asomó a sus ojos azules—. Él me traerá de vuelta hasta ti.

Agarró su mochila y se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Paige se quedó mirando la puerta por un instante, acercándose el anillo a los labios. Luego, corrió a la ventana.

Abajo, en la acera, Johnny se colgó el macuto del hombro y alzó la mirada hacia ella. Después de saludarla por última vez, echó a andar.

Paige lo observó hasta que desapareció detrás de una esquina. Volvió a sentir una punzada de pánico, pero procuró reponerse.

—Voy a casarme —susurró emocionada, sentándose en la cama. Abrió los brazos y se dejó caer de espaldas—. La señora Yarbrough.

Acarició una vez más el anillo. A partir de ese momento, su vida ya no volvería a ser la misma.

# 1

*Hoy*

Mientras paseaba por la suntuosa casa de Sally McGowan, en Garden District, Paige no pudo menos que sonreírse ante la ironía de la situación. Siete años atrás había sido una adolescente asustada, huérfana, embarazada... obligada a aceptar la mezquina caridad de su tía.

Y ahora era una respetable trabajadora social. El camino había sido duro. Horas de estudio y de trabajo compaginado con el cuidado de su hija. Pero había hecho lo que su madre jamás había sido capaz de hacer. Había superado su desengaño para concentrar toda su energía y todo su amor en su carrera profesional y en Kate, su adorada hijita.

Esa noche se encontraba rodeada de una multitud de tipos ricos y snobs que estarían dispuestos a gastarse el dinero en unas cuantas obras de arte mediocres, en beneficio de unas niñas tan desgraciadas como lo había sido ella. Y, por el mismo precio, comprarían su buena conciencia.

Paige sonrió a un joven que la estaba mirando con curiosidad. Varias personas la habían mirado así durante la velada. ¿Llevaría mal el pelo, o el maquillaje?

Alguien tropezó con ella. Era un hombre bajo y rechoncho, con pajarita blanca y un monóculo que colgaba de su cadena de plata.

—Disculpe —se excusó Paige.

Tuvo que contener una carcajada: aquel hombre parecía realmente un pingüino. El tipo rezongó algo y se alejó. ¿Eran imaginaciones suyas, o todas aquella personas eran como personajes de dibujos animados? Poco antes se había cruzado con una mujer de cara larga y pelo oscuro, con un mechón blanco en el centro, terriblemente parecida a la mala de la película *101 Dálmatas*. Además, llevaba un abrigo blanco moteado de manchas negras. Le habría gustado que Katie estuviera allí. Juntas habrían podido jugar a reconocer a aquellos personajes...

Miró su reloj. Katie se había enfadado mucho cuando Sally la llamó para hacerle aquella invitación de última hora. Esa noche se suponía que deberían estar comiendo pizza. Paige le había prometido que volvería a casa sobre las once, y ya eran las once y media.

Echándose su larga trenza rubia sobre un hombro, empezó a abrirse paso entre la multitud con intención de avisar a Sally de que se marchaba, y a

punto estuvo de chocar con la mujer del mechón blanco. Inmediatamente se disculpó. Pero aquella mujer no solamente se parecía a la villana de la película, sino que además se comportaba como tal. Haciendo caso omiso de la disculpa de Paige, dio una larga chupada a su cigarrillo mientras contemplaba desdeñosamente su blusa plateada y su falda negra, antes de girar sobre sus talones.

Algo en aquella mujer le resultaba vagamente familiar. Quizá la había visto en alguna otra velada benéfica. Justo en aquel momento Sally entró en la sala, luciendo un largo vestido tan elegante como llamativo.

—¿Y bien? —se detuvo delante de Paige, con una copa de champán en la mano—. ¿Lo has visto?

—¿Si he visto qué? —inquirió Paige.

—Mi último descubrimiento. ¿No te has preguntado por qué te mira la gente con tanta curiosidad? Acuérdate de que te prometí traerte a una velada que nunca olvidarías.

Paige experimentó una punzada de inquietud mientras su amiga la guiaba hacia el otro extremo de la sala. Las sorpresas de Sally solían terminar mal.

—Ya he visto la escultura de hielo

—Oh, no es eso. Se trata de mi último artista-revelación.

Todo en Sally era teatral, desde sus famosas veladas benéficas hasta su afición de cazatalentos. Paige sonrió, indulgente.

—¿Has estado husmeando otra vez por las tiendas de trastos viejos?

—Por supuesto. Es la mejor manera de descubrir a los nuevos valores. Encontré esta pieza en una diminuta tienda de artículos vudú, cerca de los muelles. Es la sorpresa que te prometí...

Paige se quedó paralizada de asombro cuando vio el cuadro. Era un pequeño dibujo al carboncillo, una figura esbozada con unos pocos trazos, absolutamente perfectos. No le costó mucho trabajo reconocerse: era ella misma, mucho más joven, mirando por encima de su hombro desnudo con una seductora expresión de malicia.

—*Voilà!*

Oyó la divertida exclamación de Sally. Podía sentir las miradas de los presentes fijadas en ella.

—¿No es impresionante? El parecido es asombroso.

La voz de Sally resonó en su cerebro como una música distante, irreconocible. Se había transportado en el tiempo. Recordaba perfectamente aquel día. El día en que Johnny le había pedido que se casara con él. El día en

que le había regalado el anillo de su madre, prometiéndole que la amaría por siempre. La última vez que lo había visto.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes. Aquello había ocurrido en otra vida. Johnny estaba muerto. Procurando relajarse, forzó una sonrisa.

—No soy yo —pronunció, tensa—. Es una simple causalidad. ¿Dónde lo has conseguido? Deberías haberme avisado.

—Lo compré para ti. Lo que pasa es que quería exhibirlo antes. ¿Conoces al artista?

Paige negó con la cabeza y se dispuso a volverse, pero Sally le señaló en aquel instante algo en el dibujo. La firma del autor. Tres simples letras seguidas de un ancla con la figura de una «Y». Un monograma que Paige jamás olvidaría.

Todavía conservaba una camiseta estampada con aquel monograma, en una caja, junto con otros recuerdos de un pasado que ahora le parecía un sueño lejano, casi olvidado.

Por un instante ansió acariciar aquellas letras, delinearlas con la punta de los dedos, al igual que había hecho años atrás, cuando todavía creía en los sueños. Alzó una mano, y tuvo que contenerse en el último segundo para no tocar el cristal que protegía el dibujo. No podía ser. Los muertos no volvían a la vida.

—¡Paige! ¿No te irás a desmayar, verdad? ¡Estás blanca como la cera!

Paige negó con la cabeza.

—¿Dónde dijiste que lo habías encontrado? —le preguntó, procurando adoptar un tono ligero.

Sally la miró con expresión triunfal, resplandeciente.

—En una de esas pequeñas tiendas cerca de los muelles. ¿No es increíble el parecido? Es casi como si hubieras posado para el artista.

Paige frunció el ceño. Las palabras de Sally le habían desgarrado el corazón.

—Bueno, pues eso es imposible —replicó, rotunda. Luego, consciente de la atención que estaban suscitando entre los invitados, forzó una sonrisa—. De todas formas... muchas gracias. El dibujo es precioso. Vas a tener que disculparme, Sally... debo irme ya. He dejado a Katie con una nueva niñera. No quiero volver tarde.

—¿Una nueva niñera? Claro, por eso pareces tan preocupada. A ver si traes pronto a Katie. Un día podríamos hacer una exhibición de obras infantiles. Es tan bonita, con esos ojos tan azules que tiene...

—En mayo hizo seis años —repuso Paige, tensa—. Bueno, debo irme. Estaremos en contacto.

—Lláname mañana. Comeremos juntas y luego podrás llevarte tu dibujo.

Paige se retiró con un nudo en la garganta. Antes de marcharse, se volvió para contemplar el dibujo por última vez.

La mujer del mechón blanco se encontraba al lado, observándola con ojos entrecerrados a través del humo de su cigarrillo.

Serena Yarbrough exhaló el humo por la nariz. Había escuchado la conversación que había mantenido la tal Paige Reynolds con Sally McGowan. Cerró los puños, rabiosa.

Se volvió una vez más hacia el dibujo, observando la firma del autor: las tres letras mayúsculas «JAY» más el antiguo monograma de los Yarbrough.

Aquel ancla había sido el logotipo de la naviera Yarbrough hasta hacía dos años, cuando Serena adquirió varias y diversas empresas, convirtiéndola en Industrias Yarbrough. Había tenido que sustituirlo por otro más apropiado.

Alzando su copa de champán, tomó un sorbo. Ardía de furia por dentro. Aquel monograma era inconfundible. Pero era la fecha del dibujo el principal motivo de su rabia, de su frustración... La obra databa de... aquel mismo año.

¡Johnny Yarbrough estaba vivo! Su hijastro, el verdadero heredero de la fortuna de los Yarbrough, se las había arreglado para sobrevivir. Su hermano Leonard le había asegurado que Johnny estaba muerto cuando sus matones lanzaron su cuerpo al Mississippi. El muy estúpido no había previsto un detalle fundamental: que cuando drenasen el río, era posible que el cadáver no apareciera jamás, en caso de que las corrientes lo arrastrasen al interior del Golfo de México.

Tal y como había temido, el cuerpo jamás apareció. Solo se encontró el coche robado, con la cartera de Johnny, manchada de sangre, en el maletero. Al menos los secuestradores fueron lo suficientemente cuidadosos como para no dejar ninguna prueba incriminatoria en el vehículo.

Una vez que un tribunal declaró a Johnny legalmente muerto, a partir de los análisis de la sangre encontrada en el coche, Brandon, el hijo que Madison había tenido con Serena, quedó como único heredero. Y ella pasó a controlar la fortuna de los Yarbrough.

Pero en aquel momento, sus planes se habían venido abajo. La prueba de

que Johnny seguía vivo estaba allí, ante sus ojos. Y luego estaba aquella mujer, que evidentemente había sido la modelo de aquel retrato. Sally había tenido razón. No podía tratarse de una casualidad, por mucho que Paige Reynolds se hubiera empeñado en negarlo. Y a Serena no le había pasado desapercibida su repentina palidez cuando descubrió el dibujo.

Por si todo eso no fuera suficiente, aquella mujer llevaba el anillo de la madre de Johnny. Era un anillo barato, pero inconfundible, con la silueta de un ancla, dibujada con zafiros. Madison se lo había regalado a su primera mujer. Luego, cuando murió, pasó a manos de su hijo mayor.

Serena fue analizando todos los datos uno a uno, como las piezas de un puzzle. Johnny estaba vivo. Y, a juzgar por la conversación que había escuchado, Paige Reynolds tenía una hija. Tenía los ojos azules, al igual que Johnny, y había cumplido seis años en mayo. Lo que significaba que había sido concebida por las mismas fechas en que se produjo el estallido de rebelión de Johnny. Cuando se escapó de casa durante un verano entero, poco después de que Serena se casara con su padre.

Dio otra chupada a su cigarrillo. Eso quería decir que la niña de Johnny era mayor que su hijo Brandon. Otra heredera que podría arrebatarle la fortuna que solo a ella le correspondía. Seguía odiando a Madison por haberse negado a cambiar su testamento, en el que Johnny y sus descendientes habían figurado como herederos prioritarios. Pero ya había destrozado una vez las barreras que se habían interpuesto entre la fortuna de los Yarbrough y ella, y lo haría cuantas veces fuera necesario.

Una vez resuelto aquel pequeño problema, había quedado al mando de la situación. Y pensaba seguir así.

Observó a la mujer mientras se dirigía hacia la salida. Era un molesto contratiempo que su hijastro hubiera burlado a la muerte. Apuró la copa de champán y sacó un móvil del bolso.

—Tengo un encargo urgente para ti. Levántate de la cama y baja a la oficina. Quiero saber si tus nuevas técnicas de localización por satélite son tan buenas como dices.

Tan pronto como cortó la comunicación, fue a buscar a Sally. Necesitaba todos los datos que pudiera conseguir sobre el autor del dibujo y sobre la propia Paige Reynolds.

Todavía tenía muy presente la promesa que la pequeña Sue Ann Lynch se había hecho a sí misma el día en que se fugó de aquel sucio remolque y se cambió de nombre. Nunca más volvería a ser pobre. El dinero era suyo. En

ese momento, tres personas se interponían en su camino: Johnny, Paige Reynolds y la hija de ambos. Todos tendrían que morir.

Durante el trayecto de vuelta a casa en el taxi, un doloroso nudo de emoción le atenazó la garganta. Habían transcurrido siete años desde que Johnny salió de su apartamento y de su vida, y cerca de tres desde que lo declararon oficialmente muerto. Todavía lo echaba de menos.

Se echó la gruesa trenza sobre un hombro y se puso a jugar con las puntas, mirando sin ver las bulliciosas calles de Nueva Orleans. Cuando vio el dibujo, por un instante se sintió transportada al pasado, a aquella etapa de su vida en que creyó que Johnny la amaba y que regresaría a buscarla. Cuando estuvo segura de que jamás sería una madre sola y abandonada, como lo había sido la suya.

El día en que descubrió que estaba embarazada, se prometió que conservaría a su hija. A cualquier precio. Conocía bien el dolor del abandono: el terrible miedo de no contar con nadie a su lado. No dejaría que a Katie le sucediera lo mismo. No podía evitarlo, pero su mente continuaba anclada en el pasado. Recordaba perfectamente aquel día de hacía seis años, cuando se le ocurrió hojear por casualidad las páginas de sociedad de una revista... y descubrió quién era realmente Johnny.

El hijo de un magnate naviero, Madison Yarbrough, heredero de una fortuna inconmensurable. Contemplando la foto de Johnny y de Madison, con la leyenda «El hijo sigue los pasos de su padre», no tuvo más remedio que convencerse de que su peor pesadilla se había hecho realidad. Johnny jamás había tenido la menor intención de casarse con ella. Toda su relación había sido una colosal mentira. Paige se había imaginado todo tipo de horribles razones por las que no había vuelto con ella, pero jamás se había planteado la más sencilla: que simplemente no había querido volver.

Tres años después, había vuelto a ver su fotografía en el periódico. Esa vez era la sensacional historia de su secuestro. Durante varios días, el acontecimiento fue primera plana en prensa y televisión. Hasta que la policía encontró el coche con manchas de sangre suya, y concluyó que John Andrew Yarbrough había sido asesinado.

Ahora su hija tenía seis años, y Paige se había esforzado y sacrificado por salir adelante. Para que ambas pudieran disfrutar de una vida segura, feliz. Ninguna extraña casualidad de un dibujo con una firma familiar podía



cambiar eso. Tenía que haber alguna otra explicación.

Quizá alguien había desenterrado alguno de los dibujos de Johnny y, de manera inconsciente o deliberada, había copiado el estilo y la firma. Eso podría explicar lo actual de la fecha. Por muy descabellado que fuera, eso era más fácil de creer que... que Johnny no había muerto. Que estaba vivo, disfrutando de su vida privilegiada y vendiendo dibujos de los íntimos momentos que habían compartido.

El taxi se detuvo entonces frente a su apartamento, sacándola de sus reflexiones. Mientras pagaba al taxista, vio a una chica menuda, vestida con vaqueros y una camiseta muy corta, bajar de un coche que estaba aparcado cerca. Era la niñera de Katie.

—Oh, señora Reynolds... —exclamó nada más verla, abriendo mucho los ojos.

—¿Dawn? ¿Qué está pasando aquí? —desvió la mirada hacia el apartamento. La puerta estaba entornada.

—Solo estaba... despidiéndome de mi novio.

Paige la agarró de un brazo, preocupada.

—¿Dónde está Katie?

—Está dentro. Dormida.

—Jamás se debe dejar a un niño solo —le apretó el brazo, furiosa—. ¿No sabías eso? Ni por un segundo.

—Katie está dormida, señora Reynolds —repuso la chica con un hilo de voz—. Está perfectamente. Solo he salido por unos minutos.

Paige sacó entonces del bolso varios billetes.

—Toma. Dile a tu novio que te lleve a casa —se dirigió corriendo hacia la puerta—. Y ya hablaré con tu madre, Dawn.

Diciéndose que estaba exagerando, pero incapaz de dominar su inquietud, Paige entró en casa. Lo primero que vio fue el teléfono en medio del suelo del salón, con el cordón enredado... y arrancado de la pared. Se lo quedó mirando por un segundo, extrañada. Luego, corrió al pasillo que comunicaba con la habitación de la niña.

—¿Katie? —susurró.

Ninguna respuesta. Abrió la puerta. Dawn le había asegurado que estaba dormida, pero algo andaba mal. La habitación parecía... vacía. Encendió la lámpara de la mesilla con mano temblorosa.

—Katie, corazón. Ya estoy en casa...

La habitación se iluminó. Todo parecía como lo había dejado aquella

misma tarde. Solo que la cama estaba desarreglada y su hija no estaba por ninguna parte.

—¡Katie!

Corrió a su dormitorio. También estaba vacío.

—Katie... —se le quebró la voz—. ¿Dónde estás?

Se llevó una mano a la boca, intentando ahogar un grito. «No te alarmes. Seguro que no ha pasado nada», se dijo. Pero su corazón sabía que su cerebro le estaba mintiendo.

El teléfono del dormitorio también había sido arrancado de la pared. Allí estaba, en el suelo. No daba crédito a sus ojos.

Se dirigió apresurada a la cocina. La puerta trasera estaba abierta.

—Oh, no —susurró—. Oh, no...

Con las mejillas bañadas de lágrimas, consiguió volver a la habitación de la niña. Le temblaban las piernas. Estaba tan horriblemente vacía... todavía tenía la huella caliente del cuerpo de Katie. Su hija había desaparecido.

—Oh, Katie... ¿dónde estás? —gimió, frenética.

Miró a su alrededor, como esperando descubrirla escondida detrás de una silla, o debajo de la cama. Como si aquellos últimos minutos solo fueran un mal sueño, y Katie le estuviera gastando una simple broma.

De pronto escuchó un sonido en el interior del dormitorio. Alzó la cabeza. El sonido se repitió de nuevo. Era como un pitido electrónico.

—¿Un teléfono móvil? —musitó. Ella no tenía móvil. Y sin embargo había uno allí, en alguna parte, en la habitación de Katie.

Rebuscó entre las sábanas, apartando la colcha y las almohadas. Allí estaba, como un gran escarabajo negro en la cama de su hija. Pulsó varios botones hasta que dio con el de recepción de llamada.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Quién es? —chilló, aterrada. No se oía nada—. Por favor... ¿quién es? ¡Respóndame! —la desesperación dio paso a la frustración—. ¿Dónde está mi hija?

—Tranquila, Paige, no grites... Tu hija está perfectamente —contestó de pronto una voz deliberadamente camuflada. Su dueño debía de estar tapándose la boca con la mano.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Kate?

—Ya te lo he dicho, está bien.

La voz sonaba impaciente. Paige no podía discernir si era de hombre o mujer.

—Déjeme hablar con ella...

—Todo a su debido tiempo.

—¡Tengo que hablar con ella!

—Lo único que tienes que hacer es escuchar.

—Pero...

—¡No! Solo si obedeces se te permitirá hablar con Katie. Si no lo haces...

El corazón se le heló en el pecho. Quienquiera que estuviera al otro lado de la línea había secuestrado a su hija.

—De... de acuerdo —balbuceó—. Haré lo que usted quiera, pero por favor, no le haga daño... ¡Por favor...!

—Ahora escucha con atención. Solo te lo diré una vez. Quiero que me localices a Johnny Yarbrough.

—¿Qué? —la cabeza empezó a darle vueltas. No estaba segura de haber escuchado bien—. ¿Johnny? Pero si está... si está muerto.

—No juegues conmigo. Tú sabes dónde está. Tráemelo y te devolveré a tu hija. Si no lo haces y le vas con el cuento a alguien, te juro que no volverás a verla.

—No sé dónde está... —pronunció con el corazón encogido—. Hace años que no lo veo. Creía que estaba muerto —soltó un sollozo—. Solo quiero que me devuelvan a mi hija...

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

—¡No tiene ningún derecho a...! Yo... llamaré a la policía.

Una horrible carcajada resonó al otro lado de la línea.

—No seas estúpida, Paige. Ya te lo he dicho. Si llamas a la policía o se lo dices a alguien, me enteraré. Y tu hija lo pagará.

—No, espere... Lo haré. Por favor, no le haga daño...

¿Pero cómo iba a hacerlo? No tenía ni la menor idea. Removería cielo y tierra con tal de salvar a su hija.

—Su vida depende enteramente de ti. Pronto volverás a tener noticias mías.

—¡Por favor, no cuelgue! Tengo que escuchar su voz. Tengo que saber que está bien...

Escuchó un suspiro, seguido de una rápida orden. El corazón se le salía del pecho y el pulso le atronaba en los oídos.

—Mami...

No dijo más, pero Paige supo que era Katie.

—¿Katie? Hola, corazón. Te quiero.

—Mami, ven a buscarme...

—Lo estoy intentando. Sé valiente, cariño.

—Enternecedor, Katie. Pero no tenemos tiempo para estas cosas. El tiempo de tu hija se irá agotando a la misma velocidad que la batería del móvil que tienes en tus manos. Recuérdalo.

—¡Espere! ¿Cómo podré localizarlo?

—De eso no tienes que preocuparte.

—¿Pero cómo...?

No tardó en darse cuenta de que la comunicación se había cortado. Soltó el móvil como si le quemara los dedos.

—Katie... —susurró con voz ronca. Aspiró profundamente, esforzándose por recuperarse—. De acuerdo. Puedo hacerlo. Piensa, Paige...

Paseó nerviosa por la habitación, apretando los puños. El dibujo. El dibujo con la firma de Johnny. Sintió un leve brote de esperanza. Llamaría a Sally y le preguntaría por el dibujo.

Recogió el móvil y pulsó varios botones. No pasó nada. La pantalla estaba oscura. ¿Qué le sucedía a aquel estúpido teléfono? Era como si los botones estuvieran bloqueados. Quiso estrellarlo contra el suelo, pero en vez de ello lo apretó contra su pecho. Era su único lazo con su hija.

La asaltó una oleada de terror. Katie se encontraba en peligro, y ella ignoraba dónde estaba, o cómo ponerse en contacto. Se obligó a dominarse. Tenía que pensar. ¿Qué podía hacer? Se quedó mirando el teléfono apagado. Intentó recordar todo lo que le había dicho el secuestrador, pero era como si su cerebro se negara a funcionar...

Oh, Dios, necesitaba oír otra vez la voz de Katie. Si pudiera oírla de nuevo, asegurarse de que se encontraba bien... ¡Su grabadora! Tenía una minigrabadora que solía utilizar en su trabajo. Podía grabar las llamadas, y utilizar esa información para intentar localizar a Katie.

Corrió a su habitación y recogió la grabadora de la mesilla. Pero eso no resolvía su mayor problema. Pensó en la amenaza de aquella voz. Tenía que encontrar a Johnny Yarbrough. Pero... ¿cómo iba a encontrar a un hombre que estaba muerto?

Paige se detuvo frente a otra minúscula tienda. Ese día había visitado docenas de ellas, todas similares, en los barrios de los muelles.

La noche anterior había tomado un taxi para ir a buscar a Sally, pero no la había encontrado. Se había marchado con un amigo suyo, según la informó su ama de llaves. Pero le había dejado el dibujo, por si pasaba por su casa a recogerlo.

Paige no podía sentirse más frustrada. No había dormido nada. No había comido. Ya estaba anocheciendo y todavía no había encontrado la tienda en cuestión. Dudaba ya que pudiera soportar tanta angustia. No podía dejar de temblar mientras agarraba el teléfono móvil con una mano y el pequeño dibujo enmarcado en la otra. ¿Y si cometía algún error y aquella gente le hacía algún daño a Katie? ¿Y si el autor del dibujo no era realmente Johnny?

De repente, sonó el teléfono. Paige se sobresaltó tanto que casi se le cayó al suelo. Pulsó el botón de recepción de llamadas.

—¿Katie?

—Han pasado dieciséis horas, Paige. Esta batería no durará eternamente.

—¡Espere! —exclamó mientras buscaba en su bolsillo su minigrabadora. Pero la comunicación se había cortado.

Paige se quedó helada. ¿La estarían observando? ¿La habrían visto sacar la grabadora del bolsillo? Miró a su alrededor, asustada. No necesitaba que aquella voz le recordara las horas que habían transcurrido. Lo sabía perfectamente, hasta el último segundo. Había tenido que hacer un enorme esfuerzo de voluntad para no llamar a la policía. Lo único que quería era recuperar a Katie, sana y salva.

Obligándose a ponerse en movimiento, entró en la tienda. El interior estaba oscuro y olía a incienso. Exóticas telas colgaban de las paredes y cubrían sillas y mostradores. En un estante había una hilera de antiguos frascos de farmacia, con nombres extraños. Una estremecedora colección de muñecas de trapo estaba desplegada sobre una mesa, todas ellas atravesadas con alfileres terminados en perlas.

Sobre el mostrador principal colgaba un dibujo enmarcado. Al igual que el que llevaba Paige, era engañosamente sencillo, apenas unos pocos trazos ejecutados con gran maestría. Representaba un viejo embarcadero, con unas gaviotas al fondo. Se acercó para examinarlo. La fecha era reciente, de unos tres meses atrás. Con el corazón acelerado, comprobó que la firma era

idéntica.

Sintió una punzada de alivio tan inmensa que tuvo que apoyarse en el mostrador, aturdida. Por fin había encontrado la tienda.

De repente, una mujer negra, con un turbante amarillo, salió de detrás de una cortina de cuentas de cristal.

—*Ah, c'est vous.*

—¿Qué? —inquirió Paige, sobresaltada.

—Es usted. La de los dibujos.

Paige observó a la mujer. Era de complexión menuda. Sus grandes ojos negros reflejaban tanta inteligencia como simpatía, a la vez que una leve diversión.

Quizá ella pudiera ayudarla. Le enseñó el dibujo.

—Tengo que encontrar al autor.

—Ah, todo el mundo viene a ver a Tante Yvette buscando a ese misterioso artista.

—¿Quiere decir que más gente ha preguntado por él? ¿Quién?

—Dos hombres —respondió la mujer, despreciativa—. Duros. Estúpidos.

—¿Se lo dijo?

La mujer se echó a reír.

—Yo no soy de las que va contando secretos por ahí...

—Tengo que localizarlo. Por favor —le suplicó Paige, incapaz de disimular su desesperación.

La mujer del turbante sacudió la cabeza, haciendo un gesto con una mano y agitando sus numerosas pulseras.

—Quizá él no desee que lo localicen...

—¿Quién es? Tiene que decírmelo. Mi hija... —se interrumpió.

«Si llamas a la policía o se lo dices a alguien, me enteraré. Y tu hija lo pagará». Las palabras del secuestrador de Katie acudieron de inmediato a su mente.

—¿Su hija?

—Es igual. Pero tengo que encontrar al artista. Es muy importante.

—Muchas cosas lo son. Para el autor, por ejemplo, lo importante es que no lo encuentren.

—Mire, si no quiere ayudarme, dígame de una vez —pensó en Katie y en sus secuestradores—. No tengo mucho tiempo.

Tante Yvette la miró entonces con una extraña intensidad.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

Paige sacudió la cabeza, pero antes de que pudiera hablar, un ruido en el exterior de la tienda la sobresaltó. Conteniendo el aliento, aferró el dibujo con las dos manos.

—Está asustada. ¿De qué tiene miedo? Dígamelo.

—No... no puedo. Ellos... se enterarán.

Tante Yvette permaneció pensativa por un momento.

—Usted es la chica del dibujo, ¿*non*?

—Sí —respondió, consciente de que no podía negarlo.

—Venga conmigo.

La guio a una habitación contigua, y luego a otra, y a otra. Había más gente, con la que intercambió unas palabras en francés. Nadie se dirigió a Paige. Finalmente atravesaron una especie de almacén, hasta llegar a una pesada puerta.

—Salga por esta puerta y gire a la derecha. En el hotel, pregunte al viejo borracho de la puerta.

—¿Pero adónde...?

—¿Quiere encontrar al artista o no?

Paige asintió, con el corazón acelerado.

—¿Es usted la chica del dibujo?

Asintió de nuevo.

—Entonces vaya a donde le he dicho.

Tante Yvette le abrió la puerta y Paige salió. En el último momento, se volvió hacia ella:

—Por favor, tenga cuidado... Son peligrosos.

—Lo sé. Váyase ya.

La avenida estaba envuelta en sombras. Paige caminó a paso rápido. Sentía náuseas. Temía que en cualquier instante el teléfono móvil volviera a sonar, y la voz le dijera que había perdido su oportunidad de volver a ver viva a su hija...

Ignoraba si estaba haciendo lo más adecuado. Ni siquiera sabía por qué Tante Yvette la había ayudado. O incluso si lo había hecho realmente. Tal vez estuviera dirigiéndose directamente hacia una trampa...

Pero nada de lo que le sucediera podría ser peor que perder a Kate. Si existía alguna posibilidad de encontrar a Johnny, tenía que aprovecharla. Johnny. Sacudió la cabeza. Era imposible que no estuviera muerto. Pero... ¿y si era cierto? ¿Y si seguía aún vivo?

Continuó caminando por la avenida. Sentado en los escalones del portal

del hotel había un hombre mayor, negro, vestido con una traje sucio y harapiento. Le enseñó el dibujo.

—¿Sabe dónde está?

—Usted es la chica —comentó el anciano.

—Sí.

—Así que su pasado ha venido a buscarlo —sacó una botella de la chaqueta y bebió un buen trago—. Aunque Jay no habría difundido por ahí ese dibujo si no hubiera tenido un buen motivo para hacerlo. Si no hubiera estado buscando... una respuesta.

—¿Jay? ¿Se llama Jay? —pensó en el monograma con las tres iniciales y en la firma del dibujo. JAY.

El hombre asintió, levantándose.

—Siga hasta el final del pasillo. Pero no le haga daño, ¿entendido?

—No, claro. Descuide —repuso, confundida.

El anciano se alejó, riendo entre dientes. Paige entró en un vestíbulo pobremente iluminado, y continuó luego por un estrecho corredor. No había nadie. La última habitación era la número doce. Detrás de aquella puerta, quizá estuviera el hombre que la había abandonado años atrás. El hombre que le había destrozado el corazón.

El único hombre que podía salvar a su hija.

Le temblaba tanto la mano que apenas pudo cerrarla para llamar con los nudillos.

Jay Wellcome dio un respingo al oír los golpes en la puerta. El carboncillo se partió entre sus dedos. Nadie llamaba nunca a aquella puerta excepto la dueña del hotel, para cobrar. Y todavía no estaban a primeros de mes.

Dejó el cuaderno a un lado y se levantó. Habían pasado casi tres años desde que se despertó herido y solo, sin tener ni la más remota idea de lo que le había sucedido. Desde entonces lo había acompañado una sorda sensación de inquietud. Como si durante todo aquel tiempo hubiera estado esperando a que el tipo que había intentado matarlo volviera un día, cuando más desprevenido estuviera, a rematar el trabajo.

Miró la ventana, convenientemente abierta. Si tenía problemas, podría escapar por allí y huir luego en su coche, de aspecto engañosamente desvencijado, que estaba aparcado delante. Después de ponerse una camiseta,



se acercó a la puerta. Escuchó durante unos segundos, pero no oyó nada. Finalmente, bien afirmado sobre los dos pies y dispuesto a la pelea, se decidió a abrir.

Y se encontró delante de la misma joven que invadía constantemente sus sueños.

Estuvo a punto de huir, de cerrar violentamente la puerta. No estaba preparado para aquello.

Tante Yvette y Old Mose habían terminado convenciéndolo de que empezara a exhibir y vender sus dibujos. En un principio se había mostrado escéptico, desgarrado entre el temor a que lo encontraran y el anhelo de salir de la zona muerta en la que había llevado una existencia perdida, sin nombre. Había pasado los tres últimos años de su vida trabajando en las plataformas petroleras, vigilando siempre su espalda, inquieto y temeroso...

En realidad, no había esperado recibir ninguna respuesta. Ni vender ningún dibujo. Y, ciertamente, tampoco había esperado aquello... Seguía allí, aferrado al pomo de la puerta, mirándola de hito en hito. Aunque la semejanza era inequívoca, era mayor que la chica de sus sueños. Era una mujer. Una mujer terriblemente hermosa.

El cabello del color del trigo dorado, que recordaba corto, era ahora largo y suave, y lo llevaba recogido en una gruesa y complicada trenza. Era más baja de lo que había esperado. Apenas le llegaba hasta la barbilla.

La chica de sus sueños era muy delgada, y aquella mujer tenía unas curvas muy femeninas. Los ojos, sin embargo, eran los mismos: verdes y ribeteados de oro. Estaba muy pálida.

La oyó susurrar un nombre. Se tensó. Estaba pecando de imprudente. La sorpresa de verla allí le había hecho bajar la guardia. Irguiéndose, retrocedió un paso.

—¿Qué has dicho? —le espetó.

Apretaba un pequeño dibujo enmarcado contra su pecho. Estaba blanca como el papel. Como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Johnny? ¿Qué te ha pasado?

¿Johnny? Aquel nombre no significaba nada para él. ¿Acaso lo conocía? En un impulso, la agarró de un brazo y la hizo entrar en la habitación. Después de lanzar una rápida mirada al pasillo, se apresuró a cerrar la puerta.

Paige se apartó de él. No, no era la joven inocente que había pintado en sus dibujos. Sus ojos, sin embargo, eran idénticos. Solo que en aquel instante ardían con un brillo de terror.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

Ella arqueó sus bien delineadas cejas, asombrada. De repente algo cambió en su expresión, como si se estuviera encogiendo poco a poco. Cerró sus enormes ojos y sacudió lentamente la cabeza.

—También a mí me ha costado reconocerte —pronunció, tensa—, pero jamás podría olvidar esos ojos tuyos...

Una punzada de pánico lo asaltó. No supo si sentirse aliviado o preocupado de que alguien, finalmente, lo hubiera reconocido.

Paige tragó saliva, emocionada. Estaba tan cambiado... Aquel no era el chico del que se había enamorado. No era el joven artista frustrado que no se había atrevido a presentarse directamente con su novia en la casa de sus padres, sin obtener antes su permiso. Estaba delante de un hombre. Un hombre fuerte, de mirada dura y manos de trabajador, con una cicatriz que le atravesaba una ceja. Recorrió con la mirada sus hombros anchos, sus muslos poderosos, hasta que volvió a fijarse en sus ojos.

Habría podido tratarse del rostro de otra persona, curtido por el sol y por el trabajo a la intemperie. Pero no había duda alguna respecto a sus ojos. Tenían el mismo tono azul cristalino que tan bien recordaba. Eran los mismos ojos que la habían mirado con infinita ternura, mientras le confesaba su amor. Y ahora brillaban con la misma intensidad en aquel rostro bronceado...

La observaba con expresión alerta, precavida. Tenía las manos separadas de los costados, como si estuviera dispuesto a defenderse.

—Soy Paige. Paige Reynolds...

Vio que fruncía el ceño, extrañado, como si no la reconociera. Pero ella estaba segura, sin ninguna duda, de que era el padre de su hija. ¡Katie! Sintió una punzada de terror. La cabeza empezó a darle vueltas, y se tambaleó ligeramente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, dispuesto a sujetarla.

Paige apretó los labios, esforzándose por dominar sus emociones. «Tranquilízate», se ordenó. «Todo esto es por el bien de Katie». Asintió, tensa.

—Bien. Y ahora... ¿se puede saber qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has llamado?

—Te he llamado Johnny —alzó la barbilla—. Johnny Yarbrough. Es tu nombre.

No movió un solo músculo, pero Paige pudo percibir su tensión.

—Johnny Yarbrough —repitió con un murmullo—. O, más exactamente,

John Andrew Yarbrough.

No dejaba de mirarla a los ojos, pero Paige tuvo la sensación de que, en realidad, no la estaba viendo. Se pasó una mano por el pelo.

—¿Johnny?

Negó con la cabeza, desconcertado.

—No entiendo —le confesó ella—. ¿Qué te pasa? Te comportas como si no...

La verdad la golpeó entonces con toda su fuerza, como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. Por increíble que resultara, aquello lo explicaba todo. El hecho de que no hubiera aparecido su cadáver, o de que nunca hubiera vuelto a ocupar su lugar en el negocio de su padre. Por eso la estaba mirando con aquella expresión de asombro.

—Oh, Dios mío... —musitó. La vida de su hija estaba en juego, y el único hombre que podía salvarla ignoraba quién era en realidad—. No me recuerdas...

La miró con verdadero horror y le dio la espalda. Empezó a frotarse las sienes, angustiado.

Paige no podía creerlo. No podía ser cierto. Era imposible.

—Necesito tu ayuda —dio un paso hacia él—. Mírame —le suplicó—. Mira esto.

Giró la cabeza, sin volverse. Paige le mostró el dibujo.

—¿Ves? Tú me dibujaste. Estuvimos viviendo juntos aquí, en Nueva Orleans, hace siete años. No me digas que no te acuerdas de mí...

Finalmente la miró, tensando la mandíbula.

—No. No me acuerdo.

—Tienes que acordarte. Por lo menos, recordarás que te secuestraron, ¿no?

Entrecerrando los ojos, dio un paso hacia ella.

—¿Me secuestraron?

Paige se obligó a combatir el pánico que le cerraba la garganta.

—Sí. Hace tres años. Todo el mundo habló de ello. Tu familia recibió una nota, exigiendo dos millones de dólares a cambio de tu liberación. Al cabo de unas cuantas semanas, tu cartera, manchada de sangre, fue encontrada en el interior de un coche robado, cerca de la autopista Chef Menteur. Te dieron por... muerto —no podía creer que no se acordara de nada—. Tu padre suplicó a los secuestradores que no te hicieran ningún daño. Les ofreció el doble de dinero para que te soltaran. Y se lo entregó. Nadie entendió por qué

luego... —se le quebró la voz mientras contemplaba aquella cara extraña y familiar a la vez.

Veía dolor en aquel rostro, además de una tenaz expresión de incredulidad. Pero también distinguió cierto interés, y algo que casi le desgarró el corazón: por un segundo, un brillo de esperanza asomó a sus ojos. No le estaba mintiendo. Realmente no se acordaba de nada.

«Oh, Johnny. ¿Qué es lo que te hicieron?», le preguntó en silencio. Tuvo que hacer un esfuerzo para recuperarse. No tenía tiempo para la compasión. Tenía que salvar a su hija. Ese era el único motivo de su visita. Y el único motivo para continuar viviendo.

Hubo un tiempo en que creyó conocer a Johnny mejor que a sí misma, en que habría apostado la vida por su honestidad. Pero él le prometió que regresaría a buscarla, y no lo hizo. En aquel entonces, le mintió. ¿Le estaría mintiendo también ahora?

Pero si ese era el caso, ¿por qué estaba encerrado allí, en aquel mugriento hotel, en vez de disfrutar de la lujosa vida a la que había sido destinado? ¿Y por qué había pintado aquel dibujo para luego negar que la conocía?

—Un momento... ¿esperas que me crea que no recuerdas absolutamente nada de todo eso? —le preguntó, desviando la mirada hacia la cicatriz de la ceja, que empezaba en el nacimiento del pelo recorriendo toda la frente.

En aquel preciso instante, Jay alzó una mano para tocársela.

—Lo único que sé es que alguien intentó matarme. ¿Quién me secuestró?

—No lo sé. Por entonces... ya no estábamos juntos. La última vez que nos vimos fue hace siete años.

Le quitó el dibujo de las manos y lo examinó detenidamente. Luego, la miró intensamente a los ojos, como si esperase encontrar en ellos la respuesta a todas sus preguntas.

—¿Durante cuánto tiempo estuvimos juntos?

—Durante un mes y medio.

Tiempo suficiente para engendrar a una preciosa niña que se encontraba ahora mismo en peligro, pensó Paige. ¿Y si le hacían algún daño?

—O sea que estuvimos juntos durante un mes y medio, hace siete años —masculló, más para sí mismo que para ella—. ¿Por eso sueño tanto contigo?

—¿Qué has dicho?

Dejó el dibujo sobre la cama, encima de otros muchos, todos a lápiz y carboncillo. Algunos eran de ella. Alzó la mirada y, por un segundo, su expresión de duda se trocó en otra de un anhelo tan inmenso, que Paige se

sintió impulsaba a tocarlo, a consolarlo, a abrazarlo... Pero no duró mucho.

—Supongo que fue Tante Yvette la que te envió hasta aquí, ¿no?

Paige asintió con la cabeza.

La contempló con detenimiento. El brillo de pánico de sus ojos y la tensión de su postura indicaban que estaba a punto de perder el control. Pero no la conocía. En realidad, no la conocía. Y su situación personal lo obligaba a no confiar en nadie. Ni siquiera en alguien en quien la propia Tante Yvette había confiado.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —le preguntó con repentina frialdad.

—Han secuestrado a mi hija —susurró Paige, cerrando los puños.

—¿A tu hija? ¿Quién ha sido?

—No lo sé. Pero me ordenaron que te localizara.

Jay se tensó de inmediato.

—¿Te han seguido? —le espetó.

En aquel preciso instante la puerta reventó en mil astillas, y la fuerza del impacto la arrojó en sus brazos. Paige gimió de dolor. Jay la lanzó sobre la cama para protegerla... justo antes de verse atacado por dos hombres.

Opuso resistencia, buscando golpearlos en la nariz, los riñones, la entrepierna... en las zonas más vulnerables. Había aprendido a pelear con la dureza y eficacia con que solían hacerlo los obreros de las plataformas petroleras. Uno de los agresores era un gigante, mucho más corpulento que el otro. Jay le propinó un fuerte puñetazo en la cara, hundiendo a continuación el codo en el plexo solar de su compañero.

Recibió un golpe en la mandíbula, y se tambaleó. El más pequeño aprovechó la oportunidad para agarrarlo por detrás y el gigante levantó el puño y tomó impulso, dispuesto a descargarlo sobre su estómago.

Pero Jay levantó entonces las piernas, pateándolo y empujándolo violentamente contra la pared. Inmediatamente se volvió, liberó los brazos y le aplastó al otro la nariz.

El gigante estaba intentando levantarse del suelo. Jay le soltó entonces una fuerte patada en la entrepierna. Por el momento, ambos atacantes estaban fuera de combate. El pequeño no paraba de sangrar por la nariz y su amigo estaba ovillado en el suelo, doblado de dolor. Pero no tardarían en recuperarse.

Corrió hacia la cama y se inclinó sobre la mujer. Parecía inconsciente. Cuando la levantó en brazos, la oyó gemir.

—Lo siento —susurró. Sabía que podía estar herida, pero no había tiempo

para comprobarlo. Salió por la ventana y se volvió para echar un último vistazo dentro. Los dos tipos ya se estaban levantando.

Subió cuidadosamente a la chica en su viejo coche. Después de abrocharle el cinturón de seguridad, recogió las llaves de debajo de la alfombrilla y arrancó.

### 3

Hasta que no hubo salido de la ciudad, no respiró aliviado. Se habían librado... por el momento. Todo había transcurrido en cuestión de minutos: los dos tipos rompiendo la puerta, la pelea, la huida... A no ser que un tercer hombre hubiera estado esperándolos en la avenida, no tenían ya nada que temer.

Mientras accedía a la autopista, miró a su inconsciente pasajera. Seguía muy quieta, como si estuviera dormida, con su trenza rubia sobre un hombro. Afortunadamente, respiraba. Concentrándose de nuevo en la carretera, condujo hacia su casa-refugio. Más de una vez se había reído de sí mismo por el complicado plan que había elaborado para una emergencia como aquella. Pero despertarse un buen día con una herida de bala y con amnesia era la mejor manera de volver paranoico a cualquiera.

Reflexionó, con un profundo suspiro, sobre los últimos acontecimientos. Siempre había temido que algo así terminara sucediendo. Un ataque por sorpresa, cuando menos se lo esperaba. Pero lo que jamás había podido prever era la aparición de aquella mujer. La chica de sus sueños.

La miró. No había duda: era ella. Le había dicho que habían estado juntos hacía años. ¿Habrían sido amantes? ¿Por eso recordaba tan bien su rostro? Lo había llamado «Johnny». Al parecer lo habían secuestrado, dándole por muerto. Evidentemente los autores de su secuestro no habían cejado en su empeño por matarlo. Y, con tal de localizarlo, se habían atrevido a secuestrar a una inocente niña...

Intentó sobreponerse a la abrumadora oleada de pánico que lo invadió. Sí, tenía sentido. ¿Sería por eso por lo que tenía tanto miedo a la oscuridad? ¿Sería esa la explicación de su claustrofobia? Se enjugó el sudor de la frente, esperando a que se le tranquilizara el pulso.

Quizá debería haber llevado a la mujer a la policía. O haberla dejado allí, con los matones. Entraba dentro de lo posible que ella misma los hubiese llevado hasta él. Pero no. La había reconocido en el preciso instante en que abrió la puerta, tan pronto como la miró a los ojos. Siempre había sabido cómo eran aquellos ojos. Verdes, con un cerco dorado.

Y, de alguna manera, en el fondo de su mente amnésica, siempre había sabido que aquella mujer era la persona más importante del mundo para él. Y lo seguía siendo. Porque si realmente lo había conocido siete años atrás, entonces era la persona indicada para ayudarlo a recuperar sus recuerdos. La

única persona del mundo en la que podría confiar.

En aquel instante sonó un teléfono móvil. Dio un respingo, y casi perdió el control del volante.

—¿Qué diablos...?

La joven soltó un leve gemido, desperezándose lentamente. Jay intentó ignorar el teléfono, pero no pudo. Además, si quería desentrañar todo lo que estaba pasando, tendría que reunir hasta el último retazo de información disponible. Incluida la identidad del autor de aquella llamada.

Buscó el teléfono entre las ropas de la mujer. Seguía sonando. A la cuarta llamada, lo encontró en uno de sus bolsillos. Lo miró. El identificador de llamadas estaba bloqueado.

Tras una breve vacilación, pulsó el botón de llamada y escuchó. Justo en aquel instante, Paige se despertó y alzó la cabeza. Parpadeó varias veces, gimiendo de dolor.

—Dame el teléfono —susurró, sin aliento.

—¿Quién es? —inquirió la voz al otro lado de la línea.

Jay no dijo nada. Había algo en aquella voz que le resultaba vagamente familiar. Aguzó los oídos, con el corazón acelerado.

—¿Paige? No juegues conmigo...

Paige se llevó una mano a un bolsillo. Sacó una minigrabadora y, después de encenderla, intentó recoger el móvil con la mano izquierda, pero no pudo. Parecía incapaz de moverla.

Tenía una grabadora. Jay estaba impresionado. La voz del teléfono la llamó de nuevo. En silencio, él le acercó el aparato a la oreja.

—Lo siento. Se me... había caído el móvil al suelo —mintió—. ¿Dónde está Katie? —procuró acercar la grabadora todo lo posible y se quedó escuchando—. Sí. Lo he encontrado. Y usted debería saberlo, ya que ha hecho que me sigan...

Continuó escuchando. Jay advirtió que respiraba a jadeos. Evidentemente, debía de dolerle algo. Pero no tardó en ahogar aquella punzada de compasión. Esa mujer estaba negociando con aquella gente, utilizándolo como mercancía.

—Se lo juro, lo haré. Simplemente dígame dónde y cuándo. Pero tengo que hablar con Katie. No haré nada mientras no me asegure que se encuentra perfectamente.

Jay miró su rostro, terriblemente pálido. Estaba sorprendido de la fuerza de voluntad que latía en aquella voz. Tenía una grave lesión, a juzgar por la



forma en que evitaba mover el brazo izquierdo. Seguro que tenía un hombro dislocado, o roto.

—¿Katie, cariño? Hola.

Jay seguía sosteniéndole el teléfono, percibiendo su lucha interior. Sabía que lo que más ansiaba era soltar la grabadora y agarrar el teléfono para poder pegar el oído todo lo posible. No pudo menos que admirar su presencia de ánimo a la hora de grabar la llamada.

Procuró no mirarla, para ofrecerle un mínimo de intimidad. Tenía la voz ronca por las lágrimas, y se esforzaba por adoptar un tono ligero, alegre.

—¿Estás bien, corazón? ¿Se están portando bien contigo? —se interrumpió, suspirando—. ¿Que estás en un sitio muy oscuro? Oh, Katie. Ya sé que no te gusta nada la oscuridad —le tembló la voz—. ¿Pero te acuerdas de lo que te dije? Dios nos envuelve por la noche en un manto oscuro para cuidar de nosotros. Por eso no hay que tenerle miedo.

Jay esbozó una mueca. Tenían a la niña encerrada en una habitación oscura. Un dolor sordo comenzó a latirle en las sienes. Las primeras señales de un ataque de claustrofobia.

—¿Tienes el mantón contigo? Me alegro tanto. Arrópate bien, ¿eh? —la voz estuvo a punto de quebrársele. Tragó saliva, incapaz de dominar la emoción—. Sé valiente, ¿de acuerdo? No, ya sé que no te gusta la sopa de lata, pero tienes que comértela para estar fuerte. Pronto comeremos pizza tú y yo, cari...

Se interrumpió bruscamente, escuchando. Jay la miró. Seguía muy pálida, con los labios apretados de tensión.

—Entiendo. Si le hacen algún daño, les juro que... Han colgado.

Jay miró el teléfono. En la pantalla ya no aparecía nada, excepto el indicador de la batería y el reloj digital. Se lo entregó.

—¿Así que tu plan es cambiarme por tu hija?

—¿A ti qué te parece? —se volvió hacia él—. Tú eres un hombre adulto. Ella solo es una niña.

Jay no pudo menos que sonreírse al recordar que, apenas hacía un momento, había pensado que podía confiar en ella.

—Me dijeron que la matarían. La tienen encerrada en una habitación oscura. Y Katie aborrece la oscuridad —se le quebró la voz—. ¿Me ayudarás?

—¿De qué forma? Mira, yo no te conozco. Tampoco los conozco a ellos. ¿Qué quieres que haga? ¿Entregarme voluntariamente a esos tipos?

—El Johnny que yo conocía habría hecho cualquier cosa con tal de proteger a un niño.

A Jay le dio un vuelco el corazón. El Johnny que ella había conocido...

—¿Y tú crees que yo soy ese hombre? —inquirió, esforzándose por disimular un tono de esperanza.

Paige lo miró con expresión dolida, en silencio.

—No lo sé —pronunció al fin, sacudiendo la cabeza.

Experimentó una enorme decepción ante su respuesta. No le resultaba difícil imaginarse lo terriblemente asustada y sola que debía de sentirse su hija. Desde que tres años atrás se despertó, solo y herido, medio ahogado, las pesadillas no lo habían dejado en paz. Pesadillas en las que revivía una horrible sensación de pánico, amenazado por una implacable y absoluta oscuridad. Pero también se había visto reconfortado por la visión de una hermosa joven. De aquella mujer.

Vio que volvía a guardarse el móvil en el bolsillo, gimiendo al moverse.

—Muy inteligente lo de grabar la llamada.

Paige no dijo nada. Jay tomó por una estrecha carretera secundaria, a través del pantano. Conocía aquella ruta de memoria. Poco después giró de nuevo, deteniéndose frente a una destartada cabaña. Su casa-refugio. Resultaba irónico que estuviera allí con una mujer a la que no recordaba y que pretendía cambiar la vida de su hija por la suya.

Paige hizo un gesto de dolor cuando el coche frenó bruscamente. Desde que recuperó la conciencia, no había dejado de dolerle el hombro con cada bache. No podía moverlo, y el dolor que le llegaba hasta el cuello y el brazo era una verdadera tortura.

—¿Dónde estamos? No podemos detenernos aquí. Tenemos que encontrar a Katie... —se interrumpió de pronto, dándose cuenta de que ni siquiera sabía por dónde empezar a buscar. Su plan había tocado a su fin desde que localizó a Johnny. No había previsto lo que haría si llegaba a encontrarlo. Y, en aquel momento, el dolor y el cansancio le impedían pensar con claridad.

Jay bajó del coche y se apresuró a ayudarla a bajar.

—No, espera. Por favor. Tenemos que volver. Mi hija está en peligro. La tienen encerrada en la oscuridad...

—No podremos hacer nada mientras no comprobemos la gravedad de tu lesión. Me temo que vas a tener que confiar en mí. ¿Puedes tenerte en pie?

—Por supuesto que sí —intentó quitarse el cinturón de seguridad, pero no

pudo.

—Espera —déjame a mí.

Se inclinó sobre ella y colocó su ancha y fuerte mano sobre la suya, para que no siguiera tirando del cinturón. Paige la retiró, tensa, mientras él terminaba de desabrochárselo. Luego, deslizando un brazo por su espalda y otro por sus corvas, la alzó en vilo.

—¿Qué estás haciendo?

—Llévate en brazos. Quizá tengas otras heridas. Así te evitarás andar.

Cerrando los ojos para soportar el dolor, no pudo menos que sorprenderse de la delicadeza con que la levantó. Se dejó llevar. Nada más entrar, Jay la tumbó sobre un sofá y encendió las lámparas de petróleo.

Miró a su alrededor. Era una antigua cabaña construida enteramente de madera. En un extremo había un horno de leña y un mostrador, con estantes llenos de platos y tazas. Al otro lado colgaba una cortina, que suponía debía de dar al dormitorio. Aparte de unos cuantos objetos, nada parecía indicar que alguien viviera allí.

Pero cuando Jay encendió la última lámpara, vio los dibujos fijados a la pared, enfrente del sofá. Algunos eran como revoltijos de enérgicos trazos al carboncillo, especie de pesadillas convertidas en arte. Sintió una punzada de compasión. ¿Cuántas veces habría intentado recordar sin éxito la tragedia que había vivido? Su fértil imaginación le hizo preguntarse si se tratarían de fugaces visiones de su secuestro. Evocaban las más terribles emociones: furia, miedo, incluso odio.

Si aquellos dibujos eran un indicio de lo que había vivido, debía de haber estado encerrado en un lugar horrible y oscuro. De repente desvió la mirada, aterrada. Si habían encerrado a Katie en un sitio semejante...

—¿No puedes darte prisa? —le preguntó, esforzándose en vano por levantarse—. Tenemos que encontrar a Katie.

Jay dejó la caja de fósforos sobre la mesa.

—Necesito toda la luz posible para examinarte ese hombro.

—Bien. Ya tienes luz suficiente. Te recuerdo que mi hija está en peligro.

Jay se dirigió entonces a la minúscula cocina.

—¿No me estás escuchando? —inquirió, frustrada.

Le acercó una taza a los labios, llena de un líquido oscuro. Era brandy.

—¿Para qué es esto?

—Bébetelo. Te ayudará a soportar el dolor.

—¿Y si me emborracho? No he probado bocado en todo el día. ¿Y si

vuelven a llamar?

—Si llaman, seguro que podrás hablar con ellos. Y ahora, bébete esto —su tono no admitía discusión.

Paige lo fulminó con la mirada, pero aceptó la taza. El dolor del hombro era cada vez más intenso. Tomó un sorbo; estaba muy fuerte. Tosió, pero bebió un poco más.

—¿Por qué esos tipos te ordenaron localizarme? ¿Y por qué suponían que tú sabías quién era yo? —le preguntó él mientras se disponía a examinarle la lesión.

Paige no quería contestar. En aquel momento, estaba en sus manos. Necesitaba su ayuda. Si le contaba la verdad acerca del secuestro de Katie, era posible que no la creyera. Y que se negara a ayudarla.

—Esa es una buena pregunta —repuso, esperando que cambiara de tema.

—Cuya respuesta me gustaría escuchar —insistió Jay, sonriendo levemente—. Y también me gustaría que me hablaras de lo nuestro —se dedicó a buscar el lugar exacto de la lesión, tocándola con exquisita suavidad.

—De lo nuestro —repitió, irónica. El brandy la había mareado, pero al menos el dolor ya no era tan intenso.

—Dijiste que nos conocimos hace siete años.

—Sí, en Jackson Square. Yo me dirigía al trabajo. Estudiaba de día y trabajaba por las noches.

En aquel instante Johnny le estaba tocando el hombro con las dos manos. Su contacto le resultaba tan ajeno y a la vez tan familiar... Eran los dedos de Johnny los que la acariciaban con ternura, con infinito cuidado... Pero aquellas palmas callosas y duras eran distintas. Él era distinto.

Y la diferencia era muy interesante...

—Me abordaste en la calle, preguntándome si podías dibujarme —sonrió con expresión soñadora—. Dijiste que tenía un rostro de una belleza clásica.

—Y lo tienes.

Sentía los párpados pesados. Vio que detenía su mirada en sus ojos, en su nariz, en su boca... Se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—No creo que tengas el hombro dislocado del todo. Por suerte.

—¿Ya habías hecho esto antes? —le preguntó Paige, consciente de su aturdimiento. Le encantaba el contacto de las manos de Johnny. El calor de sus fuertes dedos resultaba maravillosamente reconfortante. Como si fueran absorbiendo poco a poco el dolor...

—Digamos que he practicado un poco. Cuéntame lo que pasó después de

que te dibujé —le pidió mientras se concentraba en masajearle suavemente el hombro.

—Yo tenía diecisiete años. Tu debías de tener unos veinte.

De repente volvió a vivir aquellos días, sentada al sol mientras sus hábiles manos creaban magia en el papel, capturaban sus sentimientos. Y luego por las noches, en su apartamento, aquellas mismas manos creando magia en su cuerpo... Cerró los ojos, deleitada.

Había confiado en Johnny. Pero él le había roto el corazón.

—Nos enamoramos. Hasta que te fuiste, después de prometerme que volverías a buscarme. Esperé y esperé. Pegada a la ventana. Días, semanas, meses —volvió a sentir aquel terrible dolor con el que había convivido durante tanto tiempo—. Pero nunca volviste. Jamás.

Para entonces su voz se había convertido en un murmullo ronco... que no pudo conmoverlo más. Sintió que algo se le removía por dentro. El doloroso vacío que había tenido que soportar desde que se despertó un día, herido y solo, sin recordar nada.

Ella lo había esperado. Y él no había vuelto. De repente, Paige soltó un sollozo.

—Y ahora alguien ha secuestrado a Katie... Oh, Dios mío. ¿Y si nunca la encontramos?

—La encontraremos —murmuró Jay, concentrándose en su hombro. Confiaba en poder colocárselo en su lugar sin hacerle daño. Había visto al médico de la plataforma petrolera hacerlo un par de veces.

—Nunca me dijiste que tu familia era multimillonaria. Los Yarbrough.

—¿Multimillonaria? —inquirió, deteniéndose de pronto.

—Sí. La naviera Yarbrough. Tu familia poseía toneladas de dinero. Más que suficiente para pagar un rescate de dos millones de dólares. Pero ellos no querían el rescate. Solo te querían a ti.

—Espera un momento, Paige —Jay estaba ya preparado para colocarle el hombro en su sitio. Sabía que el brandy no la estaba ayudando demasiado. La miró. Se le estaban cerrando los ojos. Parecía tan encantadora, tan vulnerable...

Deslizó la otra mano por debajo del brazo, lo levantó y tiró con fuerza de él.

Paige soltó un chillido y se derrumbó en sus brazos. Se había desmayado. Jay se quedó sentado donde estaba, sosteniéndola con incomodidad. No estaba habituado al contacto físico. Pero a la vez se sentía extraña y

profundamente afectado por el hecho de tocarla, de sentirla. Su piel satinada, la delicada curva de su cuello y la tersura de sus mejillas le evocaban sensaciones que no recordaba haber experimentado nunca.

Tres años era mucho tiempo. Tres años de soledad. Sin recordar nada.

En un impulso que no se detuvo a analizar, la acercó hacia sí, enterrando la nariz en su pelo.

Había algo tan adecuado, tan perfecto en el hecho de abrazarla de aquella manera, en su exquisito aroma que le despertaba tantos y tan vagos recuerdos... Recuerdos que se le escapaban cuanto más se esforzaba por retenerlos.

No comprendía nada. ¿Por qué alguien había secuestrado a la hija de Paige y luego la había enviado a ella a localizarlo? ¿Quiénes eran esos tipos que lo estaban persiguiendo?

Pero, en aquel preciso momento, con Paige en sus brazos, el mayor misterio era otro. ¿Por qué había amado a una mujer así para luego abandonarla? Era valiente. Era hermosa. Le suscitaba un fiero sentimiento de protección. Le hacía desear matar dragones por ella. ¿Qué clase de hombre debía de haber sido para alejarse voluntariamente de su lado? Pese a lo mucho que ansiaba recuperar la memoria, no estaba muy seguro de querer saber la respuesta. Ni tampoco de que le gustara el hombre que había sido. El hombre que la había abandonado.

Vio que se desperezaba y la apartó de sí, reacio. Examinó nuevamente su hombro. Aparentemente estaba en su lugar.

—Oh, vaya... eso ha dolido.

—¿Puedes moverlo ahora?

Paige levantó tentativamente el brazo, haciendo una mueca.

—Me duele un poco, pero ya no tanto. Y puedo moverlo —lo miró. Seguían pesándole los párpados—. Gracias.

Jay asintió con la cabeza, levantándose.

—Ahora lo que necesitas es dormir.

—No. Tenemos que encontrar a Katie.

—Después de que descanses un poco —la obligó suavemente a tumbarse, poniéndole un cojín debajo de la cabeza—. Necesito pensar. Si mi familia es multimillonaria, quizá pueda ayudarnos.

Paige se sentó de nuevo.

—No podemos decírselo a nadie. Mi hija lo pagará —se levantó precipitadamente, tambaleándose.

Jay la sujetó de los brazos.

—Escúchame, Paige...

—Sabía que no podía contar contigo —le espetó, aturdida—. Debí suponer que todo esto no te importaría...

Aquellas palabras le dolieron. Ignoraba quién era ni lo que le había hecho. Pero estaba seguro de que ella no se lo había merecido.

—De acuerdo, lo haremos a tu modo. ¿Cuál es tu plan?

—Ir a buscar a Katie.

—¿Y por dónde empezaremos a buscar?

—Yo... —parpadeó varias veces— no lo sé.

Jay sintió el impulso de abrazarla, de asegurarle que todo saldría bien. Pero sabía que no podía prometerle eso.

—Todo esto es culpa tuya, Johnny. Culpa tuya. ¿Por qué te escapaste? Ellos te querían a ti. Si te hubieran capturado, ahora mismo yo tendría a mi hija conmigo.

Jay pensó que, hasta ese momento, todo lo había hecho por instinto: luchar, huir, protegerla. Quizá no debió haber hecho nada de eso. Quizá debió haberse dejado atrapar para intentar sonsacarles alguna información. Sacudió la cabeza. No. Había hecho lo único que había podido hacer, bajo las presentes circunstancias.

Volvió a sentarla en el sofá y se arrodilló frente a ella. Le alzó la barbilla, obligándola a que lo mirara.

—Escúchame. ¿Quieres ir a la policía? Yo te llevaré.

—¡No! Me dijeron que si lo hacía, la matarían.

—De acuerdo. Entonces no hay nada que podamos hacer por esta noche. Aquí estaremos a salvo.

—Pero ella no está a salvo. Está sola... —se le quebró la voz.

Sentía una inmensa compasión por ella, y por su hija. Nadie conocía mejor que él el significado de la palabra «soledad». Con exquisita delicadeza, le recogió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Lo sé. Nos iremos tan pronto como amanezca. Descubriremos quién es esa gente, y por qué han hecho esto.

—Su motivo está claro —replicó con un murmullo—. Tú eres un Yarbrough—. Vales millones.

Miró a la mujer cuyo rostro había poblado tantas veces sus sueños. Luego, finalmente, reunió el coraje suficiente para hacerle la pregunta que no había dejado de quemarlo por dentro desde la primera vez que le habló de su

hija.

—¿Por qué han secuestrado a tu hija?

Se mordió el labio. Debido al efecto del brandy, apenas podía enfocarlo bien con la mirada.

—Ellos... querían que te llevase hasta ti...

Jay sacudió la cabeza. Tenía que haber algo más.

—¿Pero por qué tú? ¿Por qué tu hija?

Lo supo tan pronto como acabó de pronunciar las palabras. Era la única respuesta que tenía sentido. Ni siquiera podía formular mentalmente el pensamiento. Se trataba de algo visceral, subconsciente.

—¿Paige?

Vio que bajaba la mirada. Algo le estaba ocultando.

—Supongo que porque esperaban... que tú... aceptarías cooperar.

—¿Y por qué habrían de esperar algo así?

—Porque... ella también es tu hija —contestó con un murmullo apenas audible.



—Está claro que eres la hija de tu padre... —pronunció Serena, esquivando cuidadosamente una polvorienta caja de madera y frunciendo la nariz con expresión de asco. Aquel almacén abandonado apestaba a moho y a pescado—. No solo tienes sus mismos ojos. También posees su irritante tozudez.

La niña clavó sus ojos color zafiro en ella, apretando su inseparable mantón azul contra su pecho.

—Yo soy la hija de mi mamá —replicó, alzando la barbilla—. Mi papá se fue.

—Además eres una contestona, Katie. Resulta que tu papá no se ha ido... todavía.

—Quiero hablar con mi mamá —exigió, con lágrimas en los ojos.

Serena se alegró de verla tan asustada. Necesitaba sonsacarle información. Información sobre su padre.

Le gustaba salirse con la suya y, por el momento, su irritante hijastro había escapado por segunda vez a los matones de Leonard. Ardía en deseos de que se ocuparan de una vez por todas de Johnny y de Paige. Luego, se las arreglaría para asistir a algún famoso evento benéfico mientras la niña era eliminada.

—Quiero ver a mi mamá. No puede retenerme aquí. Va... va contra la ley.

—Oh, ¿de veras? —rio Serena antes de dar otra chupada a su cigarrillo—. Eres muy graciosa. Desde luego que esto va contra la ley.

—Sí, lo vi en la tele. Se llama «secuestro». Un hombre secuestró a otro y lo metieron en la cárcel.

—Eran tan lista como tu padre. Y como tu abuelo también —musitó, mirando su reloj. Mascullando una maldición, marcó un número en su móvil—. Voy a llegar tarde a la junta —informó a su secretaria—. Sirve unas pastas con el café y preséntales mis disculpas —cerró el teléfono—. Y ahora, Katie, quiero que respondas a unas preguntas...

—Quiero hablar con mi mamá. Cada vez que usted viene aquí, me deja hablar con ella.

Leonard se acercó a Katie.

—Mira, niña. Hablarás con tu madre después de contestar a nuestras preguntas, ¿entendido?

Katie se apartó de él, encogiéndose de miedo.

—Leonard, la estás asustando. Vamos a ver, Katie. ¿No te di yo una vela?

—Me la dio el señor Martin.

—Bueno, sí, pero el señor Martin trabaja para mí. ¿Y no te dio también una pizza?

—Estaba fría.

Leonard resopló de furia, y Serena soltó un suspiro impaciente.

—Todo eso te lo he dado yo. Así que ahora quiero que me digas...

—No. Lo que yo quiero es ver a mi mamá.

Leonard se adelantó hacia ella.

—No volverás a verla si no nos dices lo que queremos saber.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la niña. Miró el teléfono móvil que Serena había dejado sobre un cajón cercano, y luego a su dueña.

—Mi ma... mamá llamará a la policía y los encontrarán a ustedes y los meterán en la cárcel.

Serena miró de nuevo su reloj.

—Katie, voy a llegar tarde a mi reunión. No tengo tiempo para juegos —exhalando una bocanada de humo, se volvió hacia Leonard.

—Tu mamá no va a llamar la policía porque sabe que, si lo hace, nosotros te mataremos. ¿Entiendes lo que quiere decir eso?

Katie abrió mucho los ojos.

—Sí, señor...

—Y ahora, Katie —le dijo Serena, sonriendo—. Voy a hacerte unas preguntas. Si me gustan tus respuestas, te dejaré hablar un ratito con tu madre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó la niña con un hilo de voz.

Jay permanecía de pie en el porche de la cabaña, sin camisa. La lluvia solamente había durado un par de horas. Por suerte, Paige seguía durmiendo.

Necesitaba dormir. Y él necesitaba pensar.

Todavía estaba estremecido por la impresión que le había producido la noticia. La hija de Paige era su hija. Tenía una hija. Y no conservaba el menor recuerdo de nada. Ni de su propia infancia, ni de sus padres, ni de nada en absoluto.

Aun así, aquello le provocaba una sensación que colmaba en parte el vacío que lo corroía por dentro. ¿Cómo sería su hija? ¿Sería rubia, como

Paige? ¿Tendría los ojos verdes, como ella? ¿Sabría Katie que él era su padre?

¿Habría sabido él que Paige estaba embarazada cuando la abandonó? Hizo un cuenco con las manos y las puso debajo del hilo de agua de lluvia que todavía caía del tejado, para refrescarse la cara. Quería saber todo eso y más, ansiaba que Paige se lo contara todo. Pero en aquel momento estaba agotada, exhausta. Como si el hecho de haberle confesado que era el padre de Katie le hubiera robado todas las energías.

Después de arroparla se había sentado a su lado, viendo cómo caía en un sueño inquieto, agitado, gimiendo y musitando palabras inconexas. Soñando con Kate.

Jay había sido incapaz de dormir. El dolor de cabeza que había estado amenazándolo durante toda la tarde comenzó a torturarlo. Y todavía no había cesado. Volvió a mojarse las manos y se humedeció la frente y las sienes. Dejaría que Paige continuara descansando un poco más, pero luego tendrían que ponerse en marcha. Ardía en deseos de encontrar respuestas.

Pretendía examinar el apartamento de Paige, en busca de cualquier pista. Quería hablar con cualquier persona del barrio que hubiera podido ver a alguien con la pequeña. Y conseguir toda la información posible sobre la familia Yarbrough.

Los Yarbrough, su supuesta familia. El día anterior por la mañana lo había ignorado todo sobre su pasado. Y ahora... Desde que años atrás se despertó sin recordar nada de su existencia anterior, había vivido en un estado de constante inquietud, sabiendo que era un hombre perseguido. La herida de bala así lo demostraba. No importaba que su perseguidor hubiera sido la policía, o cualquier delincuente. La amenaza siempre estaba allí. Y lo fundamental era ordenar y desentrañar la maraña de escasos recuerdos que aún conservaba.

La mayor parte de esos recuerdos estaban fragmentados, e intentar interpretarlos era como reconstruir un rostro a partir de la imagen de un espejo roto en pedazos. Las únicas imágenes que se habían conservado intactas eran el rostro de Paige y aquella opresiva y sofocante oscuridad. Lo mejor y lo peor, pensó irónico.

El sol ya asomaba detrás de la hilera de cipreses, y el pantano se despertaba poco a poco a la vida. Garzas y garcetas empezaban a desperezarse, prestas a buscar su alimento. Aquí y allá un chapoteo o una zambullida delataban la presencia de serpientes y cocodrilos. Jay contempló

la carretera. No podían demorar la partida por más tiempo.

El camino de vuelta iba a ser difícil, debido a la lluvia. Aquella maldita carretera estaba siempre llena de barro, incluso con tiempo seco. Y aquel barro se lo tragaba todo.

Vio que empezaba a chispear y esbozó una mueca. Si volvía a llover, se quedarían atrapados allí. Se dispuso a entrar en la cabaña para despertar a Paige, pero un extraño ruido lo hizo detenerse en seco. Se quedó muy quieto, escuchando. No parecía uno de los sonidos naturales del pantano. ¿Quizá el rumor de un trueno? Esperó. Lo oyó de nuevo. Era como un murmullo creciente...

El motor de un coche. Para cuando terminó de formular el pensamiento, ya estaba dentro, poniéndose su impermeable.

—Paige, despierta.

—¿Katie?

—Levántate —le lanzó su abrigo—. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué hora es?

—¡Levántate!

Paige hizo a un lado la manta y se sentó en el sofá, con los ojos muy abiertos. Agarró el abrigo y se lo puso, gimiendo cuando movió el brazo izquierdo.

—¿Qué pasa?

Jay no le contestó. Estaba debatiendo consigo mismo sobre la conveniencia de la idea que se le había ocurrido. Inseguro de su decisión, abrió el armario de la cocina y sacó algo del estante más alto. Era un pequeño revólver que había comprado a un tipo de la plataforma petrolera. Después de guardarse un par de cargadores en el impermeable, se metió el arma en la cintura de los vaqueros.

—¿Eso es una pistola? ¿Qué estás haciendo?

—Protegiéndonos, espero. Vámonos.

Salieron precipitadamente y le abrió la puerta del coche.

—Entra.

La cerró y se detuvo, escuchando. El motor se oía cada vez más cerca. No les quedaba tiempo. Lanzó una rápida mirada a la cabaña, esperando no haberse olvidado de nada. Se sentó al volante.

—¿Tienes el teléfono?

Vio que asentía con la cabeza y arrancó el coche. Esbozó una mueca, consciente de que sus perseguidores lo oirían tan bien como él los había oído

a ellos. Bajó la ventanilla.

Paige quiso decirle algo, pero él la acalló con un gesto. Ya no se escuchaba el ruido del motor. Se concentró en evitar los baches. Si caían en alguno demasiado profundo, corrían el riesgo de quedar atrapados en el barro.

Y la perspectiva de tener que abandonar el coche y huir a pie por el pantano no era precisamente muy halagüeña.

—¿Qué hora es? ¿Ha vuelto a sonar el teléfono? —inquirió Paige mientras sacaba el móvil de un bolsillo. Suspiró aliviada. No había ninguna llamada perdida. El reloj digital marcaba las siete y media—. ¿Por qué no me has despertado?

—En el estado en que te encontrabas, lo mejor que podías hacer era dormir. Y ahora estate callada, por favor, para que pueda oír al otro coche...

—¿Otro coche? ¿Qué otro coche? —inquirió, tensa.

—El que nos está persiguiendo.

—¿Aquí? Estamos en mitad de un pantano. Yo creía que nadie conocía este lugar.

—Y nadie lo conoce. Lo que significa que...

—Que nos han encontrado.

Jay le lanzó una rápida mirada, asintiendo.

—Efectivamente.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Rezar para que no se conozcan estas carreteras.

No iban muy rápido, ya que la máxima preocupación de Jay era no derrapar con el barro. De repente distinguieron algo entre la niebla. Una sombra oscura. El otro coche. Se dirigía directamente hacia ellos.

—¡Johnny, vienen directamente hacia nosotros!

—Ya lo veo —maldijo entre dientes—. Agárrate bien.

—¿Qué vas a...?

Vio que se inclinaba hacia delante, apretando los dientes mientras cambiaba de marcha.

El otro coche era grande y largo, y estaba lleno de barro. Contuvo el aliento. ¡Iban a chocar!

De repente Jay metió primera y dio un volantazo a la derecha. Sorteó el vehículo, que inmediatamente se aprestó a seguirlos. Poco después se oyó un fuerte ruido. Volviéndose, Paige vio que su perseguidor se había salido de la carretera para estrellarse contra un árbol. No detectó movimiento alguno en su interior.

Jay aspiró profundamente mientras se detenía en una zona seca de la carretera. Apagó el motor.

—¿Crees que son los secuestradores? —le preguntó ella.

—No tengo ni idea de quiénes pueden ser. Como te dije antes, nadie conoce este lugar —sacó su revólver—. Voy a buscarlos. Quizá nos proporcionen alguna información.

—¿Johnny?

Se detuvo, con la puerta medio abierta.

—Ten cuidado.

Justo cuando bajaba, sonó un disparo. La bala atravesó el cristal de la puerta del conductor. Jay se agachó, resbalando y cayendo en el barro.

—¡Johnny!

—¡Agáchate!

Un segundo disparo impactó en el coche. Paige vio que Johnny se agachaba junto al coche, sosteniendo la pistola con una mano y cubriéndose el hombro con la otra.

—¡Sube! —gritó—. ¿Estás herido?

—¡Te he dicho que te agaches!

Paige se pegó al asiento cuando una tercera bala atravesó el cristal trasero. Jay volvió a subir al coche y encendió el motor. Por unos aterradores segundos pareció que iban a quedarse atascados en el barro. Finalmente las ruedas traseras lograron agarrarse bien a la carretera y se alejaron de allí.

Resonaron más disparos. Un par de ellos volvieron a atravesar el cristal trasero, pero ninguno los alcanzó. Jay continuó conduciendo el coche con increíble pericia. Tenía la mitad del cuerpo cubierta de barro.

—¿Te encuentras bien?

Jay asintió con la cabeza. Sus musculosos brazos estaban salpicados de barro reseco. Minutos después, la carretera empezó a cambiar. Ya no había tanto lodo, y la pendiente ascendía. Paige vio que se relajaba poco a poco.

No podía dejar de mirarlo. Parecía tan decidido, tan concentrado, tan fuerte... después de aquel terrible reencuentro en la puerta de su habitación, casi no había tenido oportunidad de reflexionar sobre lo mucho que había cambiado.

—Ya casi hemos llegado a la carretera principal —la informó de repente—. Tenemos que pensar sobre lo que vamos a hacer.

Paige miró por el espejo retrovisor.

—¿Crees que todavía nos siguen?

—No lo sé. Lo que me extraña es que hayan llegado hasta el refugio —su comentario contenía un inequívoco matiz de sospecha.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que yo los he llevado hasta ti? ¿Me creerías capaz de hacer algo parecido?

—Mira, Paige. No tengo ninguna duda de que te conocí en el pasado. De otra forma, no estarías tan... tan en mi cabeza —se frotó una sien con un gesto de dolor—. ¿Pero cómo puedo estar seguro de que todo lo que me has dicho es verdad? ¿Cómo puedo estar seguro... incluso de que tienes una hija?

Paige sintió el impacto de cada palabra como si se hubiera tratado de un golpe dirigido a su estómago. La furia empezó a bullir en su pecho. ¿No creía en nada de lo que le había dicho?

Luego, pensó en lo que debió de haber sentido al escuchar su confesión. La había protegido. La había salvado dos veces de sus perseguidores. Le había curado la lesión del hombro y había velado su sueño. Y había hecho todo eso sin saber realmente quién era ella.

Solamente estaba seguro de una cosa, y era de que la había visto antes. Él no tenía ninguna razón para creer en sus palabras, no después de haber atraído a aquellos tipos hasta su hotel. ¿Cómo podría convencerlo de que había sido sincera? Contemplando su perfil de rasgos duros, la tensión de su expresión, le dio la única respuesta a la que sabía podría aferrarse:

—¿Cómo sabes que tienes realmente amnesia?

Arqueando las cejas, Jay le lanzó una mirada de sorpresa mezclada de hostilidad. Fue a decirle algo, pero se arrepintió en el último momento. Paige esperó, con los labios apretados. Los siguientes segundos podrían decidir el destino de ambos.

—*Touché* —musitó él.

Paige suspiró aliviada. Su inestable alianza seguía intacta. No volvieron a hablar durante un buen rato. El paisaje empezó a cambiar; de vez en cuando se veía ya alguna casa.

—¿Y bien, Paige? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Supongo que, de momento, nos hemos librado —volvió a mirar por el espejo retrovisor.

—Por el momento, sí —Jay frunció el ceño—. ¿Pero cómo diablos nos han localizado?

—¿Conoce alguien más la existencia de tu cabaña? ¿Tante Yvette? ¿El anciano del hotel?

—¿Te refieres a Old Mose? —Johnny sacudió la cabeza—. Old Mose

jamás... —de repente una expresión de terror cruzó por su rostro.

—¿Johnny?

—La cabaña es la casa de Mose... pertenece a su familia. Pero él jamás...

Paige cerró los ojos.

—Quizá no tuvo otra elección.

—Tengo que ir al hotel. Tengo que saber si le ha pasado algo...

—No podemos. Ese es el único lugar donde estarían seguros de encontrarnos. Por favor, Johnny. No tenemos mucho tiempo —le tocó el brazo, lleno de barro—. Me han dado un plazo limitado de tiempo: hasta que se agote la batería del móvil.

—¿Qué duración tiene?

—Treinta horas.

Jay giró de repente a la derecha.

—¿Adónde vamos?

—De vuelta al hotel.

—Pero Johnny...

—Ya te siguieron una vez hasta allí. Sería una locura volver, ¿no? Por eso no sospecharán nada.

Jay aparcó en la avenida, detrás del hotel. Casi se habían quedado sin gasolina.

Entraron en la habitación por la ventana. Los destrozos de la pelea eran obvios. Aparte de eso, se notaba que lo habían registrado. El edredón y las sábanas estaban en el suelo. Sus dibujos estaban rotos y dispersos por doquier. Paige recogió uno de ellos.

—Johnny, lo siento.

Se encogió de hombros. Él también lo lamentaba. Contemplando aquel caos, se preguntó si no habría sido mejor mantener su anonimato y negarse a exhibir sus dibujos. Todo había empezado por aquellas láminas que había empezado a vender por medio de Tante Yvette. Desechó de inmediato, sin embargo, ese pensamiento.

Lo ocurrido durante la noche anterior le había enseñado una cosa. Tal vez hubiera cosas en su pasado a las que no deseara enfrentarse. Cosas tan terribles que ni siquiera pudiera imaginar. Pero estaba cansado de estar solo.

No recordaba que nadie hubiera dependido alguna vez de él. No recordaba haber tenido propósito alguno en su vida. Hasta que de repente



Paige llamó a su puerta, mirándolo con aquella desesperada súplica en los ojos. En unas pocas horas, aquella mujer le había dado más que todo lo que recordaba haber tenido nunca.

Paige era la llave de su pasado. Y quizá también la de su futuro. Allí estaba, en medio del caos de su habitación, recogiendo del suelo sus rotos dibujos, con una expresión mezclada de dolor y preocupación. Ella dependía de él. Y, que Dios la ayudara... creía en él.

Aquella reacción suya resultaba tan sorprendente como inquietante. Esperaba poder ser el hombre que ella creía que era. Frunció el ceño. No la decepcionaría.

—¿Tienes la pistola, no? —le preguntó.

Paige se la entregó. Estaba llena de barro. Jay la limpió rápidamente con una sábana, y se la devolvió.

—Llévala tú mientras yo me lavo.

—No...

Pero Jay se la afirmó en la mano.

—Este es el seguro. Bajándolo, la colocas en posición de disparo. Lo único que tienes que hacer es pulsar el gatillo.

—No quiero...

—Escúchame, Paige. Aquí estamos expuestos a que entre alguien en cualquier momento, y yo necesito quitarme este barro y cambiarme de ropa. De otra manera, llamaremos demasiado la atención. Estaré listo en unos minutos. Ahora, deja el seguro puesto. Si oyes algo, quita el seguro, apunta al intruso y llámame, ¿de acuerdo? Tienes que hacerlo. Por tu vida... y la de tu hija.

Paige asintió, pálida.

—Bien —suspiró. No había cuarto de baño aparte. Solo la puerta del inodoro a un lado y un plato de ducha y un lavabo al otro.

Empezó a desnudarse. Al mirarse en el espejo, vio que tenía la mitad del cuerpo enteramente cubierta de barro. Mientras se despojaba de la camiseta y de los calzoncillos, fue agudamente consciente de la presencia de Paige a su espalda.

Por el espejo sorprendió su mirada. Se apresuró a desviar la vista. Para su consternación, su cuerpo reaccionó en respuesta, excitado. Tensando la mandíbula, entró en la ducha.

No se permitió disfrutar demasiado del agua caliente. Paige estaba allí fuera, sola. Se enjabonó y aclaró rápidamente. Luego, descorrió la cortina y

buscó una toalla.

Paige permanecía en su puesto de centinela, alerta. Justo al otro lado de la ducha. Cuando vio salir a Jay, abrió mucho los ojos y se ruborizó visiblemente.

—Lamento ser tan poco pudoroso —se disculpó mientras se ataba la toalla a la cintura—. En estas circunstancias...

—Oh, no te preocupes...

Al alzar la mirada hacia él, algo extraño ocurrió entre ellos, apenas por un instante. Algo que le resultó a Jay inequívocamente familiar. Algo así como la memoria del amor.

Le sostuvo la mirada, convencido de que ella lo conocía, de que conocía su cuerpo. Sabía que había visto antes aquella expresión de deseo en su rostro.

Pero Paige parpadeó y miró hacia otro lado. Y la sensación de *déjà vu* se evaporó. Mientras Jay se vestía, ella, de espaldas, le preguntó:

—¿Qué te pasó en la cadera?

Se puso la camisa y se abrochó los vaqueros. Después de calzarse se puso su impermeable, para ocultar la pistola.

—No lo sé. El médico de la clínica me dijo que parecía la cicatriz de una operación. Me propuso hacerme una radiografía. Al final no me la hice —de repente se volvió para mirarla—. ¿No la tenía antes?

Paige había empezado a recoger sus dibujos, y se detuvo en seco.

—No —respondió, ruborizándose de nuevo—. No tenías ninguna cicatriz.

—Deja eso. Vámonos.

—No. Quiero recogerlos...

Pero Jay estaba deseoso de comprobar si le había pasado algo a Old Mose y escapar cuanto antes de allí.

—Venga —salieron al pasillo, y luego al vestíbulo de la entrada del hotel. Una ola de alivio lo inundó al ver a Old Mose en su lugar habitual—. ¡Mose!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Por suerte, el anciano no parecía haber sufrido daño alguno.

—Vaya, vaya, Jay. Parece que tu visión te ha encontrado por fin —sacó una botella escondida en una bolsa de papel y bebió un trago—. ¿Quieres?

Jay negó con la cabeza, sonriendo ante aquel gesto tan familiar. Cada vez que veía a Mose, el viejo le ofrecía un trago. Y cada vez Jay declinaba su ofrecimiento.

—¿Ha visto algo sospechoso, Mose?

—Si te refieres a esos tipos que destrozaron tu habitación, no he vuelto a verlos desde que se fueron con el rabo entre las piernas, vapuleados y llenos de sangre. ¿Fuiste tú?

Jay asintió.

—No hablaste con ellos, ¿verdad?

—No. Me escondí.

—Mose, eres fantástico. Toma —rebuscó en un bolsillo y sacó un par de billetes—. Vete a la clínica. Allí tienen mejores medicinas que esa que estás tomando.

—Gracias, hijo.

—Si alguien viene por aquí haciendo preguntas...

—Old Mose no sabe nada. Nada de nada. No es más que un borracho ignorante —le hizo un guiño de complicidad.

—Gracias, Mose —y se alejó con Paige.

—¿Vas a dejar el coche ahí?

—Sí. Huir en él sería demasiado arriesgado. Esos tipos podrían reconocerlo.

—¿Adónde vamos ahora?

—Tendrás que guiarme tú. Quiero ver tu apartamento.

Paige se detuvo ante la puerta del apartamento, abrumada por el horrible recuerdo de cuando volvió a casa y descubrió que Katie había desaparecido.

Lo primero que vieron fue el teléfono arrancado en el suelo del salón. Todo estaba como antes. No había sido una pesadilla. Se habían llevado a su hijita. Se quedó mirando el auricular por un momento, aturdida. Sin Katie, nada tenía sentido.

A raíz de la muerte de su madre, un enorme vacío se había abierto en su corazón. Un vacío que se hizo aún mayor con el abandono de Johnny. Pero aquel dolor no era nada como el que estaba sintiendo en aquel instante.

—Enséñame la habitación de la niña —le pidió Jay.

Su voz clara y tranquila tuvo un efecto balsámico. Se concentró en ella, absorbiendo la fuerza que él le transmitía. Tenía que mantenerse fuerte, por el bien de Katie.

—Por aquí —lo guio al dormitorio.

El edredón de la niña seguía en el suelo, donde ella lo había lanzado en su apresuramiento por buscar el teléfono móvil.

—¿Quitaste tú las sábanas y el edredón?

—Sí. El móvil no dejaba de sonar y no podía encontrarlo.

—¿Estaba aquí?

—Sí, en su camita —se le quebró la voz. Se habían llevado a su hija, la habían secuestrado—. No puedo soportarlo —se llevó una mano al pecho. ¿Y si le hacen daño y...?

Jay se apresuró a tomarla suavemente de los hombros.

—Hey... Mírame, Paige. La encontraremos. Has hecho todo lo que te han ordenado que hicieras, ¿no?

—¿Y si no es suficiente?

En aquel instante sonó el teléfono móvil. Paige dio un respingo. Rápidamente sacó de su abrigo el móvil y la grabadora.

Jay tomó la grabadora y la encendió. Paige, con manos temblorosas, pulsó el botón de llamada.

—Hola Paige. Tengo a alguien aquí que quiere hablar contigo.

—¿Mami?

—Hola, corazón —pronunció, inmensamente aliviada—. ¿Estás bien? ¿Te dan bien de comer? —contuvo el aliento, esperando ansiosa cada palabra suya.

—Me trajeron una pizza, pero estaba fría.

Paige soltó una carcajada nerviosa. Si se quejaba de una pizza fría, no debía de estar pasándolo tan mal.

—¿Pasas frío por las...?

—Mami, ¿tú sabes dónde está papá?

—Katie, cariño... ¿qué te ha dicho esa gente que me digas, corazón?

—Mami, por favor. No me gusta estar aquí. Ven a buscarme... —su asustada vocecita se apagó de golpe.

—¡Katie!

—Hola, Paige. Es tan difícil controlar las emociones de los niños, ¿verdad?

—Le juro que si le toca un solo pelo a mi hija, le...

—¿Qué me harás? —inquirió, riendo—. No estás en posición de lanzar amenazas. Se te está acabando el tiempo. Probablemente tendrás la batería del móvil a la mitad.

—¿Dónde quiere que vaya? Déme tiempo. Dígame un lugar y estaré allí. Es usted la que está retrasando las cosas.

—Mira, Paige, estás bajo mi control y harás lo que yo te diga. Y no cometes ningún error. Si llamas a la policía, no volverás a ver a tu hija con vida.

—Le he dado mi palabra. No se lo he dicho a nadie. Simplemente dígame cuándo y dónde...

La comunicación se cortó de repente. Paige se quedó mirando el teléfono apagado. Jay la miraba con expresión seria y preocupada.

—Me ha llamado «mami». Cuando me llama «mami» y no «mamá», es que está muy asustada.

—Lo sé —un brillo de tristeza asomó a sus ojos—. La encontraremos. Te lo prometo.

La acarició la barbilla con el pulgar antes de atraerla hacia sí y darle un beso en la frente. Su cálido contacto le hacía desear creer en su promesa.

Pero de repente recordó el solemne voto que le había hecho años atrás, y que jamás llegó a cumplir. Ya no podía creer en sus promesas. Se apartó bruscamente, intentando combatir el dolor con la furia.

—No me trates con tanta condescendencia. Tú no puedes prometerme eso. Ni eso ni nada —a continuación soltó una mezcla de carcajada y de sollozo—. ¡Si ni siquiera sabes quién eres!

Jay la agarró de los brazos.

—Paige, tranquilízate. Si queremos llegar a encontrar a Katie, tendremos que trabajar juntos. Tú y yo contra ellos.

Intentó liberarse, pero él se lo impidió. La determinación que vio en su rostro le recordó que ya no era el chico que la había amado para luego abandonarla. Todo en su persona exudaba fuerza y confianza. Estaba en lo cierto. Tenía que creer en él. No había otra elección.

Asintió con la cabeza, apartándose de él para abrazarse a la almohada de Katie, para aferrarse a su aroma. Jay rebobinó el mensaje grabado.

Paige se sentó en la cama, escuchando de nuevo la asustada voz de su hija. Cuando sonó la voz del secuestrador, Jay detuvo la cinta, extrañado, y la puso de nuevo. Volvió a hacerlo por tercera vez, bajando el volumen y pegando el aparato a la oreja.

De repente se puso pálido. Sus labios se convirtieron en una fina línea.

—Escucha esto —volvió a rebobinar—. ¿Qué te parece que puede ser ese sonido que se oye al fondo?

Pulsó de nuevo el botón de «play». Paige escuchó atentamente.

—Hay como un chirrido metálico, y luego algo más...

—Un tren —pronunció él.

—¿Un tren? —repitió, esperanzada—. ¿Sabes dónde están?

—No estoy seguro —sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Que no estás seguro? ¿Entonces qué hacemos? No podemos esperar sentados a que vuelvan a llamar.

—No lo haremos. Escucha, quiero que me cuentes todo lo que hiciste la tarde en que Katie fue secuestrada. Necesito tener todos los datos. Fuiste a una fiesta, ¿no? ¿Qué hiciste allí? ¿A qué hora te marchaste? ¿Notaste algo extraño?

—Fue una de las típicas fiestas de Sally. Una subasta de arte en beneficio de un hogar infantil.

—Cuando te marchaste... ¿todo estaba perfectamente?

—Sí. Bueno, a Katie no le gustó que me marchara. Era su noche de pizza. Y se suponía que al día siguiente iba a empezar su segundo curso de natación.

—¿Cuánto tiempo estuviste ausente? —le preguntó, paseando de un lado a otro del salón, concentrado en sus palabras.

—Demasiado. Iba a marcharme a eso de las once y media, cuando Sally me localizó y montó una de sus escenas. Delante de todo el mundo, me enseñó tu dibujo.

Jay examinó los vídeos y cuentos preferidos de Katie. Luego abrió el

armario con su ropita. Aquello le suscitó a Paige reacciones contradictorias. Por una parte, deseaba que no tocara los efectos personales de su hija. Pero tampoco podía ignorar la expresión de anhelo y de ternura que iluminaba su rostro.

Aquellas eran también las cosas de su hija.

—¿Qué estás buscando?

—Cualquier cosa que pueda facilitarnos una pista —se volvió hacia ella—. ¿Has echado algo en falta?

—No se me ocurrió comprobarlo —repuso, sorprendida, y se acercó también al armario—. Cuando me fui llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de Los Santos de Nueva Orleans. No están. Y tampoco sus zapatillas de tenis. Y, por supuesto, su mantón azul de punto. Jamás se separa de él.

Jay se agachó de pronto y recogió algo del suelo. Se lo entregó.

—Un calcetín —se sentó en la cama—. Tiene que habersele caído —alzó la mirada hacia él, desesperada. Aquel detalle le desgarró aun más el corazón.

—Me estabas diciendo que Sally te mostró mi dibujo delante de los invitados —le recordó Jay con tono suave—. ¿Qué pasó después?

Se obligó a concentrarse en la fiesta. Cerró los ojos, reviviendo el instante en que vio por primera vez el dibujo.

—Recuerdo que fue como si todo desapareciese de pronto a mi alrededor... excepto el dibujo. Cuando vi tu firma y la fecha, pensé que iba a desmayarme. Creía que estabas muerto.

—No eras la única —repuso, irónico—. Alguien más pensaba lo mismo, hasta que sucedió algo que lo sacó de su error. Tante Yvette me dijo que una mujer pelirroja vestida de hombre le compró el dibujo.

—Esa era Sally. Le encanta recorrer las tiendas antiguas a la caza de nuevos talentos.

—¿Quiénes estaban en la fiesta?

—Yo no conocía a esa gente. Estarían en la lista de invitados de Sally.

—Si no conocías a nadie, ¿por qué Sally te enseñó el dibujo delante de ellos?

—Tendrías que conocerla. La fiesta tenía un carácter benéfico. Los invitados habían ido allí a comprar arte. El momento culminante fue la presentación de la obra, conmigo al lado. Eso creó cierta expectación.

—¿Crees que ella puede estar relacionada con el secuestro? —le preguntó, pensativo.

—¿Sally? ¡No! —exclamó, escandalizada—. Sally adora a Katie.

—¿Te dijo algo? —se acercó a la ventana, escrutando la calle a través de las cortinas.

—No hablamos mucho. Me comentó la idea de montar una exposición de arte infantil, para que la próxima vez Katie pudiera acompañarme.

—¿Hablasteis de Katie? ¿Os escuchó alguien?

Paige experimentó una punzada de temor. Cerró los ojos, intentando recordar si alguien se había acercado a ellas.

—Había mucha gente allí. Estaba lleno —se levantó de la cama, inquieta—. Supongo que cualquiera pudo habernos oído.

—¿Alguien hizo algún comentario sobre el parecido entre el dibujo y tú?

—Sí, casi todo el mundo se dio cuenta.

—Entonces... ¿por qué no te dijeron nada?

—Ya te lo dije, yo conocía a muy poca gente allí. Hubo algunos invitados que no dijeron nada. Como por ejemplo la mujer de la pañoleta moteada...

—¿La pañoleta moteada?

—Tenía el cabello negro con un mechón blanco, y parecía la villana de una película de dibujos animados: *101 Dálmatas*.

Jay se la quedó mirando fijamente. Paige añadió, sonriendo con tristeza:

—Y también había una especie de pingüino, que no me dirigió la palabra. Un hombre bajito y gordito, con un monóculo. A Katie le habría encantado verlos. *101 Dálmatas* es su película favorita...

De repente, el dolor resultó demasiado abrumador. La acometió en oleadas sucesivas, como una marea. Sintió que se ahogaba. Empezó a sollozar, sin poder evitarlo.

Jay la abrazó, haciéndole apoyar la cabeza en su hombro.

Durante unos minutos Paige no se movió, dejándose envolver por su fuerza. Aspirando su cálido y delicioso aroma.

—Oh, Johnny, te he echado tanto de menos...

Solamente había pretendido reconfortarla, pero cuando cesaron los sollozos, se acercó demasiado a él... para su propia comodidad. Apretó los dientes ante la involuntaria reacción de su cuerpo. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que abrazó a una mujer.

Aquella mujer, sin embargo, parecía encajar perfectamente con él, y no sólo físicamente. Su cerebro no la recordaba, pero su cuerpo sí. Era una



verdadera tortura intentar consolarla sin poder disimular su propia respuesta ante su cercanía, la tersura de su piel, la caricia de su sedoso cabello... Sintió que se apartaba.

Apretando la mandíbula, retrocedió un paso y le puso las manos sobre los hombros. Si quería encontrar a su hija, a la hija de los dos... tendría que dominarse. Estaba convencido de que, durante aquella fiesta, alguien más aparte de Paige se había sorprendido al ver el dibujo y descubrir que él no estaba muerto. Tenía que averiguar quién era esa persona, y cómo había podido elaborar un plan de secuestro con tanta rapidez.

Paige estaba muy pálida, pero había dejado de sollozar. En sus ojos podía ver un reflejo de su propia determinación. Era una mujer fuerte. Tenía que serlo para haber educado sola a una niña. Jay sintió una punzada de furia y de desprecio por el hombre que había sido. Habría dado cualquier cosa por saber por qué la abandonó, pero, al mismo tiempo, la respuesta lo asustaba mortalmente. Seguro que en aquel entonces había admirado su fortaleza tanto como ahora.

—Desde que vi el dibujo no tenía otro deseo que marcharme de la fiesta —continuó explicando Paige—, pero no pude hacerlo hasta una hora después. Todo el mundo me estaba hablando, haciéndome comentarios sobre el dibujo... Hasta que finalmente me fui. Tomé un taxi y me encontré a Dawn sentada en el coche de su novio, en la puerta de mi casa...

—¿Dawn es tu niñera?

—No la habitual. Es nueva.

—¿Hablaste con ella?

—No. Estaba furiosa. Le dije que jamás se debía dejar a un niño solo... — se le quebró la voz—. La envié a su casa y le aseguré que hablaría con su madre para contárselo.

—¿Pudo haber estado Dawn metida en ello? —Jay lo dudaba, pero quería que Paige analizara hasta la última posibilidad.

—No lo creo. Solamente tiene quince años. Mi niñera habitual tenía el día ocupado y ella misma me sugirió que llamara a su amiga Dawn. La invitación de Sally me llegó en el último momento.

—Nos convendría hablar con ella. Quizá pudo ver algo...

—¡Sí! —exclamó, esperanzada—. Debo de tener su teléfono por alguna parte.

—Bien. Hablaremos con ella tan pronto como salgamos de aquí.

Jay salió al pasillo.

—¿Ese es tu dormitorio?

Cuando entró en su habitación, lo primero que vio fue la cama de Paige. Estaba perfectamente hecha, como un símbolo de orden. No había dormido en ella. Al igual que el del salón, el teléfono estaba también en el suelo, con los cables arrancados.

Mientras revisaba las ventanas y la alfombra, buscando alguna huella, cualquier pista que pudiera delatar a los secuestradores, descubrió una pequeña fotografía enmarcada sobre la mesilla. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Empezó a dolerle la cabeza: el habitual y molesto latido en las sienes. Se acercó lentamente, incapaz de dejar de mirar aquella foto.

Una niña pequeña con una larga melena rubia y unos ojos tan azules como los suyos. Sonreía. Le faltaba un diente.

—Así que esta es Katie —pronunció con voz ronca —aquella era su hija. Una hija que no había sabido que tenía. Concebida en un tiempo que no recordaba, y con una mujer cuyo rostro solamente recordaba de sus sueños. Tomó la fotografía con manos temblorosas—. Es preciosa —susurró—. Como tú.

Tenía una hija. Aquellas tres palabras eran como un amanecer que ahuyentaba la oscuridad. Una hija. Un vínculo de carne y hueso con su pasado. Un hilo que podía ayudarlo a salir del mundo de soledad en el que había vivido durante los últimos tres años.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Después de tanto tiempo, no estaba solo. Y tenía un nombre. Aquella niña era la prueba viviente de ello. Pero algo en su interior, algo procedente de su pasado había puesto a aquella inocente niña en peligro. Agarrando con fuerza el retrato, se prometió en silencio salvar a su hija o morir en el intento.

Miró a Paige, que tenía los ojos clavados en la foto. Se la quitó de las manos.

Aquel gesto le dolió en lo más profundo. No había pronunciado una sola palabra, ni siquiera lo había mirado, pero su sentencia condenatoria no podía ser más elocuente. No tenía derecho a mirar la foto de su hija. Paige no confiaría en él más que lo estrictamente necesario para que lo ayudara a encontrar a su hija. Lo cambiaría por la propia Katie, si tuviera que hacerlo.

—¿Paige?

Vio que alzaba la barbilla con gesto decidido. Había una honda tristeza en su mirada.

—No te recuerdo más que en sueños —le confesó—. No sé por qué ha

sucedido todo esto. Pero sé que Katie es mi hija. No permitiré que nadie le haga daño, jamás. Te lo juro. Daría mi vida por ella.

Paige abrió mucho los ojos, mirándolo con una expresión que Jay no supo cómo interpretar. Algo había cambiado en su mirada. ¿Confianza, quizá? Sí. Confiaba en él.

—Espero que no tengamos que llegar a eso.

Estaban sentados en el salón de la casa de los padres de Dawn, esperando a que llegara el novio de la joven.

Dawn estaba pálida y nerviosa, jugueteando con la hebilla de su cinturón. Poco después llegó su novio. Tenía el pelo más largo que ella, e iba vestido con una camiseta de la Universidad de Tulane y unos pantalones amplios. Paige les preguntó directamente por lo que habían visto aquella noche.

—Katie se encuentra bien, ¿verdad, señora Reynolds? Quiero decir que... solo me ausenté por un momento.

Paige intentó hablar, pero se le cerró la garganta. Estaba furiosa con aquella adolescente irresponsable que había dejado sola a su hija.

—Katie está perfectamente, Dawn —mintió Jay, acudiendo en su ayuda—. El problema es que la puerta trasera estaba abierta y Paige ha echado algo en falta.

Paige tuvo que morderse el labio para no soltar un grito. Algo.

—Nosotros no nos llevamos nada... —murmuró Dawn.

—Hey, esperen un momento —se incorporó su novio—. Yo nunca entré en la casa...

—No os estamos acusando. A ninguno de vosotros. Solo queremos saber si detectasteis algo extraño.

—No —respondió el chico, impaciente.

—¿Como qué? —inquirió Dawn al mismo tiempo.

Paige seguía esforzándose por disimular sus emociones. Dawn la miraba con expresión temerosa.

—Como cualquier cosa —pronunció Jay, levantándose—. Quizá un coche acercándose demasiado, alguien corriendo, algún ruido extraño... —se encaró con el chico—. Esto es muy importante. Supongo que sabrás que Dawn solo tiene quince años. ¿Cuántos tienes tú? ¿Dieciocho?

El joven le lanzó una mirada culpable.

—Hey, hombre, no estábamos haciendo nada... solamente hablando...

—Entonces no tienes nada que temer. Y ahora, piensa un poco.

Paige detectó la inequívoca amenaza de su tono. Aquella dureza suya, aquella fortaleza de carácter, no dejaban de sorprenderla. De repente sintió una punzada de esperanza. Aquel hombre era capaz de hacer cosas con las que el Johnny de antaño jamás se habría atrevido.

—Ah, sí. Recuerdo algo.

—¿Qué? —inquirió, estremecida.

—Adelante —lo urgió Jay, al tiempo que procuraba tranquilizar a Paige.

—Poco después de que ella... la señora Reynolds, entrara en su apartamento, surgió una camioneta como de la nada. Salió de detrás de nosotros a toda velocidad y por poco nos dio.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Paige, retorciéndose las manos. ¿Habría estado Katie dentro de aquella camioneta?

—¿Cómo era? —quiso saber Jay, frunciendo el ceño.

—Blanca. Sucia. Vieja.

—Solo tenía una luz trasera —explicó Dawn—. Me acuerdo bien —se volvió hacia su novio—. Tú les soltaste un taco.

—¿Y eso fue inmediatamente después de que la señora Reynolds entrara en casa?

El chico asintió.

—Sí. Iba tan rápido que casi se salió de la calzada.

—Es suficiente —pronunció Jay, mirando a Paige—. Gracias.

Se marcharon de la casa. Paige no podía estar más alterada.

—¿Has oído? Esa chica se alegra de que Katie esté perfectamente. Perfectamente, Dios mío —soltó una amarga carcajada, casi histérica.

—¿Sabes? Probablemente fuera una suerte que Dawn escogiese aquel momento para salir de la casa.

Al escuchar sus palabras, Paige se detuvo en seco.

—¿De qué estás hablando? —le espetó, furiosa—. ¡Esa chica dejó a mi hija sola!

—Si ella hubiera estado dentro... probablemente ahora mismo estaría muerta.

## 6

—Estoy harta de tus excusas —pronunció Serena al teléfono, mientras encendía otro cigarrillo con el mechero de cristal de su escritorio—. No entiendo por qué no te despidió de una vez...

—Porque me necesitas, hermanita. Y porque cobro barato mis servicios.

—Estoy empezando a pensar que no te necesito para nada, Leonard. ¿Cuál es el problema esta vez?

—Quizá no entiendas cómo funciona el sistema GPS, pero...

—Sé perfectamente cómo funciona ese sistema de localización global por satélite, estúpido. Lo que evidentemente tú no comprendes es el significado de las palabras «vigilancia constante segundo a segundo».

Soltó el humo con gesto irritado, desviando la mirada hacia el inmenso ventanal de su despacho, en el último piso de la sede de Industrias Asociadas Yarbrough. Estaba cansada de su hermano y de sus incompetentes matones, cansada de esperar, cansada de asegurarse de que tuvieran bien vigilada a la niña de Johnny.

—Tengo un hombre día y noche delante de la pantalla.

—¿Entonces cómo has podido perderlos? —replicó Serena, con los dientes apretados—. No importa. Ten presente que no sacarás nada de todo esto hasta que el trabajo esté terminado. Espero que al final no tenga que encargarme yo personalmente. ¿Entendido?

—Oh, sí. Te explicas muy bien, Sue Ann.

—No me llames así. Dispones de veinticuatro horas. Esa mujer ha empezado a preguntarme por qué no concierdo de una vez por todas una cita con ella.

—¿Seguro que no te importará... cómo lo hagamos?

—¡Claro que no! —gritó—. Y ahora, deja de molestarme. Si no puedes localizarlos, obviamente es porque están dentro de un edificio o porque el teléfono está revestido de metal. Vuelve a enviar a tus hombres al apartamento hasta que recibáis una nueva señal.

—Qué gran idea —comentó Leonard, sarcástico.

—Y asegúrate de que no se olviden de recuperar ese maldito teléfono móvil. No quiero que nadie acabe localizándome. ¿Está claro?

—Tan claro como el agua. ¿Vas a ver hoy a la niña?

—Martin está con ella, ¿no?

—Sí. Ese viejo blandengue probablemente le habrá llevado más películas.

—No, hoy no iré. Confío en Martin.

Y colgó el teléfono. Sería mejor que los matones de Leonard no fallaran esa vez... si no quería salir él mismo perjudicado. Aplastando el cigarrillo, soltó un profundo suspiro. En aquellos días resultaba tan difícil rodearse de un buen equipo...

—¿Adónde vamos ahora? —inquirió Paige cuando salían de su apartamento.

—A la biblioteca. Necesito conseguir toda la información posible sobre los Yarbrough.

—¿Qué hora es?

—Casi las seis.

—A esta hora, casi todas las bibliotecas públicas están cerradas. Si tomamos el tranvía del centro, podremos hacer transbordo en St. Charles Lines. Ese nos llevará a la biblioteca Monroe de la Universidad de Loyola. Creo que cierran tarde.

Subieron al tranvía. Paige se dejó caer en el asiento, agotada. Jay se sentó tenso, alerta a cualquier detalle sospechoso. Ella aprovechó para contemplar su perfil.

—¿Sabes? Katie se parece muchísimo a ti.

La miró sorprendido. De repente, su expresión se suavizó.

—En la foto que vi en tu habitación, se parecía más bien a ti.

—Mira —sacó una pequeña fotografía de la cartera—. Es de este año. Fíjate en sus ojos, y en la manera que tiene de arquear las cejas.

No pudo evitarlo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Johnny tomó la foto con exquisito cuidado, casi con reverencia.

—¿En qué curso está? —le preguntó con voz ronca.

—Acaba de terminar primero. Es muy lista.

—Parece muy feliz.

—Sí —repuso emocionada.

—¿Qué hay de...? —se interrumpió, sin saber cómo decirlo—. ¿Ha tenido algún... padre?

Paige miró al único hombre que había amado nunca y negó con la cabeza. Tuvo que hacer un esfuerzo para responder:

—No. Katie y yo siempre hemos estado solas.

—¿Y tus padres?

—¿Mis padres? Solamente tengo a mi madre. Mi padre estaba casado cuando se relacionó con mi madre. Nada más enterarse de que estaba embarazada, desapareció.

—Debiste de pasarlo muy mal.

Paige soltó una irónica carcajada.

—¿Por qué? Si ni siquiera lo conocí. Para mí fue como si nunca existiera.

Paige tomó conciencia de lo que acababa de decir al ver que la miraba de forma extraña. Quiso disculparse, aclararle que en ningún momento había querido establecer un paralelo entre su padre y él, a propósito de su hija. Pero el paralelo era incuestionable. Al menos esperaba que no le sucediera lo mismo que a su madre, que había dedicado el resto de su vida a llorar a un hombre así.

El tranvía se detuvo en una parada. Jay seguía contemplando la fotografía de Katie, absorto.

—Debe de ser muy valiente —comentó—. Tiene tu misma barbilla, de mujer decidida.

Estaba devorando cada detalle de la foto. Finalmente, se la devolvió.

—No, Johnny. Quédatela.

—¿Estás segura?

Le entraron ganas de llorar al escuchar su tono ansioso, anhelante.

—Sí —respondió, sonriendo.

Jay miró de nuevo la foto y se la guardó cuidadosamente en el bolsillo de la camisa.

—Creo que ya deberíamos bajarnos —propuso Paige al advertir que se estaban acercando a la parada de Canal—. Caminaremos por Canal arriba hasta Carandolet, y luego tomaremos el tranvía de la línea de St. Charles.

Mientras bajaban del tranvía, la asaltó una abrumadora sensación de cansancio, tanto mental como físico. Jay debió de percibirlo, porque le rodeó cariñosamente los hombros con un brazo. Se le hizo un nudo en la garganta. ¿Qué habría hecho sin él?

Pero de repente vio que se ponía tenso.

—Camina despacio —le pidió en voz baja.

—¿Qué pasa? —se le aceleró el corazón al detectar la urgencia de su tono. Le flaquearon las rodillas, pero continuó andando.

—Mira esa camioneta que acaba de reducir la velocidad delante de nosotros. ¿La ves?

Paige aminoró el paso. La camioneta transitaba muy lentamente. Era

blanca. Sucia. Vieja. Y le faltaba una luz trasera. Eran ellos.

Jay le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Sigue caminando con tranquilidad. Como si no pasara nada.

—¿Qué vamos a hacer?

—De momento, continuar andando. ¿Qué calle es la del siguiente cruce?

—Tchoupotoulas. Está en la dirección de Loyola.

—Bien. Cuando me pare, gírate hacia mí y dame la otra mano. Seguiremos por esa calle, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Hicieron lo acordado y giraron por Tchoupotoulas. Pudieron escuchar claramente cómo la camioneta frenaba bruscamente y daba marcha atrás, hacia ellos. Chocó contra un coche. Se oyó un fragor de bocinas y griterío de la gente cuando la camioneta se saltó temerariamente tres carriles.

—¡Corre! —gritó Jay, tomándola de la mano.

Paige tuvo la sensación de que sus pies apenas rozaban el suelo. Sintió una punzada de dolor en el hombro lesionado. A su espalda, todavía podía oír la conmoción suscitada por la maniobra de la camioneta. El gemido de una sirena de policía cortó de pronto el aire.

El corazón se le subió a la garganta mientras Jay la urgía a correr más rápido. El aire le zumbaba en los oídos. Escuchó más bocinazos y un estruendo metálico. Un motor, sin embargo, se oía cada vez más cerca...

Jay miró hacia atrás. Y Paige sintió volar algo a su lado, muy cerca de su cabeza.

—¡Paige!

Le soltó la mano para agarrarla de la cintura, y prácticamente la proyectó hacia un estrecho callejón. Demasiado estrecho para que pasara la camioneta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sin dejar de correr. El suelo estaba lleno de cajas de cartón, bolsas de basura y latas vacías.

Paige asintió con la cabeza, pero justo en aquel instante tropezaron con una maraña de tela metálica, que estuvo a punto de derribarlos. Se arañó en un brazo con la punta suelta de alambre. Jay tiró de ella y siguieron corriendo. Tuvieron que esquivar varios contenedores.

Cuando miró hacia atrás, descubrió a dos hombres en la entrada del callejón. Uno de ellos los señaló con el dedo, gritando.

—¡Están... —exclamó sin resuello— están justo detrás de nosotros!

De repente sonó un disparo.

—¡Johnny! ¡Eso ha sido un tiro!



Les estaban disparando. Johnny tiró nuevamente de ella y siguieron corriendo. Segundos después, la empujó por delante de él.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Corre!

Se sacó la pistola de la cintura del pantalón. Paige se sentía como si estuviera viendo una película a cámara lenta. El tiempo pareció estirarse interminable mientras Johnny se giraba y apretaba el gatillo del arma mortal, pegándose a una pared.

Fueron dos tiros seguidos, y otros dos más. Paige oyó un grito.

—¡Ten cuidado! —le suplicó.

Jay se volvió con la rapidez del rayo y la empujó.

—¡Te dije que siguieras corriendo!

Lo hizo. Ya no se detuvo. A su espalda pudo escuchar las zancadas de Jay, alcanzándola. Llegaron a una calle y la cruzaron, internándose en otro barrio.

Poco después Jay se detuvo, jadeando. A Paige le ardía el pecho. Se ahogaba.

—¿Le has... dado... a alguno?

—Eso creo. Pero tenemos que salir de aquí. ¿Sabes dónde estamos?

—Hay una avenida grande... —todavía estaba sin aliento— por allí. Si pudiéramos tomar un tranvía...

—Vamos —la tomó de la mano.

Pero cuando cambiaron de dirección, los dos perseguidores aparecieron al final de la calle. El más fornido de los dos alzó su pistola y disparó. De nuevo se oyó el gemido de una sirena.

—¡La policía!

—Lo sé —repuso Jay—. Tenemos que salir de aquí.

La cubrió con su cuerpo. Otro disparo se estrelló en la pared. De repente salieron a una calle ancha, llena de gente. Al otro lado había una parada de tranvía, con un nutrido grupo esperando. Paige podía sentir la fuerte y cálida mano de Jay en la espalda mientras se internaban en la multitud. Miraban a un lado y a otro, esperando ver aparecer en cualquier momento la camioneta blanca, o a los dos hombres corriendo hacia ellos.

No fue así. Un coche patrulla se detuvo en el lugar exacto donde habían visto por última vez a sus perseguidores. Bajaron los dos agentes, pistola en mano. En aquel preciso instante llegó el tranvía. Subieron. Había tanta gente que no encontraron asiento. Paige se apoyó en Jay, agotada. El corazón le

latía frenéticamente.

Cuando se recuperó, preguntó a una anciana adónde llevaba aquel tranvía. Estaban de suerte. Era la línea de St. Charles, la que llevaba a Loyola.

—Estupendo —musitó Jay.

Paige sintió que se relajaba ligeramente. Cuando el tranvía hizo un giro brusco, lo abrazó por la cintura para sostenerse, debajo del impermeable. Rozó la pistola con los dedos, todavía caliente.

—¿Johnny? Esos hombres nos han disparado —musitó—. ¿Crees que tenían intención de matarnos? ¿O simplemente de asustarnos?

La miró. Había un brillo frío, acerado, en sus ojos azules.

—Pero eso quiere decir que... —Paige no pudo terminar la frase.

—No están dispuestos a devolvernos a Katie. Nos quieren muertos.

Jay vio que Paige se frotaba el cuello, cansada, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador. Estaba tan agotada que apenas podía mantener los ojos abiertos, y ni siquiera se había quejado una sola vez.

Todavía estaba temblando por dentro después del tiroteo. Aún no podía creer que hubiera alcanzado a alguien. Jamás antes había disparado su pistola.

—¿Qué tal vas? —le preguntó.

Paige soltó un suspiro de frustración.

—Hay docenas de referencias a los Yarbrough. Tu familia es muy importante. Esto nos va a llevar toda la noche.

—Bébetelo —le ofreció un vaso de agua.

Lo aceptó, agradecida.

—¿Qué estamos buscando? —Jay se sentó en el ordenador contigo.

Paige le entregó un CD para que lo insertara en su unidad.

—Estoy repasando todos los artículos que han aparecido publicados sobre tu familia. Este está datado por las fechas en que te graduaste en Harvard.

—¿Yo estudié en Harvard?

Paige sonrió levemente mientras manejaba su ratón, hasta que el texto apareció en pantalla. Luego, se frotó los ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Tú busca en estos artículos mientras yo examino otro CD —y siguió trabajando con su ordenador.

Jay se dedicó a observarla por unos segundos. Parecía tan pequeña e inocente en aquel enorme sillón, con la trenza rubia medio suelta... Un

mechón le cayó sobre los ojos, y se lo apartó con gesto impaciente. Pensó en los hombres que los habían perseguido, y en los tiros que habían estado a punto de alcanzarla. Solo la conocía de un par de días y ya sabía que daría su vida por ella sin dudarle, con tal de protegerla.

Como si hubiera sentido su mirada, de repente se volvió hacia él.

—¿Crees que la matarán? —le preguntó, preocupada.

—Dudo que sean capaces de hacerle daño a un niño —respondió, sincero—. Van detrás de mí. Y probablemente creen que yo sé quiénes son. Lo que no saben es que tengo amnesia.

—Tienes razón —y, sonriendo levemente, continuó trabajando.

Jay miró a su alrededor. Habían elegido las dos últimas salas de trabajo de la biblioteca, para disponer de una visión completa del primer piso. Frente a ellos, al otro extremo, estaban los ascensores, y justo a un lado las escaleras.

Clavó la mirada en la pantalla y tecleó la palabra «Yarbrough». Una de las referencias que apareció tenía el siguiente titular: *El hijo sigue los pasos de su padre*. El artículo hablaba del magnate naviero Madison Yarbrough y de su hijo, John Andrew Yarbrough. Examinó la fotografía que acompañaba el texto. Un joven de expresión grave al lado de un hombre mayor de porte distinguido. Se parecían muchísimo.

Estudió los dos rostros. ¿Habría sido así de joven? Por mucho que se esforzaba, no lograba evocar recuerdo alguno. ¿Aquel ejecutivo alto, erguido y de aspecto seguro y confiado había sido realmente su padre? Su expresión y la forma que tenía de apoyar la mano en su hombro le suscitaba, ignoraba por qué, cierta sensación de incomodidad. Se le hacía difícil imaginarse a sí mismo como ejecutivo. Más fácil le resultaba, sin embargo, verse como un joven ansioso de convertirse en artista, víctima a su vez de las presiones de su padre para que se incorporara al negocio familiar.

Buscó la fecha del artículo. Enero, cerca de un año después de que abandonara a Paige, dejándola embarazada. Lo mismo que su padre le había hecho a su madre. Volvió a examinar su rostro. ¿Sería él John Andrew Yarbrough? No quería serlo, si eso significaba que había abandonado a Paige para regresar a una vida de lujo y de riqueza. Irritado, imprimió el artículo.

Una hora después había encontrado varios textos más, en su mayor parte relacionados con su secuestro. Los imprimió todos. Luego, tomó el primero y comenzó a leerlo, esperanzado. Aquellas hojas contenían su pasado. El pasado que con tanto ahínco había estado buscando.

Estaba a punto de descubrir quién había sido.

Paige abrió los ojos. Pestañeó varias veces, cegada por el sol. Estaba sentada en una habitación que no reconocía. Se había quedado dormida en el sillón, con la barbilla apoyada en la mano.

Su hija permanecía encerrada en la oscuridad... y ella se había quedado dormida.

—Johnny, ya es de día —gritó, sacudiéndole una mano.

Jay la miró soñoliento.

—¡Nos hemos quedado dormidos!

—Solo unas pocas horas —la informó él, mirando el reloj de los ascensores—. Ya te dije que los vigilantes de seguridad pensaron que formábamos parte del grupo de estudiantes que iban a quedarse a pasar la noche estudiando.

—¿Solo unas pocas horas? —repitió, indignada—. Estupendo. ¿Qué pasa con Katie? —buscó frenéticamente el teléfono móvil—. ¿Han llamado? ¿Ha sonado el teléfono?

—No. No ha llamado nadie. Ya tengo las hojas impresas. Echa un vistazo a esto —y le tendió el fajo de papeles.

Paige leyó el primer titular: *El hijo sigue los pasos de su padre*. Contuvo el aliento. Era la misma imagen que había visto años atrás... cuando descubrió al verdadero Johnny. La impresión fue tan grande como entonces. Y revivió aquel inmenso desengaño.

Johnny nunca la había amado. Nunca había tenido la menor intención de volver a buscarla. ¿Cómo se había permitido olvidar eso? Había estado tan cerca de volver a confiar en él cuando lo sorprendió mirando con tanto amor la fotografía de Katie que tenía en su habitación... La mezcla de dolor, anhelo y alegría que vio dibujada en sus rasgos no había podido sorprenderla más, al igual que su propia reacción.

Le había dolido aquella mirada. Le había dolido a un nivel primario e inexplicable, como si él le hubiera estado arrebatando a su hija. Por eso le había quitado la foto de las manos. Pero luego le prometió que daría su vida por ella. Una oferta altruista que la dejó absolutamente conmovida por su sinceridad.

Leyó el artículo de prensa y volvió a sentirse traicionada. Por mucho que detestara admitirlo, su madre había tenido razón. Sus amargas palabras

resonaron una vez más en su cerebro: «no puedes confiar en ningún hombre, Paige, cariño. Está en su naturaleza. Fíjate en lo que me hizo tu padre». Durante toda su vida había escuchado aquella cantilena. Tan pronto como su padre descubrió que estaba embarazada, la dejó para regresar con su esposa y con sus hijos.

Paige se dispuso a devolverle la hoja, pero Jay señaló la figura de Madison Yarbrough que aparecía en la foto.

—¿Es mi padre?

El matiz de anhelo de su voz no pudo menos que conmoverla. Otra vez.

—Tu padre falleció, Johnny. Lo siento. Murió hace un par de años, después de tu desaparición.

Jay le sostuvo la mirada por un momento, antes de bajarla, desolado. Paige continuó revisando los artículos. Había varias referencias a su secuestro, desde simples breves hasta artículos de portada. El último texto largo era una entrevista en la que Madison Yarbrough pedía a los secuestradores clemencia para su hijo, acompañada de una foto en la que aparecía con su segunda esposa y su hijo, un bebé, en brazos.

Paige examinó de nuevo la imagen. Aquella mujer le resultaba familiar...

—¡Johnny! —exclamó—. ¡Mira esto!

Jay se inclinó sobre su hombro.

—¿Ves a esta mujer? Es ella.

—¿Quién?

—La mujer de la que te hablé, la que estaba en la fiesta de Sally. La del mechón blanco. ¡Es Serena Yarbrough!

—¿No es mi madre?

No le pasó desapercibida la secreta esperanza que latía en su voz. Sacudió la cabeza con expresión compasiva.

—Es tu madrastra. Tu madre falleció cuando eras niño. Me diste este anillo, que era de ella.

Jay tocó los zafiros que dibujaban el monograma de los Yarbrough.

—No recuerdo a mis padres —le confesó, sin alzar la mirada—. No debería afectarme descubrir que están muertos... pero me afecta. Y mucho.

Paige sintió el impulso de abrazarlo. Quería consolarlo, reconfortarlo... Pero, a pesar de que le estaba sosteniendo la mano, había algo distante en él. Como si estuviera distraído pensando en algo...

—¿Has llevado el anillo durante todo este tiempo?

Paige retiró la mano, reacia a confesarle sus motivos. La razón por la que

jamás se había quitado aquel anillo de compromiso.

—Si la mujer que estaba en la fiesta de Sally era tu madrastra, y vio el dibujo, debió de darse cuenta de que era tuyo.

Jay estudió la foto con atención.

—¿No la reconociste en la fiesta?

—No. Esta foto fue tomada después de tu secuestro. Por aquellas fechas todavía no tenía ese mechón blanco, y desde entonces debe de haber perdido más de diez kilos.

—¿Crees que fue ella quien secuestró a Katie? —le preguntó él.

Paige evocó la hostil expresión de aquella mujer, estremecida.

—Me estuvo observando. Me acuerdo perfectamente. No le caí nada bien.

—Creo que deberíamos hablar con ella —propuso Jay.

—Primero hablaremos con Sally. Para asegurarnos de que esa mujer es realmente tu madrastra. Y si le preguntó por tu dibujo, o por mí.

—No estoy muy seguro de que podamos confiar en Sally... —miró de nuevo la foto—. ¿El bebé... es hijo de mi padre?

—Es tu hermanastro. Ahora tendrá unos cuatro años.

Jay continuó observando la foto. Su hermanastro. De repente, lo asaltó una sospecha. Si su hija y él estuvieran muertos... entonces aquel niño sería el único heredero de la cuantiosa fortuna de los Yarbrough.

No podía olvidarse ni por un segundo de que quienquiera que hubiese secuestrado a Katie lo quería muerto a él. De manera que todos, incluida Paige, corrían un grave peligro. Miró a su alrededor con expresión precavida.

—Salgamos de aquí.

Algo no marchaba bien, pensó Jay. Durante toda la noche se había sentido seguro, protegido, en la biblioteca. Pero en aquel momento experimentaba una extraña inquietud.

No le gustaba nada el detalle de que sus perseguidores los hubieran localizado ya dos veces. Había dejado abandonado su coche temiendo que hubieran dejado instalado un sistema de seguimiento en el mismo. Con eso había confiado en librarse de ellos, hasta que la camioneta blanca apareció de pronto, en Canal Street. ¿Cómo habían conseguido localizarlos allí?

Luego, habían vuelto a despistarlos de camino hacia la biblioteca. Pero seguía teniendo la incómoda sensación de que estaban otra vez detrás de su pista. Urgió a Paige a bajar por las escaleras mientras la biblioteca se

despertaba. Todo el mundo parecía estar concentrado en sus cosas. Todo parecía absolutamente normal.

—¿Vamos a ir ahora al edificio Yarbrough? —le preguntó Paige mientras bajaban.

La sensación de sospecha persistía. Además, había empezado a dolerle la cabeza.

—No. Lo primero es salir de aquí... ¿Encontraste algún artículo en el que aparecía... mi dirección?

—Sí, leí uno sobre tu casa familiar en Mississippi Coast. Allí fue donde creciste.

—¿Está muy lejos?

—A unos sesenta kilómetros de aquí. Pero, por lo que he podido leer en un artículo reciente, Serena Yarbrough vive en una lujosa residencia de Diamondhead, Mississippi —abrió la puerta exterior—. Es la presidenta del consejo de administración de Empresas Yarbrough.

Salieron a la calle. Hacía mucho calor. A Jay le gustaba. Amaba el sol, el calor e incluso la lluvia. Lo que no soportaba era la oscuridad y los lugares cerrados.

Mientras caminaban por la explanada que había delante de la biblioteca, descubrió a dos hombres por el rabillo del ojo. Urgió a Paige a que tomara otra dirección, hacia la parada del tranvía. Precisamente en aquel momento estaba llegando uno.

—Vamos, tenemos que subir a ese tranvía.

Aceleró el paso, y Paige casi tuvo que correr para seguirlo. Luego, miró disimuladamente hacia atrás. Ambos hombres llevaban una venda en la nariz, y el más pequeño un brazo en cabestrillo. Tenían un aspecto casi cómico.

—¿Qué pasa, Johnny? —inquirió ella.

La agarró del brazo.

—No mires hacia atrás. Date prisa.

El tranvía estaba empezando a arrancar. Jay subió a Paige y luego se encaramó en el pescante. Desde allí pudo ver a los dos hombres corriendo en vano para alcanzarlo.

—¿Adónde nos lleva esta línea? —le preguntó a Paige, viendo cómo los dos tipos desaparecían a lo lejos.

—Creo que a Carrollton —respondió, siguiendo la dirección de su mirada—. ¿Eran los mismos hombres? Yo creía que le habías disparado a uno...

Una mujer que estaba sentada a su lado se volvió para mirarla con

expresión alarmada.

—Cuidado con lo que dices —le susurró Jay al oído—. Estate atenta por si ves una agencia de alquiler de coches.

Paige le tiró de la manga.

—¿Son esos los hombres que me siguieron hasta tu hotel?

La miró, sentándose a su lado.

—Sí. Uno tenía el brazo en cabestrillo. Y los dos llevaban la nariz vendada.

Paige arqueó una ceja.

—Con ese aspecto, no nos resultará difícil descubrirlos...

—Eso mismo estaba pensando yo.

Al ver que sonreía levemente, a Jay se le encogió el corazón. Tenía tan pocos motivos para sonreír... Por un instante, fue como si la nube de preocupación se alzara de su rostro para mostrarla como lo que era: un auténtico ángel. La mujer de sus sueños.

—Pero si alquilamos un coche —murmuró Paige, frunciendo el ceño—... todavía podrán localizarnos, ¿no?

—Solo hasta la tienda de alquiler. No vamos a dejarles escrita la ruta que vamos a tomar.

—No hay necesidad de ser tan sarcástico.

Seguía doliéndole la cabeza. Los habían encontrado de nuevo, por tercera vez. Necesitaba pensar, pero su cerebro no parecía muy dispuesto a colaborar.

—Perdona.

—¿Adónde vamos a ir? No podemos seguir huyendo eternamente —se quejó Paige, sacando el teléfono móvil—. Mira. La batería está medio vacía. Dijeron que... —se interrumpió, angustiada— mi tiempo se agotaría cuando se terminara...

—Lo sé. No te preocupes. Ya se nos ocurrirá algo.

El teléfono móvil. A la luz de sol pudo ver unas diminutas gotas cristalinas en el teléfono. Solidificadas. Pegamento. ¿Habían pegado los botones para inutilizar todas sus funciones excepto la de recepción de llamadas? Era imposible marcar ningún número. Tampoco se podía abrir, ni apagarlo. ¿O acaso... era algo más que un teléfono?

—¿Cómo es que pueden localizarnos siempre? —le preguntó en aquel instante Paige.

Jay tomó el móvil y rascó con la uña un poco de pegamento. De pronto,



su expresión se iluminó.  
—Por el teléfono.

Paige pagó el alquiler del coche con su tarjeta de crédito. Mientras firmaba los papeles, Jay entró en la tienda de artículos electrónicos del otro lado de la calle.

Cuando volvió, se estaba guardando una pequeña bolsa en el impermeable.

—Vamos. Tú conduces.

Paige se sentó al volante y arrancó el motor.

—¿Adónde?

—Primero a un restaurante. Me muero de hambre.

Sonrió levemente. Aquel sí que era el Johnny que había conocido.

—¿Seguimos algún rumbo en especial?

—Sí. Hacia la autopista 10.

Hacia allí se dirigió. Hasta que descubrió una pequeña cafetería.

—¿Qué te parece?

—Bien. Cualquier lugar nos vale —Jay recogió las hojas que habían impreso en la biblioteca, y bajó del coche tan pronto como Paige hubo aparcado.

Siguiéndolo, Paige se fijó en su forma de caminar. Recordaba perfectamente la última vez que lo vio, años atrás, alejándose por Urselines Street. Seguía teniendo aquella fluidez, aquella gracia de movimientos. Ahora era más ancho, más musculoso, pero aún conservaba su esbeltez. Antaño, había conocido cada centímetro de su cuerpo.

Mientras él le abría la puerta, tuvo que apoyarse en ella por un instante. Le flaqueaban las piernas. Le habría gustado atribuir aquella sensación de debilidad al hambre, pero sabía que no era tan sencillo. Su contacto siempre había tenido el poder de destruir sus defensas.

—¿Paige?

Parpadeó varias veces, dándose cuenta de que todavía seguía apoyada en la puerta. ¿Qué estaba haciendo? ¿Tener fantasías eróticas con el padre de su hija... secuestrada? No tenía tiempo para nadie excepto para Katie.

Se sentaron a una mesa. Pero cuando Paige vio el enorme sándwich que la camarera le puso delante, se le revolvió el estómago. Perdido el apetito, tomó un sorbo de té con hielo. Jay alzó la mirada de las hojas que estaba leyendo mientras comía.

—Come —al ver que negaba con la cabeza, insistió—: Tienes que comer,

Paige —le tomó una mano por encima de la mesa, acariciándole el anillo con el pulgar—. No sabemos qué es lo que va a suceder... ni siquiera dentro de unos minutos. No sabemos cuándo volveremos a tener otra oportunidad de descansar. Tienes que alimentarte mientras puedas. Y conservar toda tu fuerza para Katie —le apretó la mano.

Paige mordió el sándwich y empezó a masticar. Lo observó mientras comía, estudiando los cambios que el tiempo había operado en sus rasgos.

—Has cambiado mucho —le comentó, dando otro bocado.

Jay terminó su sándwich y se limpió con la servilleta.

—¿De veras? ¿En qué sentido?

Paige se encogió de hombros.

—Eras tan tierno, tan dulce... —miró su fuerte cuello, sus anchos hombros, sus manos grandes, de palmas callosas—. Y ahora... no.

Era el hombre que ella había imaginado que habría podido ser... si se hubiera sacudido la influencia de su dominante padre. Jay arqueó una ceja, atrayendo su atención a la cicatriz que tenía en la frente.

—¿Qué fue lo que te sucedió, Johnny?

—No lo sé —clavó en ella sus ojos azul zafiro.

Paige no dijo nada más, abrumada por la intensidad de su mirada.

—El primer recuerdo que tengo es el del agua de un río cerrándose sobre mi cabeza. Y mi primer pensamiento, que tenía que encontrar la luz. Me dolía terriblemente la cabeza. Pero tenía que encontrar la luz... —cerró los puños—. Así que me esforcé por subir a la superficie y me agarré a algo. Así me quedé, manteniéndome a flote y mirando las estrellas, hasta que salió el sol y pude ver dónde estaba.

Se había puesto pálido y Paige pensó en pedirle que interrumpiera su relato y olvidara así la horrible escena que estaba reviviendo. Pero ansiaba que le transmitiera todos sus recuerdos. Necesitaba saber qué era lo que lo había convertido en el hombre que ahora era.

—Hasta transcurrido un buen rato, no tomé conciencia de que no recordaba absolutamente nada. Simplemente me sentí inmensamente aliviado de no haberme ahogado en aquella oscuridad. Entonces descubrí que la cabeza me dolía terriblemente, de que tenía la cara llena de sangre y de que hacía un frío horrible —se interrumpió, estremecido—. La única ropa que tenía era la que llevaba puesta. Una camiseta con un logotipo: las letras JAY y la figura de un ancla. Así que Jay se convirtió en mi nombre. La etiqueta de un tubo de ungüento que me dieron en la clínica gratuita que me atendió...

me dio la idea para mi apellido: Wellcome. Llevaba algo de dinero encima, lo suficiente para alquilarme una habitación. Trabajé en lugares donde no hacían preguntas. Y esperé a que regresaran los hombres que habían intentado matarme. Sabía que algún día volverían a buscarme.

Paige se sintió profundamente conmovida. Debía de haberse sentido tan solo, tan perdido...

—¿Cómo es que te pusiste a hacer esos dibujos?

—No lo sé. Fue algo automático. Me di cuenta de que aquellos bocetos eran como retazos de mi pasado, así que me compré un cuaderno y dejé que mi propia mano me guiara, como si pudiera recordar aquello que mi cerebro era incapaz. A veces, cuando intentaba dibujar, la cabeza me dolía tanto que se me nublaba la vista...

Paige le tomó una mano, enternecida.

—Por por encima de todo, se imponía una sola visión. Un rostro hermoso que aliviaba mi dolor, que ahuyentaba mis pesadillas... —le acarició la palma, delineándosela con un dedo—. ¿Por qué te abandoné?

Paige cerró los ojos, soltándole la mano.

—Me pediste que me casara contigo. Me regalaste el anillo de tu madre, prometiéndome que al día siguiente regresarías a buscarme. Pero no apareciste. Me imaginé todo tipo de cosas horribles. Un accidente de coche, un asalto... Incluso llegué a imaginarme que habías recibido un golpe en la cabeza y padecías amnesia.

Jay le lanzó una mirada tan triste y tan irónica que le desgarró el corazón.

—Lo siento —musitó.

—No te preocupes —repuso él, haciendo a un lado su plato—. ¿Qué hiciste cuando descubriste que estabas embarazada?

—Tengo una tía en el este de Texas. Estuve varios años allí antes de decidirme a regresar a Nueva Orleans.

—¿Y no te casaste?

Paige negó con la cabeza. Jay frunció el ceño, como si quisiera hacerle otra pregunta. Finalmente, sin embargo, desvió la mirada hacia el fajo de hojas impresas que había traído consigo. Tomando una de ellas, le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un artículo sobre el proceso de reorganización de la naviera Yarbrough, acometido pocos meses después de la muerte de tu padre. Pensé que podría ser interesante.

—«Interesante» es decir poco —comentó Jay después de ojearlo—.

Yarbrough adquirió varias pequeñas compañías y procedió a reorganizarse. La mayor parte estaban relacionadas con el negocio naviero. Pero también había algunas empresas de tecnología, y entre ellas una pequeña llamada Data Sentinel.

—¿Data Sentinel? —inquirió Paige—. ¿Qué tipo de empresa es?

Jay no respondió; en vez de ello, sacó la bolsa con lo que había comprado en la tienda de artículos electrónicos.

—Déjame ver el teléfono móvil.

—¿Por qué?

—Porque quiero echarle un vistazo.

—No —pronunció, inquieta—. No te permitiré que lo desarmes...

—Te prometo que no lo romperé. Solo quiero echarle un vistazo.

—Es mi único vínculo con Kate...

—Lo sé —repuso él, muy serio.

Se le había acelerado el corazón. Sabía que le estaba mintiendo. Y, a juzgar por su mirada, él era consciente de que ella lo sabía. No quería desprenderse del teléfono. Se dejaría matar antes de que se lo arrebataran. Era su único lazo con su hija. La única prueba que tenía de que Katie seguía aún viva.

Pero Jay estaba seguro de que, de alguna forma, ese teléfono los estaba traicionando. Por eso se lo habían entregado los secuestradores. Era solo cuestión de tiempo que terminaran localizándolos... para matarlos.

—Me estás mintiendo. Quieres romperlo.

La miró fijamente. En sus ojos, Paige podía ver reflejado su propio dolor. Le dolía el alma. Sacó el móvil y lo apretó contra su pecho. No se había separado ni una sola vez de aquel aparato desde que comenzó aquella pesadilla. Era su único vínculo con Katie.

A Jay se le partió el corazón cuando vio sus lágrimas. Hasta el momento había demostrado una admirable valentía, sin derrumbarse nunca. Ahora, sin embargo, tenía que hacer lo más difícil. Si su sospecha era correcta, solamente había una solución. Sin pronunciar una palabra, extendió una mano y le arrebató el teléfono.

Al ver su expresión angustiada, Jay comprendió dos cosas. Supo sin ningún género de duda que había amado a aquella mujer. Y que jamás podría compensarla por lo que estaba a punto de hacer. Examinó el móvil, recorriendo con los dedos las diminutas gotas solidificadas de pegamento. Luego, intentó abrir sin éxito la carcasa con la uña. Fue entonces cuando sacó

un diminuto destornillador de la bolsa.

Viéndolo, Paige gimió para sus adentros. Jay hizo palanca y, con un simple giro de muñeca, abrió el aparato.

—No —susurró ella—. ¡Oh, Dios mío! Katie...

Jay se quedó mirando las dos mitades, con el estómago encogido. Tenía razón.

—Según ese artículo, Data Sentinel estaba trabajando en un sistema de localización por satélite que podía instalarse en teléfonos móviles.

Paige se había quedado quieta, paralizada. Tenía la mirada baja. Una lágrima le rodaba por la mejilla.

—Tenemos que deshacernos del teléfono, Paige. Si están usando un sistema de localización por satélite, nos encontrarán en cualquier parte. No podremos escapar —sacó un par de billetes y los dejó sobre la mesa—. Vámonos. Probablemente los tenemos ya encima.

Mientras se levantaban, Paige lo agarró del brazo, asustada.

—Johnny, mira... Son ellos.

Miró por la ventana. La camioneta blanca se había detenido en el aparcamiento. Podía distinguir los vendajes blancos de sus ocupantes en el oscuro interior.

—Vamos —recogió la bolsa y el teléfono y se dirigieron al fondo del restaurante. Abrieron una puerta con el letrero de «Solo empleados», atravesaron la cocina y salieron por la puerta trasera—. Dame las llaves del coche y espérame aquí.

—No —se negó con tono firme—. Yo voy contigo.

Jay se pegó a la pared hasta que pudo asomarse al otro lado. La camioneta estaba vacía. Sus perseguidores ya estaban dentro del restaurante. No tardarían en descubrir que ya habían salido. Solo disponían de unos pocos segundos.

—Tendremos que correr hacia el coche. ¿Lista?

Paige asintió.

—¡Ahora!

Corrieron hacia el coche de alquiler. De camino, Paige accionó el sistema de apertura a distancia y subieron rápidamente.

—¿Adónde? —inquirió mientras arrancaba.

Jay tenía la mirada clavada en la entrada del restaurante.

—A la autopista 10 —respondió mientras bajaba la ventanilla.

Cuando pasaban al lado de una camioneta abierta, volvió a armar el

teléfono y lo lanzó sobre su parte de atrás. Allí quedó el móvil. Su único lazo con Katie.

—Con un poco de suerte, ese tipo se dirigirá al centro de la ciudad.

Paige siguió los carteles señalizadores hacia la autopista 10, alejándose de Nueva Orleans. Se sentía débil y aturdida. Su sentido común le decía que conservar aquel teléfono habría sido como firmar su sentencia de muerte. Pero su corazón se rebelaba ante la idea de seguir viva si con ello perdía para siempre a su hija. Soltó un desgarrado sollozo.

—Paige, ¿te encuentras bien? ¿Quieres que conduzca yo?

—No —no podía mirarlo. Estaba a punto de echarse a llorar—. Supongo que querrás encontrar la casa de tu familia.

Jay asintió. Paige sabía que su única esperanza de no perder la cordura era concentrarse en su investigación. En los pocos datos que habían averiguado por Internet.

—La casa de los Yarbrough se halla entre la bahía de San Luis y Gulfport, Mississippi. En la carretera que corre paralela a la playa —pronunció tensa, agarrando con fuerza el volante.

—Paige, lo siento...

—¡No!

—Si hubiera habido alguna otra manera de...

—No sé muy bien dónde está la casa —lo interrumpió, ignorándolo—. Puede que tengamos que detenernos para preguntar.

Sabía que Jay la estaba mirando, pero en ningún momento apartó la vista de la carretera. Pensó en la casa de los Yarbrough.

—¿Estás seguro de que es una buena idea ir a esa casa?

Jay no contestó.

—Supongo que ver el lugar donde creciste podrá ayudarte a recordar algo, pero... ¿y si hay alguien allí, esperándonos?

Seguía sin pronunciar palabra.

—¿Jay? —lo miró. Tenía una expresión sombría, reservada—. Oh, Dios mío... Piensas que tienen a Katie encerrada en esa casa, verdad? —se llevó una mano a la boca, ahogando un gemido.

—Paige, solo es una suposición...

—Pero es posible que la tengan allí. ¡Tenemos que darnos prisa!

—Hey. No aceleres tanto. Conseguirás que nos detenga la policía...

Ninguno de los dos volvió a hablar durante un buen rato.

—Toma esa salida, hacia la carretera 90 —le aconsejó Jay.

Paige siguió sus indicaciones. De repente vio que fruncía el ceño, frotándose las sienes.

—¿Algo de esto te resulta familiar?

Negó con la cabeza. Se había tornado distante, remoto. Como si estuviera concentrado en algo de lo que ella no formara parte.

—Johnny... ¿no crees que deberíamos parar y llamar a la policía? Quiero decir que si ellos tienen encerrada a Katie allí, y nosotros aparecemos de repente...

—Yo no dejo de hacerme la misma pregunta —repuso, pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso—. Sobre todo, me inquietan dos cosas. La primera es que todo esto tiene que estar relacionado con la fortuna de los Yarbrough. Es lo único que explica que hayan secuestrado a nuestra hija y te hayan forzado a ti a localizarme. Nosotros frente a ellos. Frente a todo ese dinero, ese poder. Y yo no tengo nada que demuestre quién soy. Por lo que se refiere a la policía... yo estoy muerto.

Paige sintió una punzada de compasión. Sabía que, detrás de aquel tono práctico y rotundo, se escondía un inmenso dolor.

—¿Y la segunda cosa?

—Nuestros perseguidores no quieren atraparnos, Paige. Quieren matarnos. Si acudimos a la policía, pondremos al secuestrador en un peligroso dilema: liberar a Katie o desembarazarse de ella.

Aquello fue como poner en palabras los peores temores de Paige. Si tomaban la decisión equivocada, no volverían a ver viva a su hija.

—Si el secuestrador de Katie es el mismo que me secuestró a mí, y si mi madrastra está detrás de ello, creo que sería un error llamar a la policía sin saber a ciencia cierta dónde tienen a Katie —añadió Jay—. Nuestro primer objetivo debe ser mantenernos vivos, para poder localizar a nuestra hija.

Paige se esforzó por dominar el miedo que amenazaba con ahogarla. Lo que decía Johnny tenía perfecto sentido. Estaba mirando otra vez por la ventanilla, con gesto grave, reconcentrado. Había vuelto a retirarse a ese remoto mundo interior donde ella nada tenía que hacer.

Agarró con fuerza el volante, concentrándose en la carretera.

—Para aquí —le ordenó él, de pronto.

Sobresaltada, se apresuró a aparcar en el arcén.

—¿Has reconocido algo? —le preguntó con el corazón acelerado.



Tenía la mirada clavada en las azules aguas del Golfo de México. Había una vieja casucha de pesca y un muelle con unos cuantos botes amarrados. La casucha tenía un letrero medio borrado por el tiempo.

—«Tienda de Aparejos Lime» —se esforzó por leer Paige.

—Limey —la corrigió él.

Lo agarró del brazo, esperanzada.

—¿La recuerdas?

—Es lo que pone en el letrero, ¿no? —bajó del coche.

Paige bajó también y examinó con atención el cartel.

—Pues yo no veo ninguna «y». ¿Por qué nos hemos detenido aquí?

Jay miró a su alrededor, protegiéndose los ojos del sol. Se acercó a la tienda y permaneció allí durante un buen rato, contemplando las aguas del Golfo. A lo lejos se oyó la sirena de un barco. En el horizonte se estaban acumulando algunas nubes.

Jay se volvió entonces, mirando hacia el otro lado de la carretera. Paige siguió la dirección de su mirada. Apartada de los demás edificios, se levantaba una casa. Era grande, de dos pisos, con columnas cuadradas y un gran laurel cerca de la entrada. Algunas ventanas estaban tapiadas con tablas. El jardín delantero estaba descuidado, con el césped sin cortar.

—Johnny... ¿es esa tu casa?

Jay seguía contemplando la mansión. Se parecía tanto a los retazos sueltos de sus sueños... Solo que en esos retazos las columnas eran de una blancura cegadora, y el jardín florido, hermoso. ¿En qué momento alguien lo había descuidado tanto? ¿Cuándo aquella casa que recordaba tan bonita... se había tornado fea y gris? Se frotó los ojos.

Una voz lo llamó, como la canción de una sirena penetrando a través de la niebla de su cerebro. Alguien le retiró las manos de los ojos. Unas palabras susurradas acariciaron sus oídos mientras un cuerpo suave y menudo se apretaba contra el suyo...

Parpadeó varias veces y vio lo único que aún seguía siendo hermoso. La chica de sus sueños.

—¿Johnny?

La abrazó, enterrando el rostro en su pelo. Durante tres años, había soñado con llegar a tocar aquella visión. Y no quería volver a separarse de ella.

—Tranquilo, Johnny. Estoy aquí, contigo.

Aquellas palabras le resultaron familiares. La miró.

—Paige —susurró. No. No era la chica de sus sueños, sino la mujer que se había presentado en su casa dos días atrás. La mujer que había engendrado a su hija.

Mientras que él seguía siendo Jay Wellcome. Es decir, un cualquiera. Nadie.

Lo asaltó una inmensa tristeza. Una tristeza que se esforzó por combatir embebiéndose de la mujer a la que estaba abrazando. Sus ojos verdes, llenos de ternura y preocupación, escrutaban su rostro. Sin pensar en las consecuencias, la besó.

En el momento en que se tocaron sus labios, el deseo circuló como un torrente por sus venas. La besó de nuevo, ansioso. Sintió cómo se rendía, cómo su cuerpo se adaptaba perfectamente al suyo...

No recordaba haberla besado antes, aunque era como si sus cuerpos hubieran estado destinados a encontrarse. Se movió ligeramente, para que ella pudiera sentir su excitación mientras profundizaba el beso.

Paige entreabrió los labios, permitiéndole explorar el dulce interior de su boca... La estaba enloqueciendo de deseo. Johnny siempre la había seducido con la fuerza de su pasión. Siempre.

De repente un coche pasó por la carretera, haciendo sonar la bocina. Jay se apartó y ella se tambaleó ligeramente, desconcertada.

—Lo siento, Paige. No fue mi intención.

—Johnny...

—Lo sé —dijo, alzando una mano—. No volverá a suceder.

Paige se sentía vacía, desgarrada por dentro.

—Sube al coche —le pidió él con voz ronca—. Necesitamos echar un vistazo a la casa, por si acaso. Gira y métete en el sendero de entrada —seguía frunciendo el ceño, apretándose las sienes.

Paige se apresuró a hacer lo que le decía, y descubrió que el sendero rodeaba toda la casa, para desembocar en la puerta trasera. Aparcó justo delante. Antes de que apagara el motor, Jay ya había bajado del coche.

—Quédate dentro.

Después de examinar la fachada trasera, se dirigió a la puerta principal. Paige se quedó en el coche, contemplando la blanca mansión. Tenía un pequeño edificio adosado por la parte de atrás, cuyas ventanas también estaban tapiadas con tablas. En su conjunto, la casa parecía cerrada, desierta.

Pero si realmente se trataba de la casa familiar de los Yarbrough, existía una posibilidad de que Katie estuviera dentro. Bajó del coche y corrió hacia

la fachada delantera a tiempo de ver a Johnny subir los escalones del portal.

—Te dije que te quedaras en el coche.

Ignorándolo, se reunió con él.

—Ten cuidado. Hay algunas tablas sueltas.

—¿Crees que esta es tu casa?

Jay no contestó, sino que se quedó mirando la lámina azul del Golfo, con expresión ausente.

—¿Johnny? ¿Te encuentras bien?

—Voy a entrar. Tienes que esperarme dentro del coche.

—No.

—Entonces ve detrás de mí.

Se acercó a la puerta, que tenía un antiguo buzón de bronce, y empezó a examinar los ladrillos de alrededor, buscando alguna llave. Fruncía el ceño y se frotaba la sien izquierda, como si el dolor de cabeza aún no hubiera cesado. Evidentemente era la casa lo que le producía aquel efecto.

—Johnny, date prisa... Puede que Katie esté ahí dentro.

—No te hagas muchas esperanzas. La casa parece vacía. Pero si Katie está dentro, alguien la estará vigilando, así que tendremos que llevar mucho cuidado.

El dolor era cada vez más intenso. Se debatía entre derribar la puerta o seguir buscando entre los ladrillos, con la esperanza de encontrar la llave. No sabía por qué le había ordenado a Paige que se detuviera en aquel lugar exacto de la carretera, ni por qué había creído reconocer la última letra, borrada, del cartel de la casucha de artículos de pesca: «Limey». Simplemente había sido una intuición. Luego, cuando se giró en redondo y descubrió la mansión, se dio cuenta de que había sentido la casa antes de verla. Conocía aquella casa.

Continuó palpando los salientes de los ladrillos, buscando alguno que estuviera suelto.

—¿Johnny?

Cerró los ojos por un momento. El tono anhelante de la voz de Paige lo conmovió profundamente. Había concentrado todas sus esperanzas en que Katie estuviera allí. Y, a pesar de su reconvención anterior, él también. Porque si no estaba allí, ya no tendría ni la menor idea de por dónde buscarla.

Tenía miedo de que la sensación de familiaridad que lo había asaltado al acercarse a aquella casa se evaporara de repente. Tenía que aferrarse a esa intuición.

Siguió buscando por otra fila de ladrillos... hasta que uno de ellos se movió. Estaba suelto. Con el corazón acelerado, lo sacó lentamente. Allí estaba la llave.

Suspiró. Solo en ese instante tomó conciencia de que había estado conteniendo el aliento. Sacó la llave con dos dedos.

—¡Johnny! ¡Has encontrado la llave! ¡Estás empezando a recordar!

Lo abrazó, emocionada, besándolo en una mejilla. Jay deseó que estuviera en lo cierto. Pero no estaba seguro. Había vivido durante demasiado tiempo sin sentir nada en su interior... excepto miedo y soledad. Y unos pocos y fragmentados recuerdos.

—Déjame que entre yo primero. Si hay alguien vigilando, probablemente estará armado. Tú quédate aquí.

Sacó la pistola y le quitó el seguro antes de insertar la llave en la cerradura. Luego, giró el pomo y abrió la puerta.

Algo se agitó en la oscuridad frente a ellos.

Paige soltó un grito, y Jay la protegió con su propio cuerpo cuando algo se abalanzó sobre ellos. Su dedo se tensó sobre el gatillo del arma, sin llegar a accionarlo.

Volviéndose, alcanzó a vislumbrar una mancha naranja desapareciendo a toda velocidad en los arbustos cercanos.

—Era un gato —suspiró aliviado.

A su espalda, sintió que Paige se relajaba también.

—Probablemente haya entrado por alguna ventana rota.

Jay se guardó la llave en el bolsillo. Una vez que cruzaron el umbral, cerró la puerta a su espalda. Se esforzó por mantener la concentración. Su cerebro amenazaba con traicionarlo. La casa estaba a oscuras, ya que las ventanas del primer piso estaban tapiadas, pero aun así algo se podía ver.

Experimentó una abrumadora sensación de *déjà vu*. Sabía que había estado allí antes. Había un curioso olor en aquella casa. Olía a cerrado, por supuesto, pero también a algo más. A una mezcla de salitre, tabaco de pipa y perfume. Aquella mezcla de olores agravaba su jaqueca, provocándole al mismo tiempo una extraño efecto de mareo. Empezó a sentir náuseas.

Intentó respirar profundamente. Se ahogaba en una sensación de pánico. Se volvió hacia la puerta, pensando únicamente en escapar de aquella oscuridad. Pero Paige le tomó una mano. Su contacto era cálido, reconfortante. Por suerte ella estaba allí, con él, para librarlo de la peor de sus pesadillas.

—¿Johnny, qué te pasa?

Sacudió la cabeza, respirando varias veces.

—No soporto bien la oscuridad —explicó con voz ronca.

El rostro de Paige era como un pálido óvalo en la penumbra. Le apretó la mano.

—¿Quieres que salgamos?

—No, estoy bien. Descorre las cortinas y ocúltate detrás, por favor.

Paige se acercó a las ventanas y descorrió las pesadas cortinas. Jay alzó el arma, preparado para repeler cualquier ataque.

Cuando la luz bañó la habitación, el corazón se le aceleró aún más. El olor anterior, mezclado con lo que ahora podía ver, desató una especie de tormenta en su cerebro. Esforzándose por mantener a raya las horribles visiones que lo asaltaban, se concentró en escrutar las cuatro esquinas de la

gran sala.

Mirándolo, Paige fue consciente de la desesperada lucha que estaba librando. Ansiaba abrazarlo, consolarlo, pero sabía que él no se lo permitiría. Estaba agotando todas sus energías en mantener la concentración y no dejarse llevar por el pánico.

—De acuerdo —pronunció con el tono más tranquilo de que fue capaz—. Echemos un vistazo.

—Vamos.

Recorrieron las habitaciones del primer piso. La cocina estaba llena de telarañas. Jay abrió varios cajones.

—Johnny, no hay luz eléctrica, pero sí agua corriente. ¿Crees que alguien ha podido seguir utilizando esta casa?

—No te hagas muchas esperanzas, Paige —abrió otro armario.

—¿Qué estás buscando?

—Una linterna, un mechero, algo para poder iluminarnos mejor.

Paige se acercó a una alacena y encontró una larga linterna y varias cajas de fósforos.

—Toma.

—Fantástico.

Le lanzó una fugaz sonrisa que le aceleró el corazón. Cuando sonreía de esa manera, se parecía tanto al joven del que se había enamorado... De la cocina pasaron a un comedor de aspecto formal, y luego a un salón y a un despacho. Todas las habitaciones estaban lujosamente amuebladas. Algunas conservaban sus televisores y estanterías llenas de libros.

—Todo esto es tan fantasmal... Es como si sus habitantes se hubieran marchado de repente —susurró Paige, mirando el mando a distancia de un televisor que seguía sobre una pequeña mesa, al lado de un cómodo sillón—. Me extraña que los ladrones no hayan asaltado la casa.

—Quizá estuviera protegida por un sistema de seguridad, aunque no he visto alarma alguna en puertas y ventanas.

—Yo tampoco. ¿Crees que habremos activado alguna alarma silenciosa?

—Si es así, pronto lo sabremos.

Paige sintió una punzada de pánico.

—Pero si hay alguna alarma, eso quiere decir que Katie no está aquí.

—Ya sabíamos que no podíamos hacernos demasiadas esperanzas —le recordó Jay con tono suave—. En cualquier caso, tenemos que darnos prisa. Miremos en el piso de arriba.

Paige asintió. Sin embargo, cuando llegó al pie de la escalera de madera oscura, Jay se detuvo en seco. Se sentía extremadamente reacio a subir por aquella escalera, y no podía explicar por qué. Experimentaba una extraña mezcla de temor y ansiedad.

Sabía que su hija podía estar allí arriba y que quizá los tres estuvieran corriendo un grave peligro en aquel instante. Pero aun así no podía sacudirse aquella sensación. No quería subir por aquella escalera. Algo horrible lo estaba esperando en el piso de arriba...

Paige lo tomó de la mano.

—¿Listo? —le preguntó con tono suave.

Asintió, sombrío. Subieron juntos las escaleras. Jay parecía absorber la fuerza de Paige, de la mujer que había depositado toda su confianza en él... a pesar de saber que nada tenía para ofrecerle a cambio. Tragó saliva, nervioso, cuando llegaron al rellano.

Paige permanecía inmóvil a su lado, en silencio, pero él podía sentir su expectación, su conmovedora esperanza.

—Johnny, date prisa —lo miró suplicante.

Jay experimentaba su misma urgencia. ¿Estaría su hija detrás de alguna de las cinco puertas cerradas que tenía delante de sí? Cuatro corrían alineadas al lado de la barandilla, y la última se abría al fondo del pasillo. Entre ellas se alzaban grandes estanterías de libros cubiertos de polvo.

Estaba teniendo problemas para respirar. Apretó la mano de Paige.

—De acuerdo. Tú espera aquí. Voy a revisar las habitaciones.

Giró el pomo de la primera puerta y la abrió, preparado para disparar. La habitación estaba a oscuras, pero el olor que la impregnaba era inequívoco. Un olor a desinfectante que no lograba disimular el de la muerte. Era la habitación de un enfermo.

Esa vez no fue solamente la oscuridad lo que le quitó las ganas de entrar. Su mente se vio de pronto asaltada por extrañas y borrosas imágenes que no conseguía identificar bien. Se apoyó contra la puerta, obligándose a enfocar bien la mirada.

Una inmensa tristeza parecía apoderarse de su alma, oprimiéndole el pecho y llenándole los ojos de lágrimas. A su espalda, Paige encendió la linterna y barrió con ella la habitación. Estaba vacía.

—Quédate aquí —le susurró a Paige, reponiéndose un tanto. Entró y descorrió las pesadas cortinas, llenas de polvo.

A la luz que entraba por las ventanas, pudo ver bien dónde se

encontraban. Era la habitación de un niño. El edredón de la camita tenía unos dibujos de dinosaurios. Se notaba que había sido desalojada de muebles y de juguetes. No había ropa alguna.

—¿Cómo pudo un niño... vivir en esta habitación? —preguntó, impresionado todavía por el olor.

Paige lo miró sorprendida.

—Es una habitación muy bonita. ¿Qué quieres decir?

—El olor. Huele a habitación de enfermo.

—Yo no. Yo solo huelo a polvo.

—Voy a revisar las otras habitaciones.

La siguiente también estaba vacía. Debía de haber estado destinada a los invitados. No había muebles, pero los colores eran impersonales. No había nada ni en el vestidor ni en el cuarto de baño.

La tercera era, evidentemente, el dormitorio principal. Mayor que los demás, tenía un pequeño salón y un vestidor enorme, además de un jacuzzi. Tampoco tenía muebles, pero en la elegante alfombra había unos cuantos objetos dispersos: horquillas, pañuelos de papel, pinceles de maquillaje... El tipo de cosas que solían olvidarse o dejarse atrás después de una mudanza.

Aquel debía de ser el dormitorio que su padre había compartido con su madrastra. Jay no sentía nada. Ni siquiera el menor dolor por la muerte de su padre. Permaneció inmóvil en el centro de la habitación. Había puesto tantas esperanzas en encontrar su casa familiar... no solamente por él mismo, sino por Paige. Y ahora esas esperanzas se veían frustradas. Desde el principio había tenido razón, aunque ella no quisiera reconocerlo todavía. La casa estaba vacía. Y Katie no estaba allí.

Jay comprendió que la única posibilidad que tenía de salvar a Katie era rompiendo la barrera que se alzaba en su cerebro. Si pudiera recordar su pasado, si pudiera recordar algo acerca de su propio secuestro, entonces quizá podría descubrir alguna pista sobre el paradero de su hija...

—¿Johnny?

La voz de Paige, desde el umbral, la sacó de su ensimismamiento. Se reunió con ella.

—No está aquí, ¿verdad? —inquirió con un hilo de voz.

Jay negó con la cabeza, bajando la mirada.

—¿Por qué no? —musitó, pálida—. ¿Por qué no está aquí? ¿Qué es lo que han hecho con mi hija?

Se estaba poniendo histérica. Jay se guardó la pistola y la abrazó. No



consiguió que se relajara. Seguía tensa y rígida, temblando.

—La encontraremos, Paige. Te lo prometo. Pero tienes que ayudarme. Tienes que mantenerte fuerte, por el bien de Katie. Estamos más cerca de ella que nunca.

La tomó suavemente de la nuca y la besó con exquisita ternura en el pelo y en el cuello, murmurándole palabras reconfortantes. Paige no podía dejar de temblar. Poco a poco, sin embargo, comenzó a relajarse.

—La encontraremos, ¿verdad? —susurró, hundiendo el rostro en su pecho y aferrándose a Jay con verdadera desesperación—. Por favor, dime que sí...

La besó una vez más.

—La encontraremos.

Suspirando, se apartó del seductor consuelo de su abrazo. No había tiempo para la autocompasión. Katie dependía de ellos.

—Nos queda una última habitación. Creo que es la tuya.

—¿La mía? —inquirió, extrañado.

—Vamos —lo tomó de la mano—. Quizá viéndola puedas recordar algo.

Nada más entrar, lo asaltó una avalancha de emociones y de imágenes confusas. El dormitorio estaba amueblado en madera oscura. Los colores eran sobrios, apagados. Las paredes estaban llenas de dibujos y bocetos clavados con chinchetas.

Luchando contra una sensación de náusea, tocó uno de ellos. Representaba a una mujer yacente, extendiendo una mano. Estaba firmado con tres iniciales y el monograma Y de un ancla.

—Mi madre —susurró. La cabeza le palpitaba de dolor.

No fue el único dibujo que lo dejó conmocionado. Había varios paisajes con oscuros cipreses y una vieja casona de madera con un embarcadero. El corazón le latía a toda velocidad. Odiaba aquella sensación de claustrofobia que, una vez más, se estaba apoderando de él. Se pasó una mano por la cara y apartó la mirada.

Examinó los demás bocetos, fijándose en las firmas. La letra de los más antiguos era más infantil, y tenía el nombre completo escrito en un ángulo: *Johnny*. Delineó cada letra con un dedo. Era el nombre con que Paige lo había llamado desde el principio.

John. Era un nombre sencillo, bonito. Pero... ¿era realmente el suyo? Se llevó las manos a los ojos y se dejó caer en la cama. Un desgarrado gemido escapó de sus labios. Transcurrieron varios minutos, y seguía sin moverse.

Paige se dispuso a salir discretamente del dormitorio.

—Espera —musitó, retirándose las manos de la cara.

Cuando la miró, Paige volvió a leer en sus ojos la sombría determinación del hombre que había conocido durante aquellos tres últimos días. Frunciendo el ceño, se levantó. Despegó de la pared uno de los dibujos. Era el de la mujer yacente. Lo contempló durante un buen rato.

Finalmente se reunió con ella en el umbral.

—Mi madre estaba enferma. Pasó mucho tiempo en la cama.

A Paige no le pasó desapercibido el tono de angustia de su voz. Ansiaba tocarlo, ofrecerle su consuelo, pero no era eso lo que estaba buscando en aquel momento. Estaba luchando por recomponer el despedazado puzzle de su memoria, y para eso necesitaba tiempo. Y silencio.

Así que esperó, conteniendo el aliento, mientras él se esforzaba por recordar.

—No recuerdo la edad, pero sé que yo no era muy mayor cuando murió ella. Esta habitación siempre olía como a hospital. Después de que mi padre se casara con Serena, empezó a quejarse de que me pasaba el tiempo dibujando. Decía que los hombres debían trabajar de verdad, y no jugar con el arte.

De repente se llevó las manos a la cabeza, soltando el dibujo. Soltó un gruñido de dolor. Paige vio que se había quedado pálido como la cera.

—¿Johnny?

—Perdona —susurró con voz ronca—. Es otra vez la jaqueca —maldijo entre dientes.

Tomándolo del brazo, lo hizo entrar de nuevo en su antigua habitación.

—Échate.

Obedeció sin protestar, apretándose las sienes.

—¿Quieres que te traiga algo?

No contestó. Durante un rato se quedó sentada a su lado, con una mano apoyada sobre su hombro. Pudo sentir que su cuerpo comenzaba lentamente a relajarse, pero seguía frotándose las sienes. Sabía que estaba padeciendo un dolor terrible, insoportable. Pero también sabía que no podía hacer nada para evitarlo.

De repente, en medio de la compasión que sentía por Johnny, la esperanza brotó de nuevo en su pecho. Sí, eso era. Eso era lo que había estado esperando desde el instante en que volvió a verlo después de siete años de ausencia... cuando le aseguró que no la recordaba. Desde el principio

había sabido que le resultaría terriblemente difícil, pero jamás había imaginado que el proceso sería tan doloroso. Ya estaba recordando.

Finalmente, Jay comenzó a relajarse un tanto. Paige le acarició el rostro, enjugándole el rostro. Poco después se quedó dormido.

Le acarició la frente con exquisita ternura. Ojalá hubiera podido librarlo de aquel dolor. Pero aquel era un camino que tendría que recorrer solo. Solamente esperaba que, al final de tanto sufrimiento, se reencontrase por fin con su pasado.

Era lo único con que contaban para poder salvar a Katie.

Serena pulsó una vez más los botones del móvil, frenética, rompiéndose una uña en el proceso. Maldijo entre dientes.

—De acuerdo, Paige —masculló mientras encendía otro cigarrillo—. Te concederé el beneficio de la duda durante otras dos horas. Quizá realmente te hayas quedado dormida —sonrió—. O muerta.

Marcó otro número.

—¿Qué diablos estás haciendo? —inquirió, furiosa, al escuchar la voz de Leonard al otro lado de la línea—. No están contestando al teléfono.

—No te vas a creer lo que ha pasado. Se han deshecho del móvil.

—No, no. ¡No! ¡Ella jamás se atrevería! ¡Jamás se atrevería a romper el único lazo de comunicación con su hija!

—Bueno, Sue Ann, lo único que puedo decirte es que seguimos la maldita señal de GPS hasta Lafayette. Y resulta que hemos estado persiguiendo a un pescador Cajun a bordo de una vieja camioneta.

—¡Maldito incompetente! —tosió Serena en medio de una nube de humo—. Estoy harta de ti. No te daré ni un céntimo más. Ni un céntimo, ¿me has entendido? Puedes volverte a Minnow Creek, Mississippi, y pudrirte allí para el resto de tu vida.

—Eso te gustaría, ¿eh? Así dejaría de ser una amenaza para ti. Pero no te olvides, hermanita, de que sé todo lo que has hecho. Estás en deuda conmigo. Jamás habrías podido descubrir ese truco de la medicación cardíaca del viejo Madison sin mi ayuda...

—Oh, no me digas... ¿te crees que no lo sabía? Claro que sí. Lo que pasa es que estaba esperando a que llegara el momento adecuado. Y ahora... ¿te importaría que volviéramos a nuestro problema actual?

—No te preocupes, Sue Ann. Tengo una idea.

—Genial. Tienes una idea. Felicidades.

—Ya me felicitarás cuando te entregue a esa feliz pareja.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Eso déjame a mí. Tú ocúpate de la cría. Ellos todavía la están buscando. Y, si no me equivoco, probablemente están ya muy cerca...

Serena encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, y llamó a su doncella para que trajera a su hijo a su habitación. Después de encargarse de una pizza, se aseguraría personalmente de que la mocosa de Johnny estuviera bien vigilada...

Johnny sabía que se estaba muriendo. Lo estaban enterrando en vida. Lo que no sabía era por qué lo habían secuestrado. Había sufrido un ataque cuando se disponía a subir a su coche, después de haber cenado fuera. Lo habían dejado inconsciente. Lo último que había visto eran unos hombres con máscaras negras.

Después fue la oscuridad total. Lo habían encerrado en aquel oscuro agujero, sin alimentos y sin luz, no sabía desde hacía cuánto tiempo. Los sonidos eran los únicos estímulos sensoriales que recibía. Por eso se había concentrado en memorizar cada uno de los que había podido escuchar, por muy leves que fueran. Desde el fantasmal silbido del viento filtrándose por las rendijas del edificio, hasta el chirrido de los mamparos de madera contra los raíles de hierro, o el pitido de algún tren.

Podía oír a las ratas acercándose. A veces había golpeado las paredes del cajón de embalaje que había sido su prisión... solo para escuchar su sonido. Para escuchar algo. Ladeando de una determinada forma la cabeza, en un momento determinado, podía vislumbrar un destello de luz filtrándose entre las tablas.

Conocía a sus secuestradores por sus pasos. El hombre corpulento. Su compañero, de complexión menuda. Y la mujer. No le gustaba que se acercara la mujer. Le susurraba cosas a un tercer hombre que siempre la acompañaba. Aquel tipo tenía una voz gangosa que le resultaba familiar.

Y le gustaba burlarse de Johnny. «A tu papá no debe de importarle mucho que vivas o que mueras. Porque se niega a pagar el rescate», solía decirle. O bien: «¿qué se siente cuando todo tu dinero no te sirve de nada?».

O también: «tu viejo te ha dejado aquí para que te pudras, ¿eh? Y tú que creías que iba a rescatarte...»

Tras los primeros días, Johnny había renunciado a hablar. Al principio había gritado hasta quedarse ronco, hasta que no le había quedado voz. Había golpeado, pateado y arañado las paredes de tabla, hasta ensangrentarse las manos.

Finalmente se había resignado a escuchar. Y a reflexionar. ¿Se había negado su padre a pagar el rescate? Johnny sabía que su padre siempre se había sentido decepcionado con él, pero nunca había imaginado que llegaría a abandonarlo. Necesitó mucho, mucho tiempo para terminar aceptando que sus secuestradores tenían razón, y que su padre jamás pagaría el rescate.

Sabía perfectamente dónde se encontraba, lo que constituía una tortura añadida. Estaba encerrado en un antiguo almacén, a menos de dos kilómetros de su casa. En el pantano Lesgensfou, muy cerca de la finca Yarbrough.

De niño, le había encantado aquel lugar. Había explorado mil veces lo que había sido su escondite secreto: el antiguo vagón de tren encerrado en sus muros. La vía del ferrocarril corría muy cerca, y podía escuchar el pitido de los trenes. El almacén estaba en la costa, y el agua empujaba las mamparas de madera contra los raíles, produciendo un chirrido inconfundible. Aquellos fueron los únicos sonidos que lo mantuvieron cuerdo.

Mucho tiempo después de haber perdido cualquier noción del tiempo, lo sacaron del cajón. Estaba demasiado débil para sostenerse. Había perdido mucho peso. Tenía los ojos tan sensibles a la luz que no podía abrirlos.

Por un sobrecogedor instante pensó que era su padre quien había ido a rescatarlo... pero luego lo encerraron de nuevo, esa vez en el maletero de un coche. Cuando volvieron a abrirlo, algo lo golpeó con fuerza en la cabeza.

No recordaba absolutamente nada después de aquello, hasta que la impresión del agua fría lo sacó de su inconsciencia. Mientras el agua se cerraba sobre su cabeza, amenazando con ahogarlo, su cuerpo empezó a luchar contra la muerte... aunque su cerebro parecía dispuesto a asumirla.

«¡Paige!», gritó para sus adentros, por milésima vez, mientras se ahogaba. «Yo nunca he dejado de buscarte...»

—Tranquilo, Johnny. Estoy aquí, contigo —una voz familiar lo sacó de golpe de aquella oscura tumba de agua.

Abrió los ojos. A su alrededor ardían varias velas. ¿Dónde estaba? ¿Y cómo había terminado allí, en tierra, y vivo?

Contempló la habitación a la temblorosa luz de las velas y se dio cuenta de que estaba de regreso en su casa, en su habitación. Cerró los ojos y aspiró profundamente, intentando sobreponerse aún a aquella abrumadora sensación de pánico. Tosió. Una cálida mano le acarició la frente.

—Has tenido una pesadilla.

Se incorporó, mirando a la mujer que yacía a su lado, en la cama. Parecía un ángel rubio, rodeada de una halo de blancura. La conocía. Era la misma mujer a la que había esperado ver antes de morir ahogado. Y ahora era la primera imagen que veía, tras despertar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió, maravillado, contemplando su melena húmeda y el albornoz que llevaba puesto. Su albornoz.

Estaba igual, y a la vez distinta. Vio que sonreía tímidamente.

—No quería quedarme sola. Después de que te quedaras dormido, me duché y luego me tumbé aquí, contigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde te habías metido? —frunció el ceño. Él mismo se extrañó de hacerle esas preguntas.

—¿Johnny? —lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Con qué has estado soñando?

Sacudió la cabeza y volvió a tumbarse. Extendió un brazo para que ella apoyara la cabeza en el hueco de su hombro, pero no lo hizo. En lugar de ello, se sentó en la cama, observándolo.

—He soñado que estaba encerrado en un cajón. Tenía hambre. No podía ver nada —la cabeza empezó a dolerle y se le aceleró el corazón—. Mi padre no pagaba mi rescate. Como si no le importara. Así que me dejó allí, solo...

—Johnny, tu padre no te abandonó. Él te quería...

—Me abandonó —le tembló la voz. Sabía que su actitud era patética, pero no podía evitarlo. Los recuerdos eran muy confusos, pero aquella voz gangosa persistía, asegurándole que a su padre no le había importado nada—. No pagó el rescate.

—No, Johnny. Oh, mira este libro. Estaba aquí, en la mesilla de tu cama —se estiró para recogerlo—. Hay una carta dentro. Es de tu padre.

—Mi padre. Detestaba que me pasara la vida dibujando.

El libro se titulaba *Grandes artistas del siglo XX*. Al abrirlo, una hoja de papel cayó de sus páginas. Era una carta. La acercó a una vela para leerla:

—«Querido hijo. Deberías leer tú esta carta después de mi muerte, en lugar de escribírtela yo después de la tuya...» —se le quebró la voz.

Paige se llevó una mano a la boca, emocionada. Haciendo un esfuerzo, Johnny prosiguió con la lectura.

—«Este libro es el regalo de cumpleaños que nunca llegué a entregarte. Hay tantas cosas que no hice contigo... Nunca te dije lo orgulloso que estaba del dibujo de tu madre que hiciste para mí. Hacía caso a tu madrastra, en vez de a ti. Ahora sé que ella intentó deliberadamente envenenar nuestra relación. Si no hubiera sido por Brandon, me divorciaría hoy mismo de ella. Pero Johnny, tú eres mi...» —se interrumpió de nuevo, bajando la cabeza.

Paige le tomó la carta y continuó leyéndola a la luz de la vela:

—«Pero Johnny, tú eres mi hijo. Daría mi vida con tal de que estuvieras vivo, y a salvo. Oh, Dios mío, dile a mi niño, esté donde esté, que lo quiero y que siempre lo echaré de menos».

Johnny cerró los ojos, con el corazón desgarrado de dolor. El horror, la terrible jaqueca y la implacable oscuridad amenazaron con tragárselo de nuevo. Comenzó a temblar.

—Él intentó salvarme. Me quería. No ha sido un sueño —susurró, cerrando los puños—. Me estaba muriendo de verdad... Ha sido un recuerdo. Esa gente intentó matarme.

Paige asintió con la cabeza, mirándolo expectante.

—No sabía quién era. Me dispararon en la cabeza —se tocó la cicatriz—. Creía que era un delincuente, y que me perseguían. Por eso me escondí.

—Durante tres años —apuntó ella—. Y ahora... ¿sabes ya quién eres?

—Claro. Soy John Yarbrough.

La expresión de Paige se iluminó de alegría.

—¿Y sabes quién soy yo?

—Sí —respondió, sincero. De repente comprendió que la solitaria y esperanzada visión a la que se había aferrado durante aquellos tres últimos años... era la de Paige. Después de tanto tiempo, por fin la había encontrado.

¿O había sido ella quien lo había encontrado a él? Tuvo una fugaz visión: la de que abría una puerta y la veía allí, en el umbral de su casa...

—Oh, Johnny... Me alegro tanto de que hayas recuperado la memoria... —vio que seguía temblando y se inclinó hacia él, acariciándole una mejilla.

—Paige, ¿qué estás haciendo aquí? No sé muy bien lo que ha sucedido... —no podía continuar. Su confusión era absoluta.

—Lo sé. Pero todo saldrá bien. Ahora ya sabes quién eres.

—Sí. Ahora ya sé quién soy —recogió la carta y volvió a guardarla entre las páginas del libro—. Pero... —era como si el presente y el pasado se hubieran mezclado en su cerebro—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Paige lo miró extrañada.

—Estamos buscando a mi hija. A nuestra hija.

«A nuestra hija».

—Tú me encontraste, ¿verdad?

—Sí. Y tú me ayudaste.

—Esta es mi habitación. Mi casa —miró a su alrededor, reconociendo las estanterías de libros, los armarios de ropa. Era como si apenas la hubiera abandonado el día anterior. Una camisa colgaba de uno de los postes de la cama, justo donde la había dejado el día en que lo secuestraron. Sobre la mesilla había una botella de agua medio vacía.

Era una experiencia surrealista ver su habitación como si hubiera sido ayer, cuando de hecho habían transcurrido tres años. Le dolía la cabeza. Había tantas cosas que no comprendía...

—Nos persiguen —pronunció las palabras casi antes de que su cerebro fuera consciente de ello.

—Sí. Han intentado matarnos. Por el momento hemos escapado. Pero ya no tenemos el móvil y... y tengo tanto miedo de no volver a ver nunca a mi hija...

No estaba muy seguro de lo que estaba diciendo Paige. Ignoraba cómo habían terminado allí, pero podía detectar su tono de pánico, y sabía que ella, al igual que él, necesitaba consuelo, seguridad. Alguien en quien confiar, alguien con quien compartir los peores temores. Alguien a quien aferrarse.

Extendió una mano y le acarició la mejilla. Vio que sus dedos se tensaban sobre el cuello del albornoz y que cerraba los ojos, como disfrutando de la caricia. Luego, se acercó todavía más y la besó en los labios.

El contacto la sobresaltó. Abrió rápidamente los ojos, conteniendo el aliento. Jay continuó besándola, tentativamente. Al ver que dudaba, retrayéndose un tanto, se quedó inmóvil, paralizado, para no asustarla. Al cabo de unos segundos buscó de nuevo sus labios, y ya no se detuvo.

Algo parecía guiar sus movimientos... algo que trascendía el simple deseo físico. La necesitaba como jamás antes la había necesitado. Era una



necesidad nueva, inquietante, desesperada. Como si quisiera demostrarle que todavía estaba vivo, que seguía siendo un hombre. Que seguía siendo su pareja.

No se cansaba de saborear la delicia de su boca. Cuando finalmente Paige le echó los brazos al cuello y lo acercó más hacia sí, se vio asaltado por una inmensa sensación de alivio, como una ola abrumadora. La amaba más que a su vida.

—Creía que nunca más volvería a verte... excepto en mis sueños — susurró.

—Y yo creía que estabas muerto.

Jay enterró el rostro en la curva de su cuello, aspirando su familiar aroma. Estaba terriblemente excitado.

Paige podía sentir su desesperación en la fuerza de su abrazo. Solo había sentido aquella urgencia suya una vez antes: la víspera del día en que la abandonó. Por un segundo, el recuerdo de su partida afloró en toda su intensidad. Pero en aquel instante Jay empezó a explorar con la lengua el dulce interior de su boca, y se olvidó de todo lo que no fueran sus caricias.

—¿Cuándo te dejaste el pelo tan largo? —le preguntó, enterrando los dedos en su melena, sin dejar de besarla.

—No me lo volví a cortar desde que te marchaste.

Jay alzó la cabeza como si quisiera decir algo, pero Paige le acunó el rostro entre las manos y él la besó una vez más, quitándole el aliento. Luego, le mordió la barbilla con exquisita suavidad, mientras sus dedos buscaban en los pliegues de su alboroz.

Encontró un seno desnudo, y le acarició el sensible pezón con el pulgar. Paige arqueó el cuerpo hacia atrás, deleitada. Había pasado tanto tiempo... Nadie la había tocado ni besado jamás tan bien como Johnny.

Le abrió lentamente el alboroz, contemplándola maravillado como si fuera la primera vez, como si nunca la hubiera visto antes. Inclinandose, deslizó la lengua por un pezón, y a punto estuvo de provocarle instantáneamente un orgasmo. Jadeando, Paige le acercó la cabeza aún más contra su pecho.

Podía sentir su cálido aliento en la aréola del pezón, hasta que lentamente se fue apartando. Cuando volvió a acariciarla, aprovechó para mordisqueárselo con exquisita delicadeza. Paige soltó un grito de placer. Jay dedicó entonces su atención al otro seno, y repitió el mismo proceso.

Jadeando, Paige deslizaba las manos por sus fuertes hombros, por su nuca

poderosa. Intentaba obligarlo a que alzara la cabeza para besarlo, pero se resistía. Era él quien llevaba la iniciativa.

Fue descendiendo hasta su vientre, excitándola con la lengua, saboreándola, mientras sus dedos seguían jugueteando con sus senos, acunándolos, excitando insoportablemente sus pezones. Luego, pasó a acariciarla lentamente con la mano, apoderándose de su sexo. Aquel contacto tuvo el mismo efecto de una descarga eléctrica. Como un violento relámpago estallando en un cielo de verano.

Le introdujo suavemente un dedo, y comenzó a moverlo con deliciosa lentitud, hacia dentro y hacia fuera...

—Johnny, por favor —jadeó Paige, cerrando las piernas. Si no se detenía, no sería capaz de controlarse.

Pero se detuvo. Y, absurdamente, ella quiso gritarle que no lo hiciera.

Su dedo humedecido ascendía ahora por su vientre, hacia las pequeñas estrías que lo surcaban, las huellas físicas de su embarazo.

—¿Qué son estas estrías? —inquirió con tono suave.

El corazón le dio un vuelco al escuchar aquella pregunta. Su hija. ¿Acaso no la recordaba?

Antes de que pudiera hallar una respuesta, Jay comenzó a besar cada marca, una a una, examinando, lamiendo cada centímetro de su abdomen, arrancándole gemidos de frustración.

—Entra en mí, Johnny —le suplicó, retorciéndose de deseo—. Ahora.

Mirándola con expresión impenetrable, se desnudó y se tendió sobre ella. Hasta ese momento, desde que fue a buscarlo a su hotel, Paige apenas lo había visto desnudo. Lo devoró con los ojos. Si antes había sido fino y delgado, ahora era macizo, musculoso. Deslizó las manos por su piel, maravillada. Sus dedos tropezaron con la cicatriz de la cadera. Parecía consecuencia de una operación quirúrgica. Sintió una punzada de curiosidad, distraída por un instante de aquel ensueño.

Pero no tardó en reunirse con Jay, más intensamente esa vez, y la sensación de aquel íntimo contacto expulsó de su cerebro cualquier pensamiento racional. Se arqueó contra él, más que dispuesta, recibéndolo en su interior...

Jay soltó un suspiro al entrar en ella. No dejó de mirarla mientras lo hacía, temeroso de lo que pudiera ver en sus ojos. Temeroso de no durar lo suficiente.

Su calor lo envolvió por completo. Estaba tan húmeda, tan preparada...

Aun así, vio una sombra de dolor cruzar fugazmente su rostro, y se detuvo.

—Lo siento. Te he hecho daño.

Se dispuso a retirarse, pero ella se lo impidió.

—No te preocupes. Es que ha pasado mucho tiempo —susurró, sonriente.

Y le hizo el amor como siempre se lo había hecho, con reverencia y ternura. Porque otra vez estaba allí, con él. Y porque siempre había sido lo que era en aquel preciso instante: la mujer de sus sueños.

Paige yacía plácidamente en los brazos de Johnny, escuchando el rumor de su respiración. Volver a estar en sus brazos era como viajar en el tiempo. Allí se sentía segura, amada, invencible, como si pudiera soportarlo todo, enfrentarse con cualquier peligro.

No se había sentido así desde que él la abandonó, años atrás. Había tenido que luchar sola, esforzándose para que Katie nunca experimentara los mismos miedos que la habían acompañado durante toda la vida.

Ensimismada en su desengaño, en su frustración, su madre había sido incapaz de cuidar adecuadamente de Paige. Maxine Reynolds había malgastado su vida y faltado a sus obligaciones con su hija por sufrir demasiado por un hombre.

Acurrucándose contra Johnny, reflexionó sobre su vida. Había concentrado todas sus energías en darle a Katie la seguridad de la que ella había carecido. Se tensó, con el corazón desgarrado. Su hija estaba en peligro. El frágil capullo de amor en el que la había envuelto Johnny se evaporó en el aire. Se levantó precipitadamente, recogiendo el albornoz de camino al cuarto de baño. De repente tomó conciencia de su pecado. Se había permitido disfrutar mientras su hija seguía perdida. Se había olvidado de ella, desperdiciando el tiempo con que contaba para encontrarla.

El vacío que en su corazón había dejado la desaparición de Katie amenazó con tragársela, como un agujero negro. Al mirarse en el espejo, descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Parpadeó varias veces, alzando la barbilla. Llorar nunca servía de nada. Por el bien de Katie, tenía que mantenerse fuerte.

Se lavó la cara y hundió el rostro en la toalla. Cuando volvió a mirarse en el espejo, las lágrimas seguían cayendo. No podía evitarlo. Una sombra apareció a su espalda. Era Johnny.

—¿Paige? —susurró, preocupado—. ¿Te encuentras bien?

—Me había olvidado de ella...

—Paige, no te hagas esto a ti misma —la hizo volverse con exquisita delicadeza, tomándole una mano—. Has sufrido mucho. Yo me sentía asustado, confundido, y tú me has ayudado a superarlo. Nos hemos consolado mutuamente —acarició el anillo que llevaba—. No le hemos hecho daño a Katie. Me estás ayudando a recordar, y eso nos permitirá encontrarla.

—Ella es lo único que tengo, Johnny.

Aquellas palabras lo dejaron conmocionado. Comprendía la profundidad de su amor por su hija. Comprendía la tortura que suponía no saber dónde estaba Katie, o si se encontraba bien o no. Pero, aun así, sus palabras le dolían.

—Vamos —le apretó suavemente la mano—. Tenemos que elaborar un plan. Y marcharnos de aquí...

—¡Suéltame! —le espetó, liberándose—. De cualquier forma, todo esto es culpa tuya. Me prometiste que volverías. «Espérame», me dijiste. «No te quites nunca ese anillo. Volveré a buscarte». Bonitas palabras, pero nunca volviste... No cumpliste tu promesa, y mi hija terminó criándose sin padre, como yo.

—Paige...

—Si has empezado a recordar cosas, tendrás también que recordar eso. ¿Por qué no volviste a buscarme? —inquirió, tensa—. ¿Te pasaba lo que a mi padre? ¿Estabas casado? ¿O simplemente te replanteaste tu aventura veraniega cuando volviste a tu vida de niño rico?

—No lo sé —sacudió la cabeza, frotándose las sienes—. Ojalá pudiera decírtelo...

Paige salió del cuarto de baño, y él la siguió. Sus movimientos eran tensos, rígidos, como si no quisiera perder el control de sus emociones. Se quitó el albornoz y empezó a vestirse enérgicamente.

—No sé lo que pudo pasar para que no volviera a buscarte —murmuró Johnny—. Ni siquiera puedo decirte qué clase de persona era yo entonces, aunque no debía de haber madurado mucho. Ahora mismo no sé me ocurre ninguna razón lo suficientemente poderosa o importante para justificar que te abandonara...

Paige se giró entonces hacia él. Los labios le temblaban levemente.

—A mí sí se me ocurre una: que simplemente no querías volver —no pudo contenerse y escondió el rostro entre las manos.

—¿Sabía yo que estabas embarazada?

—No, ¿por qué? ¿Mejora eso en algo la situación?

Johnny no sabía qué decir, pero una parte de su ser experimentó cierto alivio. ¿Se estaría aferrando a cualquier excusa para aligerar el peso de su culpa?

—Todo esto no nos está llevando a ninguna parte —gritó Paige, recogiendo su abrigo—. Tengo que encontrar a mi hija. Necesito escuchar su voz. Necesito... —se detuvo de pronto, con el abrigo en la mano, y empezó a buscar en los bolsillos—. La grabadora... necesito escuchar la voz de Katie.

Johnny dejó de abrocharse la camisa, paralizado. La grabadora. Por supuesto. El sonido de fondo que se oía en la grabación. Conocía aquellos sonidos.

—Paige, dejámela...

—No. No destrozarás mi grabadora —la apretó contra su pecho, mirándolo desconfiada—. Tengo que escuchar la voz de mi hija.

—Te prometo que no te la romperé.

Vio que alzaba la barbilla. Sabía lo que eso significaba. No confiaba en él, y tampoco podía culparla por ello.

—De acuerdo. Enciéndela. La escucharemos juntos. No la tocaré. Pero date prisa. El tiempo se nos está acabando.

Dando un paso hacia la puerta, como dispuesta a salir de allí cuanto antes, Paige sacó la minigrabadora del abrigo. Presionó el botón de lectura, y la desesperada voz de su hija resonó en la habitación.

Johnny cerró los ojos. Se sentía desorientado, mareado. La ronca voz del secuestrador, el chirrido metálico de los raíles, el lejano pitido del tren, todo le resultaba terriblemente familiar. Volvió a dolerle la cabeza. Conocía aquellos ruidos. Había estado allí antes.

—Johnny, ¿te encuentras bien? —le preguntó Paige, apagando la grabadora.

—Pon la cinta otra vez —le pidió con los ojos cerrados.

La rebobinó y pulsó de nuevo el botón de lectura. Los sonidos resonaron a su alrededor como durante las largas y sombrías semanas de su cautividad. Se tambaleó.

—¿Johnny?

La miró. Parecía asustada por su expresión. Sabía por qué. Estaba hirviendo de furia por dentro. Como la brasa de un fuego, su furia había permanecido latente, oculta tras la barrera que había levantado su cerebro para protegerlo de la verdad. Pero ahora el fuego había vuelto a arder,

avivado por sus recuerdos.

Se esforzó por canalizar aquel odio. Por convertirlo en fuerza, en pura resolución.

—Paige, mírame —le pidió con voz ronca. Necesitaba que volviera a confiar en él, pese a todos los motivos que le había dado para no hacerlo—. Vamos a encontrar a Katie. Ya sé dónde está.

—Lo que no me explico es por qué no ha adivinado todavía dónde está la niña —murmuró Serena, contemplando el cajón de madera.

—Diablos, Sue Ann. Estaba inconsciente cuando lo trajimos aquí. Y tú no le permitiste en ningún momento que viera la luz.

Serena lanzó a su hermano una mirada cargada de desdén mientras evitaba cuidadosamente las caracolas fosilizadas, los clavos y la basura que cubrían el suelo del viejo almacén abandonado.

—Johny puede que estuviera encerrado en ese cajón, sin luz alguna... pero sabía dónde estaba —sonrió, recordando—. Eso formaba parte de su tormento. Fue él quien me habló de este lugar y me contó que había jugado aquí de niño. Tarde o temprano caerá en la cuenta de que es aquí donde tenemos a su hija —encendió un cigarrillo—. ¿Por qué no has limpiado todo esto?

Su hermano estaba sentado en una silla plegable, mascando chicle.

—No me pareció necesario. No ibas a invitar a venir a tu club de bridge, ¿verdad?

—Yo no pertenezco a ningún club de bridge, estúpido. ¿Qué tal la niña?

—La mocosa se las está arreglando bien —rio Leonard—. Ha comido pizza otra vez. Es lo único que come, prácticamente. Y está harta de ver películas. Ah, y sigue quejándose de lo oscuro que está esto por las noches —remedó la voz de la niña, burlón.

—¿No le conseguiste una linterna?

—Sí, se la dio Martin. Es una niña malcriada.

—Tráela. Quiero hablar con ella.

Leonard se acercó al vagón de tren, giró la manivela y abrió la pesada puerta.

—¿Katie? —la llamó Serena con falso tono dulce—. Sal, cariño.

La niña apareció en la puerta, reacia, envuelta en el mantón que llevaba desde que la secuestraron.

—Katie, me temo que tus padres no van a venir. ¿Qué te parece eso?

La pequeña se frotó los ojos, soñolienta, antes de mirarla.

—Mi madre me encontrará —pronunció, alzando la barbilla.

—No sé yo... Nosotros seguimos buscándolos, pero por el momento no los hemos visto por ninguna parte. ¿Te acuerdas tú de adónde solían ir tus papás cuando querían estar juntos?

Katie suspiró, mirándola. Su expresión le recordó a Serena la de su hijastro: Johnny solía mirarla siempre con aquel aire de superioridad.

—Ya le he dicho que yo no tengo papá.

Leonard la agarró entonces de un brazo.

—Mira, niña, será mejor que colabores...

—¡Leonard! Apártate de ella. La estás asustando.

Katie se frotó el bracito, mirándola desafiante.

—Yo no estoy... asustada.

—Katie, ya sé que tu mamá te dijo que no se lo dijeras a nadie, pero esto es muy importante. Tenemos que encontrar a tu papá, para que pueda venir a buscarte. Queremos ayudarte.

—No, no es verdad. Usted es mala. Usted no quiere ayudar a nadie.

—¿Mala yo? —rio—. Bueno, entonces, dado que soy tan mala, supongo que tendré que volver a meterte dentro del vagón —lanzó una rápida mirada a Leonard—. Odio tener que decirte esto, Katie, pero es tan importante que encontremos a tu mamá y a tu papá, que a no ser que me digas dónde están... no te daremos ya más pizza, ni nada que comer. A las niñas desobedientes se las manda a la cama sin cenar.

Katie se encogió de hombros, pero le temblaban los labios. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No me importa. Mi mamá vendrá a por mí. Ya lo verá.

A una señal de Serena, Leonard volvió a meter a la niña en el vagón y cerró la puerta de metal.

—¿Por qué no te deshaces de una vez de ella? Ahora que ya no tienen el teléfono, esta niña no es más que un molesto engorro.

—No. Eres un estúpido, Leonard. Ella es nuestra mejor baza. Mientras la conservemos, no se atreverán a acudir a la policía. Por cierto, ¿se te ha ocurrido buscarlos en esa horrible casa de la carretera 90? No me extrañaría que estuviesen husmeando por allí...

«Sé dónde está». Las palabras de Johnny reverberaron en el cerebro de Paige. No era ya el tierno y sensible artista que la había amado para luego abandonarla. Ni tampoco el hombre perdido y desorientado que la había tomado bajo su protección. En su lugar había un hombre diferente, un hombre duro, cuyos ojos azul zafiro ardían de furia.

En aquel instante, sintió una punzada de esperanza que no había experimentado antes. Johnny había vuelto. Y estaba dispuesto a luchar a muerte por su hija.

—¿Dónde? ¿Cómo? Vámonos ya, no perdamos el tiempo —el corazón se le salía del pecho—. ¿Dónde está?

—Espera, Paige, tranquilízate. Creo que la tienen en el mismo lugar donde me tuvieron encerrado a mí. Reconozco los ruidos del fondo. Es un antiguo almacén abandonado, en el pantano, cerca de aquí.

Su mirada se nubló de pronto, y Paige comprendió que estaba luchando con sus recuerdos. Podía imaginarse lo que debía de estar viendo su cerebro en aquel momento. No se había olvidado de los terribles dibujos que había visto en su refugio. Aquellos horribles bocetos en negro que representaban la peor de sus pesadillas.

—Oh, Dios mío, Johnny. ¿El mismo lugar donde te tuvieron encerrado... en la oscuridad? Tenemos que partir de inmediato —insistió, agarrándolo del brazo—. Katie debe de estar tan asustada...

—Espera, Tiger. Ahora mismo no me acuerdo de dónde está exactamente ese almacén. Mi cerebro todavía está algo confuso —sacudió la cabeza—. Tengo que pensar un poco. Pero no te preocupes. Lo encontraremos —y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, esforzándose por recordar.

—Crees que Katie está bien, ¿verdad?

—Sí. Por supuesto, debe de estar muy asustada. Pero le han permitido hablar contigo. Y le han dado pizza.

Sus palabras la reconfortaron, aunque por su voz Paige sabía que la furia seguía aún allí, acechante, preparada para estallar en cualquier momento.

—La persona que me secuestró, y que ahora ha secuestrado a nuestra hija, está esperando precisamente a que yo descubra dónde la tiene. Esa mujer está esperando a que caigamos en su trampa. De hecho, estoy seguro de que ahora mismo debe de estar medio desquiciada, preguntándose cómo es que no he



aparecido todavía...

—¿Esa mujer?

—Sí —asintió, con un brillo de odio en los ojos—. Mi madrastra.

—¿Estás seguro de que es ella?

—Sí. Escucha esto —tomó la grabadora—. Escucha su voz.

Paige escuchó el mensaje grabado.

—Yo no podría decir si pertenece a un hombre o a una mujer...

—Fíjate en el acento —rebobinó y pulsó de nuevo el botón de lectura—. Sobre todo cuando dice «Se te está acabando el tiempo». Es ella. Yo detestaba aquella voz. Siempre traía a un hombre con ella, un tipo con el acento mucho más fuerte. Solo hablaba en susurros. Le decía a él lo que tenía que decirme. Creo que ya entonces yo ya sabía que era Serena.

—La recuerdo de la fiesta —pronunció Paige—. Me llamó la atención debido a su mechón blanco y a la pañoleta que llevaba. Estaba irritada, furiosa... Al ver aquel dibujo tuyo con una fecha tan actual debió de llevarse una sorpresa tan grande como la mía.

Evocó la mirada hostil que le había lanzado esa mujer, a la que en su momento no había dado mayor importancia.

—Y luego ella te oyó hablando con Sally acerca de Katie.

—Es verdad... —lo miró asombrada—. Por eso descubrió que Katie era tu hija. Sally repitió varias veces que Katie tenía unos ojos azules preciosos...

—De ahí dedujo que tú sabrías dónde estaba —comentó Johnny—. Esa mujer siempre me odió. Recuerdo que hizo todo lo posible por poner a mi padre en contra mía. Desde el momento en que entró en nuestras vidas, se esforzó al máximo para que mi padre se deshiciera de todo lo que había pertenecido a mi madre y cambiase su testamento.

—¿No la incluyó a ella en su testamento?

Johnny sacudió la cabeza, sombrío.

—Después de la muerte de mi madre, dejó toda su fortuna al descendiente de mayor edad que le sobreviviera.

—Al descendiente de mayor edad que le sobreviviera —repitió Paige, estremecida—. Serena tiene un hijo.

—Brandon, mi hermanastro. Solo era un bebé cuando me secuestraron.

Mientras hablaba, sacó su pistola y le cambió el cargador. Paige lo miró, consternada. En muchos aspectos, el hombre en que se había convertido Johnny era un extraño para ella. Aquellas manos que tanta belleza habían creado sobre el papel estaban manejando en aquel instante un arma mortal.

—Serena te secuestró e intentó matarte para que su hijo fuera... el descendiente de mayor edad que le sobreviviera.

—Sí. Esa era la única manera que tenía de apoderarse del dinero.

—Pero su hijo es más pequeño que Katie... —pronunció de pronto, aterrada—. Oh, Dios mío, Johnny... va a matar a Katie...

Johnny se guardó el arma en la cintura del pantalón y se volvió hacia ella, tomándola suavemente de los hombros.

—Escúchame bien. Es a mí a quien persigue Serena. Hasta que no se asegure de que yo esté muerto, no podrá hacerle nada a Katie. Ella sabe que lo único que nos impide acudir a la policía es la amenaza que ejerce sobre nuestra hija —le apretó los hombros con gesto reconfortante—. Tan pronto como Katie esté fuera de peligro, le echaremos encima a la policía. Mi madrastra siempre me ha subestimado. Cree que yo sigo siendo el niño que secuestró hace años. Y no sospecha para nada lo fuerte y lo valiente que puedes llegar a ser tú.

—Pero ella...

—Shhh —la acalló de pronto, alzando una mano.

Paige aguzó los oídos. Al principio no oyó nada. Pero segundos después escuchó el crujido de una puerta, en el piso de abajo.

—Johnny...

—No digas nada —le pidió en un susurro—. Hay una puerta al final del pasillo, que comunica con una escalera de servicio. No hagas ningún ruido. Quiero que me esperes al otro lado de esa puerta, en el arranque de la escalera, sin bajar.

—Pero...

—Sshhh —miró a su alrededor. Su bate de béisbol debía de estar por alguna parte. Se estiró para mirar en una alta estantería. Allí estaba. Se lo entregó.

Unos pasos resonaron en el piso inferior. Alguien acababa de entrar en el comedor.

—Si oyes acercarse a alguien, golpea la puerta con el bate para avisarme. Si alguien que no sea yo abre esa puerta, corre. En la puerta del final de la escalera hay un pestillo encima del picaporte. Ahí dentro todo está muy oscuro, así que tendrás que palparlo con los dedos. Empújalo hacia dentro, así... —le indicó cómo se hacía— y se abrirá. Cuando pases al otro lado, te encontrarás en las habitaciones del servicio. Al fondo hay un armario grande. Escóndete allí.

Paige sacudió la cabeza.

—Pero yo no quiero dejarte solo... —susurró.

La acercó hacia sí, besándola en la frente.

—Confía en mí —le sonrió—. Volveré a buscarte.

Pálida, con los ojos llenos de lágrimas, forzó una sonrisa. La fe que tenía en él resultaba conmovedora. No sabía a ciencia cierta si podría salvarla o no, pero estaba seguro de una cosa: de que moriría antes que abandonarla de nuevo.

Entreabrió sigilosamente la puerta. El rellano era amplio, y desde allí, a excepción de la entrada principal, no se veía nada del primer piso. Todo estaba en silencio. Le señaló la puerta que se abría a la derecha, al final del pasillo.

—Anda, ve. Pégate a la pared para que nadie pueda verte desde abajo —le siseó, empujándola suavemente.

Después de lanzarle una aterrada mirada, fue hacia allí. Johnny respiró tranquilo cuando vio que había llegado sin problemas al otro lado de la pesada puerta de madera. La que en el piso inferior comunicaba con las habitaciones del servicio siempre había estado cerrada. Él mismo había instalado aquel pestillo oculto en su interior. Ese había sido su secreto. No se lo había contado a nadie: ni a su padre ni a ninguno de sus amigos. Había sido su refugio personal. Y lo había usado a menudo, sobre todo después de que Serena se fuera a vivir con ellos.

Seguían sin poder olvidarse del aciago día en que había abandonado a Paige... ¿Por qué lo había hecho? Quizá, en realidad, no había tenido nunca intención de volver con ella. ¿Qué tipo de hombre debía de haber sido para hacer una cosa así? Se frotó las sienes, deseoso de poder recuperar todos sus recuerdos, pero su tozudo cerebro parecía dispuesto a seguir resistiéndose.

Un ruido en el piso inferior lo devolvió a la realidad. Después de retirar el seguro del arma, se acercó sigilosamente a la barandilla y echó un vistazo.

Algo se movió, y se escondió rápidamente. Había visto una sombra abajo, justo en el borde de su campo de visión. Quienquiera que estuviera allí se dirigía hacia las escaleras...

Escuchó por un instante. A juzgar por el ruido que hacían, eran dos. Hablaban en susurros. Aparentemente, uno de ellos volvió sobre sus pasos y regresó a la cocina.

Miró hacia la puerta que se abría al fondo del pasillo. Necesitaba mantenerse lo más cerca posible de aquella puerta, en caso de que Paige lo

necesitara. Lentamente comenzó a retroceder hacia allí, hasta la última estantería de libros, la más próxima a la escalera trasera. Intentó esconderse detrás. En aquella posición estaba en desventaja. Como la estantería le protegía la parte derecha del cuerpo, y era diestro, tendría que disparar con la izquierda si no quería exponerse demasiado.

Se cambió la pistola de mano mientras ladeaba ligeramente la cabeza para asomarse al rellano. Oyó el crujido de una tabla en las escaleras y esperó, tenso.

Apareció una cabeza, pero... ¿quién era? No quería dejarse llevar por el pánico y disparar contra un inocente. Pero cuando la cabeza se volvió, Johnny pudo ver el aparatoso vendaje que le cubría la nariz. Era el mismo tipo corpulento que lo había atacado desde el principio.

Consciente de las escasas posibilidades que tenía de acertar, hizo fuego. Solo quería mantener a Paige a salvo y rescatar a Katie. No quería convertirse en un asesino.

El tipo fornido se agachó, disparando a su vez contra la estantería, muy cerca de Johnny. Una de las astillas que arrancó le arañó una mejilla. Sonaron más disparos.

Johnny volvió a empuñar la pistola con la derecha. No tenía otra opción. Estaba luchando por Katie, por Paige y por él mismo. Salió de su escondite y disparó. El agresor hizo fuego, y desapareció de repente de su vista.

Johnny se hizo un ovillo y continuó disparando. Perdió incluso la cuenta de las veces que lo hizo. El cargador tenía diez balas. Tenía otro más en el bolsillo. Confiaba en no tener que usarlo.

Un tiro le pasó muy cerca de la cabeza, y disparó de nuevo contra la escalera. Tenía que detener a esos hombres. Y tenía que seguir vivo, para salvar a Paige y a su hija.

Se preguntó dónde estaría el otro agresor, y si Paige se encontraría bien. El tipo fornido asomó la cabeza al nivel del rellano. Johnny hizo fuego, e inmediatamente oyó un gruñido de dolor.

La adrenalina circulaba a toda velocidad por sus venas. Había herido a ese tipo. ¿Lo habría matado? Esperó, sin que sucediera nada. Volvió la cabeza hacia la escalera trasera, escuchando. ¿Estaría su compañero rodeando la casa para acercarse por detrás?

Algo lo golpeó en aquel instante, haciéndole soltar el arma y arrancándole un grito. Oyó el disparo. Cayó hacia atrás viendo cómo su pistola resbalaba por el encerado suelo del rellano, hacia la barandilla. Se lanzó a por ella,

recogiéndola con ambas manos, aunque sentía un inmenso dolor en la derecha, como si alguien se la hubiera aplastado con una puerta.

Sobreponiéndose al dolor, agarró el arma y se concentró en las escaleras. Su cerebro se negaba a reconocer lo que su cuerpo ya sabía: que le habían disparado.

Vio asomarse de nuevo la cabeza del tipo fornido, e hizo fuego. Un grito resonó en el aire, seguido de un ruido sordo. Arrastrándose de nuevo hacia el precario refugio que le proporcionaba la estantería, se apoyó en la pared y esperó. En la escalera no se oía nada.

Se incorporó penosamente y se acercó. El tipo corpulento yacía en los escalones, con una herida en la cabeza. A Johnny se le aceleró el pulso mientras intentaba determinar si estaba muerto o herido...

De repente el hombre alzó su arma y disparó. Johnny se lanzó hacia atrás, advirtiéndole que había errado el tiro.

—¿Quién eres? ¿Te ha enviado Serena Yarbrough? —le preguntó, apuntándolo al pecho.

—Vete al infierno... —respondió mientras se esforzaba por levantarse. Resbaló con su propia sangre y cayó otra vez, maldiciendo entre dientes. Alzó de nuevo su pistola.

Volvió a fallar el tiro, que impactó en el techo. Johnny optó por dejarlo allí y se arrastró hasta la puerta que comunicaba con la escalera de servicio.

—Paige, soy yo —la avisó antes de entrar. Todo estaba a oscuras. Cerró los ojos con fuerza, intentando sobreponerse al dolor del brazo.

—¿Johnny? ¿Te encuentras bien? —le preguntó, aterrada—. He oído tantos tiros...

—Sí, estoy bien. Salgamos de aquí. El otro tipo tiene que andar por alguna parte...

Urgió a Paige a bajar las escaleras. Se le había acelerado el corazón y la cabeza había empezado a dolerle de nuevo. La oscuridad estaba ejerciendo en él su efecto acostumbrado. Sintió que se detenía de pronto.

—Déjame pasar primero —susurró. Con los ojos todavía cerrados, palpó el pestillo secreto. Lo empujó. Se abrió la puerta.

Salieron a una zona iluminada. Estaban dentro de un edificio medio excavado en tierra y adosado al principal: una especie de antiguo semisótano destinado a la servidumbre. Todo parecía desierto. Se cambió la pistola a la mano izquierda, notando con gesto ausente que casi no tenía sensibilidad en la derecha.

Se encontraban en una gran sala con dos filas de camas. Una cortina la dividía por la mitad, quizá una manera de separar el servicio femenino del masculino. A la luz del sol que entraba por las ventanas llenas de polvo, Paige descubrió que Johnny tenía empapada en sangre la manga derecha de la camisa.

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás herido!

Se inclinó para desgarrarle la manga, con intención de hacerle un torniquete.

—¡Déjalo! ¡Ahora no! —le espetó él.

—¡Pero te han disparado! ¡Tenemos que hacer algo!

—No tenemos tiempo, Paige. Vigila las ventanas.

Se disponía a atravesar la sala cuando un ruido lo hizo detenerse. Volvió sobre sus pasos y se apostó frente a la puerta que comunicaba con las escaleras.

—Sal de aquí, Paige.

—¡No!

De repente otro recuerdo afloró en su cerebro. Una vieja casa construida sobre pilotes. Los cachorros. Un lugar en el que era simplemente Johnny, y no el heredero de la fortuna de los Yarbrough.

—Sal por la puerta trasera del edificio y corre hacia el norte. Llegarás a una antigua casa, edificada sobre pilotes. Unos amigos míos viven allí. Si todavía están vivos, te ayudarán. El señor y la señora Woodrow. Diles que eres amiga de Johnny y que quieres ver los cachorros.

—¿Los cachorros?

Johnny asintió.

—Si les dices eso, sabrán que te he enviado yo.

—Herido como estás, no pienso dejarte solo —replicó, desafiante.

Justo en aquel instante se oyó un ruido en las escaleras. Alguien lo había seguido hasta allí. Paige agarró el bate con las dos manos, dispuesta a ayudar a Johnny.

De repente, oyó algo a su espalda. Se volvió a tiempo de ver una pierna enfundada en un pantalón caqui asomando por una de las ventanas. Alguien estaba entrando. Abrió la boca para alertar a Johnny, pero alguien intentó derribar la puerta con un fuerte golpe. Saltaron algunas astillas.

Johnny alzó la pistola y disparó contra la parte superior de la puerta, a modo de advertencia. Evidentemente, estaba ocupado.

Paige observó al hombre de la ventana. Había conseguido meter una

pierna, y en unos segundos estaría dentro. Si estaba armado, no durarían mucho. Se pegó a la pared, alzando el bate con las manos. No le gustaba lo que iba a hacer, pero estaba luchando por su vida, por la de Johnny... y, sobre todo, por la de Katie.

Esperó a que el hombre plantara los dos pies en el suelo. Cuando lo vio asomarse, lo golpeó con todas sus fuerzas en una rodilla. Un grito de dolor resonó en el aire.

Paige tomó impulso de nuevo, dispuesta a golpearlo por segunda vez, pero el primer golpe parecía haber bastado. El tipo se apresuró a salir por la ventana.

—¿Paige? —le preguntó Johnny, medio volviéndose hacia ella.

—Estoy bien. Me he deshecho del otro.

Pero la puerta estaba a punto de ceder. Johnny apuntó cuidadosamente al centro y disparó. Al otro lado se oyó un gruñido mezclado de dolor y sorpresa.

—Salgamos de aquí mientras podamos —le dijo a Paige.

Corrieron hasta el fondo de la sala, donde se abría una puerta exterior. Estaba cerrada. Maldiciendo entre dientes, Johnny le ordenó que se apartara y saltó la cerradura de un disparo. Salió primero él. Después de asegurarse de que no hubiera nadie, le hizo una seña de que lo siguiera.

Por el momento se habían librado de sus perseguidores. Johnny se detuvo de pronto, señalándole algo.

—Vete a casa de los Woodrow y espérame allí.

—¿Esperarte, dices? ¿Realmente esperas que te deje solo?

Johnny no pudo menos que esbozar una leve sonrisa.

—No, pero de todas formas quería intentarlo —se puso serio—. Escucha, Paige. Los dos correríamos un peligro aún mayor, y tú tienes que protegerte a ti misma por el bien de Katie.

—No, Johnny. Confío en ti —afirmó con tono rotundo mientras se tocaba el anillo, que jamás se había quitado.

No insistió más. Rodeando el edificio del servicio, la guio hasta el sendero de entrada, donde habían aparcado el coche. La camioneta blanca estaba justo detrás.

Paige corrió al coche mientras buscaba las llaves. Pero Johnny se dirigió hacia la camioneta.

—¿Qué vas a hacer?

—Ver si tienen algo que pueda servirnos.

Paige lo siguió, cautelosa. Antes de nada, Johnny decidió ocuparse de su herida. Se quitó la camisa, quedándose en camiseta, y se la entregó.

—Rasga la manga para hacerme un vendaje. Date prisa.

Intentó romperla, pero no pudo. Johnny sacó su navaja de bolsillo para que la cortara con ella.

—Más fuerte —gruñó cuando Paige hubo improvisado la venda—. Apriétala más.

—Johnny, esta herida es muy fea... Tienes que lavártela. Necesitas antiséptico y una venda de verdad...

Ignorándola, intentó abrir la puerta de la camioneta. Estaba abierta. Subieron los dos.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó ella.

—Esperaba que nos hubieran estado localizando desde la furgoneta, manejando un ordenador o algo así. Pero, al parecer, el sistema GPS está instalado en otra parte y estos tipos hacen simplemente lo que se les dice. Mira en la guantera, a ver si encontramos alguna identificación.

Paige abrió la guantera y rebuscó entre los papeles. Sacó dos objetos de plástico. Uno era una linterna, pero el otro...

—Johnny, es un teléfono móvil.

—Déjame verlo.

Paige le entregó el móvil y se concentró en examinar los papeles. Encontró una tarjeta de seguros.

—«Industrias Yarbrough» —leyó—. El seguro de esta camioneta está a nombre de Yarbrough.

Johnny asintió, tensando la mandíbula.

—Es lo que me figuraba. Guárdala. La necesitaremos —sostuvo el móvil con la mano izquierda, pulsando varios botones con el pulgar. El vendaje de la otra estaba ya completamente empapado de sangre.

—Tenemos que llevarte a un hospital. Estás perdiendo mucha sangre...

—Este móvil no tiene instalado un GPS. Es una suerte. Podremos llevárnoslo sin que nos sigan los pasos.

Paige miró el teléfono. Al otro lado de la línea estaba la mujer que había secuestrado a su hija.

—¿Puedes ver cuál ha sido la última llamada?

Se volvió hacia ella, mirándola con expresión triunfante.

—Sí. Y eso constituirá una prueba de peso para demostrar la culpabilidad de mi madrastra.



—¿Puede el teléfono decirnos... dónde está Katie?

—Lo dudo —contestó, apretando los labios—. Como mucho, podemos esperar que la compañía telefónica nos informe de la torre que fue utilizada para esa última llamada. Aun así, tendríamos una zona demasiado amplia que explorar.

—¿Qué podemos hacer entonces?

—Antes de acudir a la policía, nada.

Paige soltó un suspiro de frustración.

—¿Y si llamamos a Serena y le exigimos un encuentro?

—No podemos otorgarle esa ventaja. Tenemos que ir siempre un paso por delante de ella, y utilizar el elemento sorpresa.

Paige intentó disimular su decepción. Le había asegurado a Johnny que confiaba en él, pero... ¿confiaba realmente? Tenía que hacerlo. Era el padre de Katie. Sabía que haría lo indecible por su hija.

—¿Y bien? ¿Qué propones?

—Serena confía en que me presente en el lugar donde me tuvieron secuestrado. Y lo haré, pero no de la manera que ella espera.

—¿Qué quieres decir?

Vio que intentaba mover el brazo, esbozando una mueca de dolor.

—Continuaremos por la carretera de la costa, la del pantano. Quizá consiga localizar el antiguo almacén.

## 11

—Mira debajo de los asientos, y ahí detrás —le pidió Johnny—. A ver qué más podemos encontrar...

Paige buscó debajo del asiento del conductor. No encontró más que unas monedas y un par de bolsas que probablemente habrían contenido hamburguesas. De repente dio con un papel. Era una mapa de la desembocadura del Mississippi, doblado por una zona determinada.

—Es un plano. Parece como si hubieran estado buscando por la zona de la bahía de San Luis.

—La bahía de San Luis —Johnny repitió el nombre, como intentando recordar algo.

—Creo que está muy cerca de aquí. Oh, Johnny... Katie podría estar aquí al lado...

—Déjame ver el mapa —lo estudió durante varios segundos. De repente, levantó la cabeza—. Escucha. ¿No oyes una sirena?

—¿La policía?

—Probablemente algún vecino la avisó al oír los disparos. Vamos. Tenemos que salir de aquí —bajó de la camioneta—. Arranca el coche y da la vuelta —le ordenó.

Mientras Paige hacía la maniobra, Johnny disparó dos tiros contra las ruedas de la camioneta y cargó de nuevo la pistola. Después de descargar dos tiros más en el radiador, subió corriendo al coche.

—Vámonos.

Cuando salieron a la carretera 90, Paige distinguió a lo lejos las luces azules de los coches de policía.

—No aceleres. Conduce normalmente.

Asintió, agarrando con fuerza el volante.

—¿Qué haremos si nos detienen?

—No nos detendrán —repuso Johnny, confiado—. Y esos dos tipos se pasarán los próximos días respondiendo a todo tipo de preguntas. Cuando registre la camioneta, la policía descubrirá que están relacionados con Yarbrough.

Se relajaron tan pronto como los coches patrulla desaparecieron en la distancia. Al cabo de un rato, Paige miró a Johnny. Estaba estudiando el plano, terriblemente pálido.

Cuando alzó la mirada, volvió a ver en sus ojos la furia anterior.

—Siento haberos metido a Katie y a ti en este lío.

—Lo sé —volvió a concentrarse en la carretera—. Pero al menos descubrí que no habías muerto. A pesar de que... —«a pesar de que me amabas. A pesar de que me abandonaste» quiso decirle.

—Paige, te hice mucho daño, y lo siento de verdad. Ojalá pudiera explicarte por qué nunca volví para buscarte.

—A mí también me gustaría —repuso, sincera. Aquel hombre, aquel fuerte defensor al que sólo conocía de unos días había permanecido a su lado, pero... ¿dónde estaba el joven al que tanto había amado años atrás?

¿Se habría enfrentado con su padre? ¿O se habría replanteado su petición de matrimonio para volver a su regalada vida? Sacudió la cabeza.

—Tu padre debió de ser un hombre muy dominante, de carácter muy fuerte. Aquella última mañana, me dijiste que necesitabas prepararlo antes de presentármelo. Que hablarías con él y que volverías a buscarme al día siguiente.

En aquel instante Johnny estaba mirando por la ventanilla, absorto. Imágenes y recuerdos se sucedían demasiado rápidamente como para que pudiera aprehenderlos. La carta de su padre que había encontrado en el libro explicaba muchas cosas, pero no respondía a la pregunta fundamental de por qué había abandonado a Paige.

Detestaba la tristeza que traslucía su voz. Ansiaba acariciarla, prometerle que jamás la abandonaría de nuevo. Pero probablemente ella no lo creería. De repente se dio cuenta de que le había dicho algo.

—¿Perdón? ¿Qué estabas diciendo?

—Cuando te marchaste, me dijiste que tenías un coche, y que volverías en él a la casa de tu familia, en la costa.

—Un coche —susurró.

—Yo ni siquiera sabía que tenías coche. Me dijiste que era un Mustang Cobra.

Cerró los ojos. Una punzada de dolor le taladró las sienes mientras una avalancha de imágenes fragmentadas volvía a asaltarlo. Calles húmedas. Llovía. Una camioneta fuera de control. Algo plateado arrollándolo con la fuerza de un tren. Un tiempo sin significado mientras entraba y salía de la inconsciencia. ¿Qué era lo que estaba recordando? ¿Que había sufrido un accidente de tráfico? ¿Que había resultado herido? ¿Se debía quizá a ello la cicatriz que tenía en la cadera?

—¿Johnny?

La voz de Paige lo devolvió a la realidad.

—¿Sí?

—El brazo te está sangrando de nuevo. Voy a tener que parar para conseguirte antiséptico y vendas.

Johnny miró a su alrededor. Reconocía los alrededores de la bahía de San Luis. De pronto fue como si una compuerta se abriera de golpe en su cerebro. Sabía dónde estaba exactamente el antiguo almacén abandonado: en un extremo del pantano Lesgensfou.

—¡Para aquí! —buscó el mapa, frenético, mientras Paige aparcaba en la gasolinera más próxima.

Un plan estaba empezando a cobrar forma en su mente. Un plan construido a partir de sus recuerdos. Un plan para salvar a Katie y proteger a Paige al mismo tiempo.

Pero, para conseguir esos dos objetivos, tenía que mantenerla a ella al margen. No había otra solución. Le había asegurado que confiaba en él, ¿no? ¿Sería cierto? Pensó en su madre, embarazada y abandonada por un hombre casado, con familia. ¿Cómo podría aprender a confiar en él lo suficiente para amarlo? ¿O para convencerse de que jamás la abandonaría?

—¿Conoces esta gasolinera? ¿Estamos cerca?

La esperanzada voz de Katie le desgarró el corazón, haciéndolo dudar. Sacudió la cabeza, intentando concentrarse en sus recuerdos mientras examinaba el mapa. Tenía razón. La entrada al pantano Lesgensfou estaba a solo unos tres kilómetros al este, hacia Gulfport.

Desde la casa familiar, jamás había tenido ningún problema para llegar en bicicleta hasta allí. Hasta el antiguo almacén en el que tanto había jugado de niño. Donde Serena lo había mantenido cautivo.

Durante todo aquel tiempo había estado tan cerca de la casa de su padre... Aquella conciencia había constituido una tortura añadida. Y, ahora, su madrastra estaba reteniendo a su hija en aquel mismo lugar, tentándolo, provocándolo. Estaba seguro de ello. Sabía lo que tenía que hacer.

Solo esperaba que tuviera el coraje necesario para ello.

—¿Johnny? ¿Por qué nos hemos detenido aquí? ¿Has reconocido algo en el plano?

—Ve al servicio, Paige. Todavía nos queda mucho camino por delante —mintió.

—Quiero comprar algo para hacerte una cura de urgencia en el brazo.

Johnny asintió, evitando su mirada. La preocupación que le demostraba

debilitaba su decisión.

—De acuerdo. Pero date prisa. Voy a poner un poco de gasolina. ¿Tienes un lápiz o un bolígrafo?

—Sí. ¿Qué vas a hacer?

—Pintar nuestra ruta en el mapa. También necesitaré las llaves. Para abrir el depósito.

Mientras ella se las entregaba, Johnny le retuvo por un instante la mano. Ansiaba poder explicarle lo que estaba a punto de hacer. Ojalá lo comprendiera.

Paige esbozó una trémula sonrisa. A punto estuvo aquella sonrisa de hacerlo cambiar de idea. Tenía tan pocas cosas por las que sonreír... y todo era culpa suya. Se inclinó para darle un rápido beso en los labios.

—Eres tan hermosa... —susurró—. Por dentro y por fuera.

—¿Sabes, Johnny? Creo que todavía no te he dado las gracias.

—No me debes nada.

—Claro que sí —replicó ella—. Me has dado esperanza. Me has protegido. Me has ayudado sin saber siquiera quién eras. Sin saber a ciencia cierta si te estaba diciendo la verdad acerca de nuestra hija.

—Y tú me encontraste.

—Dime que la salvaremos, Johnny —le temblaban los labios, pero en su voz latía una férrea determinación.

Lo maravillaba el coraje de Paige. Le dolía el corazón de miedo, de angustia. Le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Te prometo que moriré antes de permitir que Katie o tú sufráis algún daño —y le besó la palma.

Sabía que era la promesa más sincera y solemne que le había hecho a nadie. Rezó para que pudiera cumplirla. No quería morir. Desear pasar el resto de su vida con Paige y con su hija.

Paige estaba profundamente conmovida. Anhelaba lanzarse a sus brazos, fundirse con él, olvidar aquella pesadilla aunque solo fuera por unos minutos. Pero Katie los necesitaba.

—Ahora vuelvo.

Johnny asintió con la cabeza, sin mirarla.

Minutos después, cuando salió de los servicios, ya no estaba. Se quedó mirando el espacio vacío donde había estado aparcado el coche, incapaz de dar crédito a sus ojos. Se había ido.

Miró a su alrededor. Quizá se había trasladado a la otra parte de la

gasolinera. Corrió hacia allí. Tampoco estaba. Johnny la había abandonado... otra vez. Se llevó las manos a la boca. ¿Por qué? Quería gritar con todas sus fuerzas...

¿Por qué? ¿Por qué habría de abandonarla ahora? La angustia la barrió como una marea. ¿Habría ido a buscar a Katie... solo? Le había pedido antes que se quedara atrás, que no se expusiera. Quizá simplemente había querido protegerla.

Pero la advertencia de su madre volvió a resonar en su cerebro: «No se puede confiar en los hombres. Está en su naturaleza». Y Johnny ya la había dejado una vez antes.

—¿Señora?

Se volvió para descubrir al empleado que le había vendido el antiséptico y los vendajes. Estaba en la puerta de la tienda. Corrió hacia él.

—¿Ha visto al hombre del Plymouth azul? ¿Se ha fijado adónde se dirigía?

—Me encargó que le entregara esto. Tenía mucha prisa, y me hizo prometer que se lo daría.

Era el plano. Seguía doblado de la misma forma. En una esquina había señalado algo con un círculo y una cruz. Leyó el mensaje que le había garabateado:

*Paige, tienes que permanecer a salvo, por el bien de Katie. Espérame en la gasolinera. Si no vuelvo con Katie en una hora, llama a la policía. Enséñales el plano y dales el teléfono móvil y la tarjeta del seguro que encontramos en la camioneta, para que los guarden como evidencias. He marcado el almacén en el mapa. Confía en mí.*

Que confiara en él. Ella le había asegurado que confiaba en él. Y así era. Sabía que Johnny le había dicho la verdad cuando le prometió que sería capaz de morir con tal de salvar a su hija. Pero... ¿qué haría si eso llegaba a suceder?

—No.

—¿Señora? ¿Ha dicho usted algo?

—No, nada —le enseñó el mapa—. ¿Sabría decirme qué zona es esta que está marcada?

El hombre se inclinó para examinar el plano.

—Es el pantano Lesgensfou, «El Pantano de los Locos». Está a unos tres

kilómetros de la carretera.

—¿Y esta carretera de aquí —señaló una línea— ... lleva hasta allá?

—Sí. Esa finca pertenecía a los Yarbrough, de cuando todavía tenían un pequeño astillero y comerciaban con marisco y grano. La carretera todavía existe. Del antiguo almacén no sé si queda ya algo.

—¿Podría usted llamar a un taxi?

—Bueno, su novio me pidió que me asegurase de que no se marchara...

—¿Y cómo se propone hacerlo? —le preguntó, desafiante.

El hombre alzó las manos.

—Hey, no tengo intención de meterme en medio de una disputa conyugal. Solo le estaba transmitiendo lo que él me había dicho.

Paige esperó, impaciente.

—De acuerdo, de acuerdo... —descolgó el teléfono de pared y marcó un número.

Paige dobló el plano y se lo guardó en el bolsillo donde llevaba el móvil y la tarjeta del seguro. Llamaría a la policía. Pero ya le había dejado advertido a Johnny que no pensaba esperar sentada mientras su hija se encontraba en peligro.

Y había hablado en serio.

Johnny evocó, mientras conducía, las historias de terror que la cocinera de su familia solía contarle acerca del pantano Lesgensfou. Años atrás, en el lugar donde se levantaba el almacén, había vivido una hechicera vudú.

Según la leyenda, las criaturas que aquella bruja había levantado de sus tumbas todavía rondaban el bosque de cipreses, como almas en pena. Johnny siempre se había reído de esas historias, pero, secretamente, había ansiado ver a un zombi. Por eso se había escapado tantas veces de su casa en medio de la noche para acercarse al pantano, que lindaba con la finca Yarbrough. En parte por curiosidad y en parte para demostrarse a sí mismo que lo que su madrastra le decía a su padre no era cierto. Que no era un niño «débil» y «flojo» solo porque le gustase tanto dibujar.

Había pasado muchas horas explorando en soledad aquel abandonado almacén. En aquel momento, mientras se acercaba al edificio, el corazón se le aceleró al recordar el miedo que había pasado allí.

Un poco más adelante la carretera giraba bruscamente a la izquierda. Justo detrás de aquella curva estaba el almacén. Si no se había equivocado con el ruido de fondo que había escuchado en las conversaciones grabadas por Paige, allí era donde Serena tenía encerrada a Katie.

La oleada de furia que había experimentado antes lo asaltó de nuevo. Le había asegurado a Paige que no consentiría que su madrastra le hiciera daño alguno a Katie. Desgraciadamente, ni siquiera él mismo tenía esa seguridad.

Si había sometido a su hija tan solo a una milésima parte del terror que él había padecido... Se preguntó cuántos años tendría que pasar en prisión si llegaba a matar a Serena con sus propias manos...

Aparcó detrás de un grupo de árboles. Había tanto barro que las ruedas se hundían hasta la mitad, pero optó por continuar a pie. Podría haber centinelas custodiando el almacén. Se abrió paso entre los arbustos y cañas que crecían al borde del pantano, disimulándose entre las sombras.

Allí estaba. Un viejo y destartado caserón de madera, con el tejado de chapa. La sola vista le quitaba el aliento. En ese lugar lo habían tenido encerrado. A duras penas logró dominar una náusea.

Agachado detrás de un gigantesco ciprés, observó detenidamente el almacén. La puerta principal daba a un pequeño muelle, donde ataño solían descargar los botes de pesca y otras embarcaciones. Al otro lado estaban los raíles que entraban dentro del edificio, para cargar directamente las



mercancías en los vagones de tren, rumbo al mercado.

Había numerosas huellas de coches en la explanada llena de barro que se abría delante, lo cual hablaba de una gran actividad reciente. Había, sin embargo, un único vehículo aparcado: una vieja camioneta abierta. ¿Querría eso decir que solo había una persona vigilando a Kaytie? Se arrastró hacia el lado este del edificio. Sabía que allí había una escalera que llevaba a una ventana, casi una gatera, justo encima de los estantes de almacenamiento más altos.

La escalera era de hierro, y estaba oxidada. Mientras ascendía por ella, rezó para que no cediese bajo su peso. El interior del almacén estaba oscuro como una tumba. Aspirando profundamente varias veces para tranquilizarse, se apoyó en el alféizar y se deslizó dentro. A ciegas, procuró buscar algún apoyo con los pies. El brazo derecho le dolía terriblemente.

Finalmente tocó algo y se dejó caer, sin saber dónde. A punto estuvo de resbalar. Sin ver nada, se agarró a algo para sostenerse. Era una cañería. Lo había conseguido: estaba dentro, encima de una pasarela. Apenas unos pocos rayos de luz penetraban a través de las altas ventanas del edificio, cubiertas de polvo. Hacía un calor sofocante. El olor del marisco y del pescado podrido se mezclaba con el del moho, formando una nauseabunda capa de niebla. Esforzándose por dominar la sensación de claustrofobia, cerró los ojos. Podía oír el ulular del viento y aquel particular chirrido que hacía el agua al arrastrar los mamparos de madera sobre los raíles.

Con el estómago encogido, experimentó de pronto una extraña mezcla de horror y de alivio. Había aprendido a odiar aquel ruido durante las semanas que estuvo encerrado allí. Y, sin embargo, se alegraba de oírlo. Cada vez que se despertaba, era el primer sonido que esperaba escuchar, porque mientras pudiera escucharlo, sabía que seguía estando en el mismo lugar... y que seguía vivo. Inconscientemente, aquel ruido había quedado asociado para siempre con su propia supervivencia.

Enjugándose el sudor de la frente, se esforzó por sobreponerse al pánico. Mientras esperaba a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad, de repente escuchó un sonido distinto: el de un fósforo al ser frotado contra un metal. Había alguien en el almacén.

En el otro extremo del edificio, cerca de una puerta lateral, distinguió el resplandor de una pequeña llama. El círculo de luz iluminó el rostro del hombre que se inclinó para encender un cigarrillo.

Johnny no lo reconoció. Con el cigarrillo en la boca, el hombre acercó el

fósforo todavía encendido a una caja metálica que había en la pared y tiró de una palanca. De repente la habitación se iluminó.

Se dejó caer sigilosamente en el suelo de la pasarela, escondiéndose. Luego, alzó la cabeza apenas lo suficiente para barrer el interior del edificio de un solo vistazo. Su mirada tropezó con el cajón de embalaje donde lo habían mantenido encerrado. La vista de aquella odiosa caja lo dejó de nuevo sin aliento.

Se obligó a concentrarse en el hombre, que en aquel instante llevaba una caja de pizza en las manos. Se dirigió directamente hacia el viejo vagón de tren que se levantaba en medio del edificio, sobre los raíles. Tras girar una manivela, abrió la pesada puerta.

—Hola, Katie. Otra vez pizza. ¿Tienes agua suficiente?

Johnny habría dado cualquier cosa con tal de asomarse al interior del vagón. Pero para eso habría tenido que moverse, delatando su presencia.

—¿Has visto ya las películas que te traje? Bueno, aquí tienes un par de cuentos, por si te cansas de tantos vídeos. Volveré esta noche, ¿de acuerdo? Si necesitas cualquier cosa, pega un grito.

Johnny escuchó una vocecita, pero no pudo entender las palabras. El corazón le dio un vuelco en el pecho. Aquella era la voz de su hija.

—Lo sé. Mañana intentaré sacarte un rato, pero hoy no puedo. Ella vendrá después, y no queremos que nos descubran, ¿verdad? —el hombre cerró la puerta y giró de nuevo la manivela. Luego, se sentó ante una mesa, suspirando, sacó una gastada novela y se puso a leer.

Johnny se sintió absurdamente agradecido hacia aquel hombre. Evidentemente se preocupaba por Katie, y se esforzaba por proporcionarle las mayores comodidades. Incluso la dejaba salir del vagón, siempre que podía.

Así que Serena estaba a punto de aparecer... Tal vez se encontrara con una buena sorpresa esperándola. Pero primero tenía que rescatar a Katie.

No tardó mucho tiempo el hombre en empezar a dormir, dando cabezadas sobre el libro. Tan pronto como escuchó sus ronquidos, Johnny volvió a salir sigilosamente por la ventana y bajó rápidamente por la escalera.

Mientras esperaba a que el centinela se quedara dormido, había dispuesto de tiempo suficiente para pensar en un plan. Tenía todo lo necesario para rescatar a Katie. Pero para ello tendría que desplegar toda su audacia.

Durante su adolescencia, aquel viejo vagón de tren había constituido su escondite secreto. En aquel entonces todavía no había sido lo suficientemente fuerte para abrir la pesada puerta de metal, por lo que había tenido que

ingeniárselas para acceder por otra vía. Por abajo. Desde el interior.

Había perdido la cuenta de todas las veces que se había zambullido bajo el embarcadero, entre los pilotes sobre los que se levantaba la fachada del almacén, para terminar entrando en el vagón por la trampilla que se abría en el suelo.

Durante unos minutos permaneció de pie en el pequeño muelle, con la mirada clavada en el agua, mientras el antiguo terror volvía a anegarlo por dentro. ¿Podría hacerlo? ¿Podría aguantar bajo aquellas negras aguas el tiempo suficiente para poder acceder al vagón desde su interior? Sobreponiéndose a su fobia, se agachó para descalzarse. Guardó la pistola dentro de un zapato y lo escondió en una esquina del edificio. Aspiró profundamente varias veces. Finalmente, se zambulló en las cenagosas aguas.

Nadó todo lo lejos que pudo por debajo del embarcadero, con la cabeza fuera del agua... hasta que tropezó con una pared. Se detuvo. Tendría que sumergirse debajo y bucear durante el resto del camino. Se lo sabía de memoria, pero no pudo evitar una punzada de pánico. El simple hecho de pensar en el agua cerrándose sobre su cabeza le provocaba náuseas, lo ponía físicamente enfermo.

Pero tenía que hacer aquello por su hija. La niña que había engendrado y que todavía no conocía, pero a la que amaba más que a su propia vida. Lo haría, aunque tuviera que morir en el empeño. Tomó aire y se sumergió en la negra pesadilla de la que había emergido tres años antes... sin ningún recuerdo.

—Ya está, señora —pronunció el taxista.

—Pero si apenas estamos a cien metros de la carretera... —protestó Paige.

—Ya se lo dije, señora. Hasta aquí llego. Ni un metro más. Si de verdad quiere ir a ese maldito lugar, tendrá que hacerlo sola. No cuente conmigo.

—Yo también le dije antes que le daría mucho más dinero si me llevaba hasta allí.

El hombre sacudió la cabeza, maravillado.

—¿Acaso no lo entiende? No puedo ir más lejos. Se lo había avisado.

Paige le pagó, suspirando. Tenía razón. Estaba avisada. Tan pronto como bajó del taxi, el hombre metió la marcha atrás y volvió a la carretera.

Johnny le había pedido que esperara una hora antes de llamar a la policía.

Miró el reloj digital de su móvil. Solo habían transcurrido treinta minutos. ¿Le bastaría una hora a Johnny para asegurarse de que Katie estuviera a salvo? ¿No sería demasiado tiempo? ¿Correría peligro de que lo capturaran si ella se retrasaba?

—Maldito seas, Johnny. ¿Por qué no me has esperado?

Ante ella, la carretera desaparecía entre la maleza. Bajó la mirada al suelo, a las huellas que todavía podían verse en el barro. ¿Serían las del coche de Johnny? Empezó a andar, esperando haber tomado la decisión más adecuada.

Estaba rodeado de una absoluta oscuridad. Se impulsaba con los brazos y las piernas, pero no podía saber si estaba avanzando o no. El agua lo envolvía como un sudario, estorbando sus movimientos, enredándose en sus ropas.

Siguió nadando.

Rozó con una mano una estaca cubierta de barro y de pronto se desorientó. Confundido, se giró en el agua. ¿Por qué camino había venido? ¿Hacia dónde se dirigía? Los pulmones empezaban a arderle.

De repente, una sombra negra, más oscura que el agua, apareció frente a él. Nadó hacia allí, esperanzado. Conforme se fue acercando, descubrió que estaba justo debajo, así que se impulsó hacia arriba. Justo cuando creía que ya no podría aguantar más, sacó una mano del agua y tocó algo sólido.

Por fin emergió. Sentía náuseas por el agua sucia que había tragado, pero procuró no toser; se llevó una mano a la boca, para ahogar el sonido. Si lo capturaban ahora, tanto Katie como él perecerían... Echándose el pelo hacia atrás, intentó orientarse. Había menos de medio metro de distancia entre el nivel del agua y el suelo que tenía encima.

¿Suelo? ¿Sería ese el suelo del almacén? Miró a su alrededor, aterrado, buscando un punto de luz en alguna parte, donde fuera...

Entonces lo vio. Apenas era una rendija. Nadó hacia allí, consciente de lo mucho que le temblaban los brazos y las piernas. La luz resultó ser un agujero cuadrado en el suelo. A ambos lados pudo distinguir los raíles. Y allí, en el centro del vagón, estaba la trampilla que recordaba. Sintió un inmenso alivio.

Ahora venía la parte más difícil. ¿Conseguiría abrir la trampilla y auparse dentro sin asustar a Katie? Tenía que intentarlo.

Empujó la trampilla, que se alzó sin un sonido. Continuó empujándola

lentamente, con el agua resbalándole por los ojos. Hasta que la vio.

Estaba sentada en un catre, con un cuento en las manos, vestida con una camiseta de Los Santos de Nueva Orleans y unos vaqueros azules. Solo llevaba un calcetín. Sus pequeños deportivos estaban cuidadosamente colocados debajo del camastro.

Envolviéndose en su inseparable mantón azul, lo miró asustada, con los ojos muy abiertos.

—Hola, Katie —la saludó Johnny en un susurro.

La niña desvió la mirada hacia la puerta que se abría detrás de él. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Evidentemente, estaba aterrada.

Johnny ansiaba abrir del todo la trampa y agarrarla, pero se contuvo con un gran esfuerzo. No quería que le tuviera miedo. Tenía que ganarse su confianza.

—¿Puedo entrar un momento? Estoy todo mojado —siseó, sin mover un músculo.

Katie se hizo un ovillo, aferrándose a las puntas de su mantón. Johnny le sonrió, rezando para que no pareciera en aquel momento una especie de monstruo marino...

—Soy amigo de tu mamá.

—¿Mi mamá? —inquirió, frunciendo el ceño—. ¿Va a venir mami?

—No, pero si me dejas entrar, yo podré llevarte con ella.

—¿Eres un malo?

Johnny negó con la cabeza, muy serio.

—No, Katie. Soy de los buenos. He venido a rescatarte.

La niña lo miró en silencio por un momento.

—Los malos me encerraron aquí.

—Ya lo sabía. ¿Estás lista para que te rescaten?

Continuó observándolo, sin pestañear. Johnny ni siquiera se atrevía a respirar.

—De acuerdo.

Debilitado de puro alivio, Johnny se aupó al vagón sin dejar de mirarla.

—Hola, Katie. Me llamo Johnny —se acuclilló frente al catre, tendiéndole la mano.

No podía apartar los ojos de ella. Era su hija. Su pequeña. Un milagro viviente, testimonio vivo de la belleza, la valentía y la determinación de Paige.

Katie no se atrevió a estrecharle la mano. En lugar de ello, se envolvió

todo lo que pudo en su mantón, mirándolo de hito en hito.

—Das miedo —le comentó con voz temblorosa.

—Ya lo sé, Katie. Pero tu mamá me envió a buscarte —pronunció, emocionado—. ¿Quieres que te enseñe algo que me dio tu mamá?

La niña no respondió. Irguiéndose, Johnny se llevó una mano a un bolsillo de los vaqueros. Con infinito cuidado sacó la empapada fotografía de Katie que Paige le había regalado, y la dejó sobre el camastro, junto a ella.

—¿Lo ves? Me dio la foto para que supieras que soy amigo tuyo, y me dejaras rescatarte de los malos.

Katie contempló la foto sin moverse.

—Es la que mamá lleva siempre en su cartera.

—Así es.

—¿Por qué no ha venido ella a buscarme? —le preguntó con voz llorosa.

—Ahora mismo está llamando a la policía para capturar a los malos. Pero yo he venido aquí para llevarte con ella. ¿Querrás venir conmigo?

Le tendió los brazos, sin saber realmente si la niña se atrevería a confiar en él. Ciertamente, era la hija de su madre. Al parecer, tenía que examinar concienzudamente todas sus opciones antes de tomar una decisión.

—¿Me llevarás con mi mamá? —inquirió en voz baja.

—Lo haré, Katie. Te lo prometo.

La niña se lanzó entonces a sus brazos con una confianza que lo dejó conmovido. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras la abrazaba. Una inmensa ternura lo barrió por dentro. Aquella niña era suya, y él era su padre. Ya no era Jay Wellcome. Ya no era cualquiera. Era padre, amante, hijo. Era John Andrew Yarbrough, y la vida de su hija dependía ahora de él.

—Escúchame, Katie. Tenemos que conseguir salir de aquí. Eres una niña valiente, ¿verdad?

—Eso dice mi mamá.

—Claro que sí —la abrazó con fuerza—. ¿Sabes nadar?

—El año pasado aprendí en un curso.

—¿Qué tal contiene la respiración? ¿Se te da bien?

—Por supuesto. Esa era la primera lección de todas.

—Estupendo. Porque vamos a tener que salir nadando bajo el agua y conteniendo la respiración.

—Podré hacerlo.

—Ahora presta atención, Katie. A mí me da mucho miedo el agua —susurró—. ¿Podrás agarrarme fuerte para que no me asuste? —al ver que

asentía con la cabeza, añadió—: ¿Y no me soltarás por nada del mundo? ¿Te agarrarás a mi cuello para que no me hunda hasta que volvamos a salir a la superficie?

La niña volvió a asentir, confiada.

—Enséñame cómo contienes la respiración.

Katie aspiró profundamente y retuvo al aire, mientras seguía abrazada a Johnny. Mirándola, se le saltaron de nuevo las lágrimas.

—Muy bien, Katie. ¿Estás lista?

—Sí.

—Eres muy, pero que muy valiente. Como tu mamá. Mucho más que yo. Ahora vamos a meternos en el agua sin hacer ruido. Luego, tomaremos aire, meteremos la cabeza bajo el agua y no la soltaremos hasta que contemos hasta veintisiete. ¿Sabes contar hasta veintisiete?

—Sí —rio, nerviosa.

—Tienes que contar despacio. Y no me sueltes por nada del mundo — después de besarla en el pelo, abrió la trampilla y la ayudó a meterse en el agua—. Lo estás haciendo muy bien. Aspira el aire dos veces seguidas, y a la tercera nos hundiremos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No te preocupes. No te soltaré.

A la tercera aspiración, se sumergieron. Johnny nadó furiosamente, sintiendo en todo momento los bracitos de Katie en torno a su cuello, hasta que distinguió un leve resplandor. Se dirigió hacia allí. Para su asombro, ya habían salido fuera del edificio.

Emergieron al pie del muelle. Cuando miró a su hija, vio que todavía seguía conteniendo el aliento, con los ojos cerrados.

—Ya puedes respirar, Katie, pero no hagas ruido, ¿de acuerdo? — susurró.

—Solo he llegado hasta dieciocho —repuso la niña, apartándose el pelo de la cara.

Johnny se echó a reír, abrazándola.

—¿Tan despacio has contado? A mí se me ha hecho mucho más largo. Como si hubiera contado hasta cien. Ahora, voy a llevarte al lugar donde tu mamá nos está esperando.

Miró a su alrededor: nada parecía haber cambiado. El sol apenas había descendido sobre el horizonte, lo que significaba que apenas debía de haber tardado unos quince minutos en rescatar a su hija. Tenía la impresión de que había transcurrido una eternidad. Salieron del agua.

Después de recuperar su arma y de calzarse, alzó de nuevo en brazos a Katie.

—¿Dónde está mamá? —le preguntó con voz temblorosa.

—La veremos muy pronto —respondió, besándola en una mejilla.

Empezó a abrirse paso entre la maleza, en dirección a la finca Yarbrough, hacia la carretera. Fue entonces cuando se acordó del matrimonio Woodrow. Si dejaba a Katie a su cuidado, aún tendría tiempo de prepararle una sorpresa a su madrastra.

—¿Sabes una cosa, Katie? Conozco una señora muy buena que vive aquí cerca. Cuando era pequeño me daba de merendar y me dejaba jugar con sus cachorros. Quizá todavía tenga algunos...

—¿Cachorros? —repitió, interesada.

—Sí. Y apuesto a que te dejará jugar con ellos mientras yo voy a buscar a tu madre.

Se desvió en dirección Este, siguiendo toda la ribera del pantano hasta llegar a la casa de los señores Woodrow. Entró en el porche y llamó a la puerta.

Una mujer menuda, de cabello gris, no tardó en aparecer en el umbral.

—¿Quién es? —inquirió, mirándolo asombrada—. ¿Es posible? Dichosos los ojos, si es el pequeño Johnny... Entra, *chèr*. Creíamos que estabas muerto.

—Por suerte no lo estoy, señora Woodrow —sonrió—. Por pura suerte.



Paige se asomó al interior del coche de alquiler, con el pulso atronándole en los oídos. Había sido una temeridad acercarse hasta allí, pero afortunadamente no había pasado nada. Estaba vacío.

Miró el reloj digital del teléfono móvil. Cuarenta minutos habían transcurrido desde que se marchó Johnny. No le importaba que todavía no hubiese pasado una hora. De todas formas, llamaría a la policía.

Ignoraba si Johnny había decidido hacer el resto del camino a pie, o si algo lo había obligado a abandonar el coche. Rezó para que se encontrara bien. Aunque seguía furiosa por haberla abandonado en la gasolinera, lo amaba. Lo amaba por su valentía al arriesgar su vida por una niña, su hija, a la que todavía no conocía. Una valentía de la que había carecido años atrás.

Y, sin embargo, quizá jamás había dejado de amarlo. Ni siquiera después de su supuesta muerte. Ojalá hubiera sido lo bastante valiente como para haberse enfrentado a su padre y a su madrastra. ¡Qué diferentes habrían sido las cosas si se hubiera atrevido a hacerlo!

En cualquier caso, ella no se arrepentía de nada. Había aprendido a sobrevivir, a ser fuerte... por Katie. No, no lamentaba nada.

Y ahora Johnny estaba arriesgando su vida para salvar a su hija. Tenía que ayudarlo. Con dedos temblorosos, marcó el número de la policía en el móvil. Cuando le respondieron, no pudo evitar balbucear, preguntándose cómo podría describirles una situación tan compleja.

—¿Es una emergencia? —quiso saber el agente.

—Sí, mi hija ha sido secuestrada.

—Dígame su nombre, por favor.

—Paige Reynolds. Mi hija se llama Katie. Su padre es John Andrew Yarbrough. Ha ido a rescatarla, pero necesitábamos llamar a la policía...

—¿Dónde se encuentra usted exactamente, señora?

Paige oyó entonces el ruido de un coche a su espalda. Se volvió. Era una camioneta. Procuró esconderse detrás del coche de alquiler.

—El pantano Lesgensfou —se apresuró a responder—. El antiguo almacén —vio que la camioneta se estaba acercando cada vez más—. Por favor, deprisa... ya están aquí.

—Señora, necesito que siga manteniéndose al habla.

—¡Es que ya están aquí! Dejaré el teléfono encendido. Por favor, envíe un coche patrulla al antiguo almacén del pantano Lesgensfou. Allí es donde

tienen a mi hija.

—Espere, señora...

Paige lanzó el teléfono a los arbustos justo en el instante en que se detenía la camioneta. Ya habían visto el coche, y no tardarían en descubrirla.

Echó a correr, sabiendo que no le serviría de nada. De todas formas, quizá podría alejarlos del almacén, y ganar algo de tiempo antes de que llegara la policía...

La camioneta salió en su persecución. Paige corrió todo lo que pudo, internándose en la maleza. Pero el vehículo la adelantó y un hombre bajó de un salto, esgrimiendo una escopeta.

—Yo que tú no seguiría corriendo —pronunció con voz nasal.

Se detuvo, alzando las manos, jadeando.

—¿Por qué no damos un paseo los dos? Mi hermanita nos seguirá en el coche.

Enjugándose el sudor de la frente, Paige intentó distinguir al conductor de la camioneta. ¿Estaría Serena sentada al volante?

—Vamos —le ordenó el hombre, cansado de esperar, impidiéndole volverse.

—De acuerdo.

Echó a andar hacia la casa, con Serena siguiéndolos en el vehículo. Cuando distinguió el viejo y destartado edificio, casi soltó un grito de horror y de alivio. Aquel era el almacén que Johnny había recordado. ¡Katie estaba allí!

¿Habría tenido tiempo Johnny de encontrarla? ¿Estarían aún dentro?

—¿Qué es lo que pretende? —le preguntó al hombre—. ¿Qué edificio es este?

—No te hagas la estúpida. Sabes perfectamente que tu hija está aquí. ¿No es por eso por lo que has venido?

Sintió el cañón de la escopeta presionando contra su espalda. Continuó andando.

La camioneta se detuvo y Paige oyó un portazo. Era Serena, con su característico mechón blanco. Sus altos tacones resonaron en el suelo cubierto de veneras secas.

—Hola, Paige —la saludó, sonriente.

—¡Tú! —exclamó, presa de un violento ataque de furia. Por un instante pensó en abalanzarse sobre ella, pero sabía que ni siquiera llegaría a dar dos pasos antes de que el hombre le disparara. Así que se limitó a fulminar con la

mirada a la mujer que había intentado asesinar a Johnny dos veces, y que en aquel momento mantenía prisionera a su hija.

—¿Dónde está mi hijastro? —le preguntó Serena, acercándose.

Paige alzó la barbilla.

—¿Dónde está mi hija?

—Leonard.

El hombre la agarró entonces de un brazo.

—Mi hermana te ha hecho una pregunta —masculló mientras empezaba a retorcérselo.

—No sé... —murmuró. Apenas podía respirar por el dolor— dónde está. Me ha dejado tirada...

—Mientes.

Leonard continuó retorciéndole el brazo. Paige no pudo contener un grito.

—Mi hija... —exclamó, sintiendo que algo se le rompía por dentro. Debía de haberle dislocado un hombro—. ¡Quiero verla... ahora!

—¿Quieres ver a tu hija? Leonard, dejemos que la vea. Todos juntos esperaremos allí a Johnny. Porque, digas lo que digas, Paige, yo conozco bien a mi hijastro. Vendrá. De hecho... ¿no estarás jugando por causalidad a hacer de cebo? Tengo la impresión de que pretendes distraernos mientras él se escurre hasta aquí. Pero estaremos preparados para recibirlo como se merece —sacudió la cabeza, fingiendo una expresión pesadosa—. Siempre fue demasiado blando, demasiado sentimental. Se tomará como una cuestión de honor protegerte a ti y a su hija.

Leonard empujó a Paige hacia la puerta lateral del almacén. Luego, llamó con la culata de la escopeta.

La puerta se abrió pesadamente, y un hombre alto, con un cigarrillo bailando en los labios, apareció en el umbral. También iba armado.

—Sal un rato, Martin. Y vigila los alrededores —le ordenó Leonard mientras hacía entrar a Paige en el edificio—. Esperamos que Johnny aparezca en cualquier momento. ¿Llevas tu móvil? Llámanos cuando lo veas, y asegúrate de que no nos descubra. Cuando intente acercarse, caeremos sobre él. Le tendremos preparada una bonita fiesta de bienvenida.

Paige miró a su alrededor. Había un antiguo vagón de tren estacionado en el centro, rodeado de leña y de basura. El olor era nauseabundo. A un lado descubrió un cajón de embalaje. Lo contempló con fascinado horror: allí era donde habían tenido encerrado a Johnny.

—¿Dónde está mi hija? —gritó—. ¡Katie!

—Te reunirás muy pronto con ella —le dijo Serena—. Para toda la eternidad. En cuando venga Johnny. Por cierto, lo de tirar el móvil fue una estupidez. Estuvo a punto de costarle la vida a tu hija...

—¿Qué clase de monstruo eres tú? —se encaró con ella, fuera de sí—. Tú también eres madre, ¿no? ¿Cómo puedes hablar de matar a mi pequeña con tanta frialdad cuando tú también tienes un hijo?

—Deja a mi hijo fuera de esto, ¿quieres? Y ahora, ¿dónde está Johnny?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—Supongo que lo he sobrestimado demasiado. No puedo creer que haya tardado tanto en descubrir que tenemos a su hija en el mismo lugar donde lo tuvimos encerrado a él.

Paige recordó la descripción que le había hecho Johnny de su encierro. Las paredes de madera, los sonidos, la oscuridad. Sobre todo, la oscuridad.

—¡Katie! —chilló, echando a correr hacia el cajón—. ¡Katie! ¡Contéstame!

Leonard se apresuró a sujetarla. Paige le soltó una patada a ciegas, y se vio recompensada al oír un grito de dolor.

—¡Saca a mi hija de aquí!

Serena se echó a reír.

—Pero si no está en ese repugnante cajón... Yo jamás le haría eso a un niño. Además, todavía se lo reservo a mi hijastro. Leonard, deja que la pobre Paige vea de una vez a su hija. Así podrán tener un pequeño encuentro familiar antes de que aparezca Johnny.

Leonard la agarró con fuerza, arrastrándola hasta la puerta del vagón. Luego, con una mano, giró la manivela para abrir la puerta.

Paige contuvo el aliento, con el corazón acelerado, ansiando abrazar a su hija. ¡Gracias a Dios! Katie estaba al otro lado de aquella puerta...

—Hola, Serena.

¡Era Johnny! Estaba en el umbral, empapado de barro y agua, como una fantasmal criatura del pantano, encañonando a Serena con su pistola.

Paige se preguntó si no estaría viendo visiones... ¿Dónde estaba Katie? Le fallaron las piernas, y de pronto lo vio todo negro. Luchando por mantener la consciencia, cayó desmayada al suelo.

Johnny permaneció de pie, con el arma levantada. Era consciente del cuerpo inerte de Paige a sus pies, pero su atención estaba concentrada en la escopeta de Leonard. Aprovechándose de su estupor, lo derribó de una patada. El hombre se golpeó la cabeza contra uno de los raíles, soltando el

arma.

Sin perder un segundo, alejó la escopeta con el pie.

—¡Johnny! ¡Cuidado!

La voz de Paige, que ya se había recuperado, lo alertó a tiempo. Girándose en redondo, vio que Serena echaba mano a su bolso, y pudo arrebatárselo. Al parecer, contenía una pequeña pistola. Se lo lanzó a Paige.

—Hola, madrastra. Cuánto tiempo sin vernos, ¿eh?

—¡Miserable! —chilló Serena, abalanzándose sobre él con intención de arañarle la cara.

Johnny retrocedió un par de pasos, colocándose fuera de su alcance.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde está esa maldita hija tuya?

Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no apretar el gatillo y vengarse de aquella mujer que tanto daño le había hecho. A él y a los suyos.

—Yo en tu lugar sería un poco más prudente, Serena. No me ha gustado nada la manera en que has tratado a mi hija.

—No tienes ningún derecho a hablarme así. Siempre has sido un estúpido niño mimado.

—Oh, tengo derecho a hacer mucho más que hablar contigo —replicó, desviando la mirada hacia Paige, que estaba intentando arrastrarse hacia la entrada del vagón—. No está ahí, Paige. Está perfectamente a salvo. No te preocupes.

Se oyó una sirena a lo lejos. Paige había llamado a la policía. La felicitó en silencio.

—Escucha, Johnny —Serena se había puesto pálida—. Yo nunca quise hacerte ningún daño. Mi hermano me obligó...

—Cállate.

Justo en aquel instante varios agentes de policía entraron en el almacén, conminando a Johnny a que bajara el arma. Obedeció sin rechistar, pero continuó encarándose con su madrastra:

—Te casaste con mi padre por su dinero e hiciste todo lo posible por volverlo contra mí. Recuerdo cómo lo agujoneabas constantemente diciéndole que era demasiado tolerante conmigo, que si me estimulaba a dibujar, estimularía al mismo tiempo la debilidad que, según tú, había heredado de mi madre. Tú querías que me despreciara, ¿verdad? Pero al final, a quien terminó despreciando fue a ti. Se habría divorciado de no haber sido por mi hermano.

—No sabes lo que dices... —replicó Serena, liberándose de un tirón del policía que había intentado agarrarla.

—Te sorprenderías de todo lo que sé. Y puedes estar segura de que le pediré a la policía que reabra el caso de la muerte de mi padre.

Con un espeluznante grito, Serena se abalanzó hacia él, y de nuevo tuvieron que sujetarla.

—Tu padre te odiaba —chilló.

Johnny se limitó a sonreír, evocando las conmovedoras palabras que le había escrito su padre.

—No. Te equivocas. Eres tú quien me odia. Mi padre me quería.

Alguien estaba inclinado sobre Paige, llamándola por su nombre. Era una voz familiar, querida. Abrió los ojos.

—¿Johnny?

—Hola, Tiger —le sonrió, acariciándole una mejilla—. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Katie? —intentó sentarse, pero la cabeza le daba vueltas.

—Estás en una ambulancia. Te desmayaste.

Un nudo de terror le atenazó la garganta.

—¿Dónde está Katie? ¿Dónde está mi niña?

—Está aquí mismo —la informó, apartándose—. Acércate, Katie.

—¡Mami!

Aquella adorada voz, aquella preciosa carita... Quiso abrir los brazos, pero una violenta punzada de dolor se lo impidió. Soltó un grito.

—Cuidado, señor —pronunció una voz, dirigiéndose a Johnny—. Tiene el hombro prácticamente roto.

Paige giró la cabeza. Un asistente médico se hallaba sentado a la cabecera de la camilla.

—Ten cuidado, Katie. ¿Te acuerdas de lo que te dije? A mamá le duele mucho un hombro. Tenemos que ser muy cuidadosos hasta que los médicos se lo puedan curar.

—¿Puedo darle yo un abrazo?

Paige quiso reír y llorar al mismo tiempo.

—Oh, cariño, puedes abrazarme con tanta fuerza como quieras. Ven a darme un beso.

Echándole los bracitos al cuello, la pequeña le cubrió el rostro de besos.

Paige no pudo evitarlo y se puso a sollozar de alivio. Minutos después, abrió los ojos y miró a Johnny.

—Las estaba contemplando con una expresión extraña, casi melancólica.

—¿Qué pasó? —susurró mientras besaba a su hijita en el pelo—. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo conseguiste meterte en el vagón de tren?

Fue Katie quien respondió a su pregunta:

—Mami, se llama Johnny. Él me salvó. Y yo lo ayudé a ser valiente.

—¿De veras? —miró a uno y a otra, asombrada.

—Sí. Apareció en el suelo del vagón y tuvimos que nadar bajo el agua para escapar de los malos. Estaba muy asustado, pero yo lo ayudé.

—Seguro que sí —la besó de nuevo—. Eres tan valiente... ¿Seguro que estás bien?

—Katie también tendrá que pasar una revisión médica en el hospital —comentó Johnny—. Solo por si acaso —le acarició la cabeza—. Katie, ¿quieres venir a sentarte conmigo para que dejemos descansar a tu madre?

Katie le dio otro abrazo y, para asombro de Paige, dejó que Johnny la sentara sobre sus rodillas.

—¿Qué le sucedió a Serena?

—Cuando te desmayaste, me las arreglé para desarmar al hermano de Serena —arqueó una ceja—. ¿Recuerdas cuando me avisaste de que Serena se disponía a atacarme?

Paige negó con la cabeza.

—Bueno, pues lo hiciste. Echó mano a su bolso para sacar su pistola, pero yo se lo arrebaté. Justo en ese momento llegó la policía.

Antes de que pudiera hacerle más preguntas, llegaron al hospital. Rápidamente fue trasladada a la unidad de urgencias. Una hora después, ya instalada en una habitación, Johnny y Katie pudieron verla de nuevo.

Cuando lo vio entrar con la niña en brazos, el corazón se le inundó de gozo... y de amor. Había hecho lo que le había prometido. Le había devuelto sana y salva a su hija.

Katie tenía ya un padre. Era obvio que Johnny la adoraba, y que ella lo adoraba a él.

—Solo tienen unos minutos —les advirtió la enfermera—. La señora Reynolds tiene que ser operada del hombro. Además, ya está bajo el efecto de los sedantes.

Johnny aupó a Katie para que Paige pudiera besarla. Al ver la inmensa blusa azul que llevaba, le preguntó:

—¿Dónde te han dado esa ropa, Katie?

—Me la ha dado la enfermera. La mía estaba toda mojada.

—¿Y a ti no, Johnny? —inquirió al ver que todavía tenía la ropa empapada, manchada de barro.

Sonriendo, negó con la cabeza.

—Les dije que me esperaría hasta que vosotras dos estuvierais debidamente atendidas.

—Johnny, no sé cómo...

—Paige, lamento tanto...

Habían hablado a la vez. Katie miró a uno y a otra, asombrada. Luego, acariciándole a Johnny una mejilla, le preguntó:

—¿Eres tú mi papa?

A Paige se le paró el corazón por un instante. Contuvo el aliento a la espera de su respuesta.

Johnny tragó saliva, emocionado. En la penumbra de la habitación, pudo ver que se le llenaban los ojos de lágrimas. Parpadeó varias veces.

—Si lo fuese... ¿a ti qué te parecería?

La niña lo miró con expresión solemne.

—Creo que tú tendrías que ser mi papá, porque te metiste bajo el agua para salvarme a pesar de que estabas muy asustado.

Paige ahogó un sollozo.

—Mamá, si Johnny es mi papá, ¿debería venirse con nosotras a casa, verdad?

—Katie... —lo miró, todavía aturdida por la medicación. No podía encontrar las palabras adecuadas.

Johnny sonrió tristemente a la niña, y le acarició una mejilla. Paige no supo cómo interpretar la expresión de su rostro.

—Katie —pronunció él—, a veces las mamás y los papás no viven juntos. Pero yo siempre seré tu papá.

Aquello le desgarró el corazón a Paige. Soltó un gemido involuntario.

Después de bajar a la niña al suelo, Johnny se inclinó sobre la cama para susurrarle al oído:

—Tenemos que hablar. Pero no aquí, ni ahora. Estás a punto de quedarte dormida.

En aquel preciso instante regresó la enfermera.

—¿Lista, señora Reynolds?

Johnny volvió a levantar en brazos a la niña, para que pudiera besarla.



—Quédate con papá, Katie. Él cuidará de ti —cada vez le costaba más trabajo hablar—. Estarás aquí cuando salga del quirófano, ¿verdad? —le pregunto a Johnny.

—Tengo que hacer algunas cosas. Pero volveré tan pronto como pueda.

Paige intentó interpretar su expresión, pero no pudo. Se preguntó por qué no se atrevía a mirarla a los ojos.

La lujosa mansión de Serena en Diamondhead era realmente impresionante. Cuando se disponía a llamar al timbre, Johnny contempló el césped exquisitamente cuidado del jardín, la entrada porticada de estilo mexicano y las grandes puertas dobles de caoba.

Antaño él también había vivido en medio de aquel lujo. Pero aunque ya casi había recuperado completamente la memoria, ahora todo aquello le resultaba ajeno. Ajeno en muchos aspectos, no solo en el puramente material.

Se abrió la puerta y apareció un ama de llaves, de uniforme. Enseguida vio los papeles de identificación que llevaba.

—¿Los han llamado ya de Servicios Infantiles, verdad?

Asintiendo, la mujer se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—¿Dónde está Brandon?

—En el salón de juegos. Venga por aquí, por favor.

La siguió por un elegante pasillo hasta llegar a una enorme habitación. Un niño moreno estaba viendo una película de dibujos animados en una gigantesca pantalla incrustada en la pared.

—¿Brandon?

El niño se volvió. Tenía los ojos de un azul claro, casi cristalino, que contrastaban con su pelo negro.

—Hola, Brandon. Soy Johnny.

—Hola —lo saludó, tímido.

Se arrodilló frente al sillón donde estaba sentado el pequeño.

—¿Sabes quién soy?

—Sí. La señora me lo dijo.

—¿Te dijo ella también que somos hermanos?

Brandon lo observó detenidamente, curioso.

—Eres muy mayor para ser mi hermano, ¿no?

—Lo sé —sonrió Johnny—. De hecho, tengo una hija poco mayor que tú.  
¿Te gustaría conocerla?

—¿Cuándo podré ver a mi mamá?

Johnny suspiró. ¿Acaso la trabajadora social no le había contado lo de Serena?

—Pronto podrás verla. Ahora... ¿por qué no te vienes conmigo? Mi hija Katie está con unos amigos míos que tienen unos cachorros preciosos.

—¿Unos cachorros? —repitió el niño, ilusionado.

—Sí. ¿Quieres verlos?

Brandon saltó del sillón y corrió hacia la puerta.

—Señora Carter, ¿puedo ir con Johnny a ver unos cachorros?

El ama de llaves estaba bajando la escalera con una pequeña maleta. Le brillaban los ojos de emoción.

—Claro que sí. Y te portarás bien, ¿verdad? —le tendió la maleta a Johnny—. Por favor, cuídalo bien. Quiere muchísimo a su madre.

—Gracias, señora Carter.

Johnny se agachó para levantar al crío con una mano, mientras llevaba la maleta en la otra. El ama de llaves se apresuró a abrirle la puerta.

—Me gustas como hermano. Eres grande y fuerte.

—Tú también me gustas como hermanito, Brandon —repuso con voz quebrada, besándolo en el pelo.

Johnny se cambió por enésima vez de mano el ramo de flores mientras subía en el ascensor del hospital a la habitación de Paige. Había dejado a Katie y a Brandon con la señora Woodrow mientras hablaba con la policía.

Había pasado las doce últimas horas contándoles todo lo sucedido a inspectores de policía, investigadores especializados y abogados. Había identificado a los dos hombres que habían intentado matarlos. Había respondido a innumerables preguntas sobre su secuestro y su madrastra. Y le habían tomado las huellas dactilares para comprobar su identidad.

Ahora, finalmente, disponía de unos minutos para ver a Paige. La última vez que la había visto todavía estaba sedada, después de la operación.

Se detuvo frente a la puerta cerrada, pasándose una mano por el pelo. No sabía todavía lo que iba a decirle, aparte de pedirle disculpas. Tenía tanto que perdonarle... solo esperaba que pudiera darle otra oportunidad.

Llamó suavemente a la puerta antes de abrir. La habitación estaba en penumbra, casi a oscuras. Solo estaba encendida la luz de encima de la cama.

Paige tenía los ojos cerrados y estaba terriblemente pálida. Llevaba el

brazo izquierdo vendado. Había sufrido tanto...

No vio lugar alguno donde poner las flores, así que las dejó al pie de la cama y se sentó a su lado. Minutos después, abrió los ojos.

—Hola, Tiger —pronunció con tono suave.

—Has vuelto —susurró—. Después de tanto tiempo...

—¿Paige? —se preguntó si estaría delirando, debido a la medicación.

—¿Dónde está Katie? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Brandon y ella están con la señora Woodrow. Jugando con una nueva camada de cachorros.

—¿Brandon? Oh, el hijo de Serena. Tu hermanastro.

—Hablé con Servicios Infantiles. En calidad de hermano suyo, he recibido provisionalmente su custodia. No podía dejarlo solo en la mansión de Serena, con la única compañía del ama de llaves...

Frunciendo el ceño, se obligó a enfocarlo con la mirada.

—Me han dado demasiada medicación.

—Necesitas descansar más. Has sufrido mucho.

—¿Qué pasó con Serena? —inquirió Paige, esforzándose por sentarse en la cama—. La capturaron, ¿verdad?

—Está en la cárcel, al igual que su hermano, y no es probable que salga pronto. Personalmente, creo que está trastornada. Leonard ha insinuado que ella asesinó a mi padre.

—Oh, Johnny, lo siento tanto...

—Yo también.

—¿Cómo estás tú? ¿Y tu brazo? No me dejaste curártelo. Me abandonaste en la gasolinera —se le llenaron los ojos de lágrimas...

—No quería que corrieras ningún peligro...

—Estaba tan enfadada contigo, y tan asustada...

—Lo sé. No podía arriesgar también tu vida... —le enjugó delicadamente una lágrima con un dedo—. Escucha, Paige, necesito que entiendas algo.

—¿Qué? —inquirió, procurando dominarse.

Le dijera lo que le dijera, lo soportaría. Ella no era como su madre. No vivía en el limbo, esperando a un hombre que jamás volvería. Ya había pasado por la experiencia de perderlo. No sería fácil, pero podría soportarlo de nuevo. Lo importante era que su hija tenía ya un padre.

Johnny tomó un mechón de cabello entre sus dedos, contemplando embelesado su rostro, sus ojos, sus labios.

—Recuerdo perfectamente el color de tu pelo —susurró—. Recuerdo

haber hecho el amor contigo durante horas y horas. Hasta que nos quedábamos demasiado cansados para movernos.

A Paige le dio un vuelco el corazón. Ella también lo recordaba. Lo recordaba todo. Jamás se había olvidado de un solo instante, y jamás se olvidaría.

—No tuve la valentía de presentarme ante mi padre contigo y decirle: «Esta es la chica con quien quiero casarme». Llevaba escuchando durante demasiado tiempo las mentiras de Serena. Y yo también.

Paige lo escuchaba atenta, con el aliento contenido.

—Fui tan cobarde que te dejé allí, sola. Pensaba volver al día siguiente, pero... —se interrumpió.

Paige parpadeó varias veces. Otra lágrima rodó por su mejilla.

—Éramos jóvenes, Johnny. Demasiado jóvenes. Tú tenías toda una carrera por delante...

De repente le puso un dedo sobre los labios.

—Déjame hablar por favor... Me ha costado mucho, pero por fin he podido recordar lo que me sucedió aquel día. Tuve un accidente. Mi coche quedó destrozado. Cuando me desperté en el hospital, me habían puesto una grapa en la cadera.

—La cicatriz —murmuró ella, comprendiendo.

—Intenté localizarte, pero para cuando salí del hospital, habías desaparecido. Tu casera no conocía tu nueva dirección. Iba todo lo que podía al Barrio Francés. Contraté a un detective privado. Lógicamente, no te encontró en Nueva Orleans: no estabas allí —un brillo de tristeza y dolor asomó a sus ojos—. Lo siento tanto... Debí haberte buscado en cada ciudad de cada Estado...

Paige estaba tan aturdida que le costó asimilar aquellas palabras. Johnny había sufrido un accidente. No la había abandonado deliberadamente. Al contrario que su padre.

—Después de la muerte de mi madre, descubrí el nombre de mi padre entre sus cosas —le confesó ella, bajando la mirada—. Era un famoso abogado de la localidad, Carlson Page. Ella me puso mi nombre en su memoria —sacudió la cabeza, sonriendo tristemente—. Fui a su despacho y pedí verlo. Solo quería conocerlo y decirle que mi madre había muerto. Le dije a su secretaria que era la hija de Maxime Reynolds. Cuando la secretaria volvió, me dijo que el señor Page estaba ocupado, pero que uno de sus socios podría atenderme —se encogió de hombros—. Es decir, que no quería verme.

—Yo no soy como tu padre...

Paige se apresuró a interrumpirlo.

—Una vez también fui a la sede de Empresas Yarbrough. Pregunté por ti, pero el vigilante quiso saber si tenía cita previa. Tuve que decirle que no, claro...

—Oh, Dios mío, Paige... Sé que nunca podrás perdonarme por no haberme esforzado lo suficiente para localizarte, pero...

—No, Johnny. Tienes razón. Tú no eres como mi padre. Cuando descubriste que tenías una hija, no vacilaste. Ni por un instante. La salvaste —le tomó una mano—. Eres la persona más valiente que he conocido nunca. Te enfrentaste a tus peores miedos y venciste para salvar a nuestra hija.

—Creo que te equivocas —sacudió la cabeza—. Tú eres la valiente. Y es ahora mismo cuando me estoy enfrentando a mis peores miedos, porque lo que más temo en el mundo es que me digas que no.

—¿Decirte que no? ¿A qué?

—¿Podrás confiar en mí si te digo que jamás volveré a abandonarte? ¿Podrás confiar lo suficiente en mí como para casarte conmigo, Paige Reynolds?

—¿Ca... casarme? —balbuceó.

—Sí, casarte. Ser mi esposa. Ayudarme a hacer que mi hermanito se sienta querido, protegido. Ayudarme a fundar un hogar para Katie y para Brandon, para ti y para mí. Y amarme para siempre.

—Oh, Johnny... —exclamó, llorando de emoción.

—Hey, ¿a qué vienen esas lágrimas? Te amo.

Paige escuchó las palabras que había creído muertas hacía tanto tiempo, junto con su sueño.

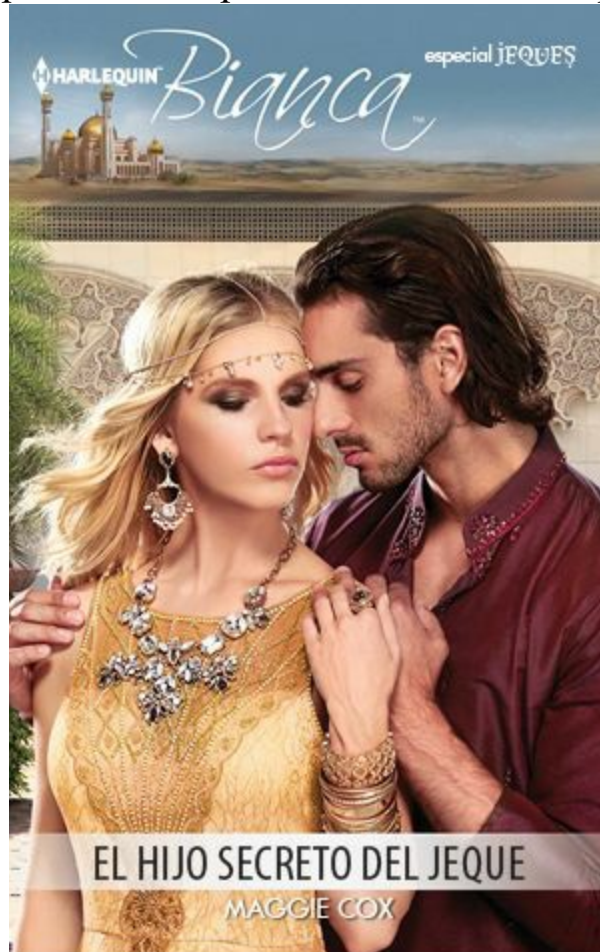
—Dilo otra vez.

Johnny se inclinó para besarla.

—Te amo, te amo, te amo —pronunció contra sus labios.

—Yo también te amo, John Andrew Yarbrough. Y ahora llama a la enfermera para que me saquen de aquí, contigo, porque no pienso perderte de vista nunca más.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)